

AMERICA

N.ºs 34 y 35



Oscar Efrén Reyes

AMERICA

Contenido de los N^{os}. 34 y 35

Oscar Efrén Reyes, por Nicolás Jiménez.—Juan León Mera, por Oscar Efrén Reyes.—Fransisco Schubert, por Juan Pablo Muñoz Sanz.—Sinfonía del Bava, por Alfredo Martínez.—Alberto Guillén, por Roberto Benes Mesén.—Poesías: Ofrenda, La última limosna, Día, Montañas, Las Atlántidas, Durabilidad, Primavera eterna, La fruta prohibida, El diabol de la vida, Primavera, La siembra. El canto de la siembra, por Alberto Guillén.—Historia clásica y utopías del caballero Casanova, por Gregorio Marañón.—Barbería, por Víctor H. Esrala.—El dolor y el arte en el universo.—Bosquejo de una teoría, por Juan Francisco Uguera.—Poesías: Madrecita mía..., La vincha, por Rosario Sansores.—Lecturas Chilenas, por Julia García Games.—La escuela del trabajo, por M. Maceo-Mora.—Fragmentos de un epistolario, por Ramón Nann Lottero.—Poesías: Crema Audina, Romance antiguo, por Antonio Montalvo.—Aventura y Exploración, por Agustín Elias.—Cultura femenina, por Luis F. Torres.—Gloria, por Humberto Salvador.—El diabol, por Sarah Bolin.—Enseñanza Universitaria de la Historia, por Julio C. Larrea.—El escenario de la tragedia americana.—Geografía y política, por Gonzalo de Reparaz.—Un literato viajero, por Isaac J. Barceña.—Mensaje a la juventud de Bolivia, por Víctor J. Guevara.—La estimación extranjera.—Monografía del Tanguaráhu.

DIRIGEN ESTA REVISTA

ALFREDO MARTINEZ
GUILLERMO BUSTAMANTE
AUGUSTO ARIAS
FERNANDO CHAVES

La correspondencia, etc. debe remitirse a:

Srs. Directores de AMERICA
Apartado N. 75. - Quito, Ecuador. S. A.

S U S C R I P C I O N

Número suelto..... \$ 0,50
Por un año (valor adelantado)..... „ 4,00



—Cuando le daba la espantosa jaqueca, el dolor era tan agudo y el malestar tan grande que agonizaba por horas y horas recluida en un cuarto oscuro, pues no podía ni siquiera soportar la luz.

¡Qué dicha y qué consuelo cuando tras de haber ensayado multitud de remedios inútilmente, tomó la

ASPIRINA



ASPIRINA



pocos momentos después sintió que el dolor y el malestar desaparecían como por encanto!

Dolores de cabeza en general; dolores de muelas y oído; neuralgias; cólicos menstruales; reumatismo; consecuencias de trastornos y excesos alcohólicos, etc.

No afecta el corazón ni los riñones

¡mi único alivio!

Año IV

1928

Nov. y Diciembre

AMERICA

MENSUARIO DE CULTURA HISPANICA

Nos. 34 y 35

QUITO--ECUADOR

Apartado N° 75

Oscar Efrén Reyes

EN 1923 empezó a publicarse en Cuenca la revista mensual «América Latina», dirigida por el señor M. Moreno Mora. En uno de sus primeros números apareció un estudio sobre don Manuel J. Calle, muerto cinco años antes, pero vivo siempre en la memoria de sus compatriotas.

Lo leímos y releímos con verdadero y creciente interés, porque en él encontramos apreciaciones sinceras, penetrantes, imparciales, completas: el famoso polemista era estudiado por sus múltiples aspectos, con método, con justeza, con elevación.

A la muerte de Calle, amigos y enemigos dijeron su opinión sobre el infatigable y fecundísimo escritor que durante más de treinta años había fatigado las prensas de los diarios de la costa y del interior, erigiéndose en maestro y en dictador de la opinión. Tuvo elogios y dicitos sobre su tumba. Pero casi ninguno llegó a precisar en forma tan ordenada, metódica y exacta la valía de ese hombre, la proporción que guardaba con el ambiente de la patria, su influencia sobre la sociedad para la que escribía y los diferentes talentos de que le dotó la naturaleza. En ese estudio estaba el hombre completo, retratado con mano firme, por una diestra vigorosa, que no temblaba al trazar los rasgos más firmes, ni se desviaba al delinear los más delicados.

El nombre de ese crítico que se manifestaba tan comprendedor y tan viril no nos era desconocido. Llamábase Oscar Efrén Reyes. Habíamos encontrado ese nombre en algunos artículos del Semanario «El Cóndor» de Ambato; pero en ese estudio de «América Latina» se revelaba en toda la actitud que le sería característica: penetrante, preciso, ordenado, serio, documentado, hábil para conocer y abarcar con una mirada a los hombres y a las situaciones, y con la suficiente energía para decir lo que entiende que es la verdad. Su franqueza tenía algo de rudeza combativa. Pero la exactitud de sus apreciaciones, fortificadas con pruebas que arrancaban asentimiento, en vez de suscitar objeciones, conquistaba adhesión y aprobación.

Un año después, Reyes se trasladaba a Guayaquil, para hacer sus armas en el campo del periodismo político y de la crónica ligera.

Fue esa la época en que unos cuantos muchachos inteligentes y entusiastas del interior invadieron las redacciones de los diarios de Guayaquil, con el anhelo de luchar noblemente, conscientes de su talento y de sus habilidades con la pluma y con el lápiz. Jorge Díez y Carlos H. Endara escogieron la crónica de corte moderno, travieso y elegante. Efraín Díez y Guillermo Latorre, la caricatura y el dibujo. Oscar Efrén Reyes, la crónica política. Miguel Costales, quedándose en la sierra, enviaba correspondencias que encuadraban perfectamente con las producciones de ese grupo batallador, juvenil, entusiasta.

Bien pronto los pseudónimos de los periodistas del interior se rodearon de una bien ganada y simpática popularidad. *Alonso Quijano* con justo orgullo prometió conseguir lo que no obtuvo Ernesto Mora: salvar los liendros patrios. *Dilettante*, siguiendo una tradición ya conocida, amplió en Guayaquil el círculo de sus lectores. *Martense* y *Pedro Recio*, pseudónimos de un mismo cronista, abastecían a dos periódicos a la vez. Y *León Fort* y *Jessie* hicieron pensar que, tras ellos, se ocultaban algunos de esos políticos de muchos años, de mucha habilidad y de mucha autoridad.

* * *

Oscar Efrén Reyes, preparado también para el magisterio, se consagró a la enseñanza en el Colegio «Bolívar» de Ambato y allí, para él fue el mejor hallazgo la imprenta de ese establecimiento. Con irresistible inclinación a la literatura y, en especial, a la crítica literaria, en el acto inició la publicación de «Cultura», revista mensual, en la que empezó a dar a conocer la serie de estudios biográficos y críticos, que ha titulado «Los grandes Escritores Americanos». Si no estamos mal informados, sólo se han publicado dos retratos de esa galería: el de Manuel J. Calle, reproducción enmendada y aumentada del que vio la luz en «América Latina» y el de Luis Bonafoux, el terrible panfletario de Puerto Rico. Por esa selección se comprende que Oscar Efrén Reyes tiene predilección por los espíritus enérgicos, viriles, combatientes, que derriban con su pluma lo que odian con su alma.

* * *

Un número de «Cultura», para cuyo sostenimiento y prestigio ha contribuido—justo es decirlo, aunque sea de paso—el Rector del Colegio «Bolívar», Dr. Víctor M. Garcés, poeta y escritor distinguido, estuvo consagrado a Juan Montalvo y fue tal el esmero en la selección del material, tan excelentes los artículos, tan acabada la distribución y presentación de él, que mereció la mejor acogida dentro y fuera del Ecuador. «El Sol» de Madrid, aludiendo a esa revista, escribió sobre Montalvo y ese mismo número de «Cultura» sirvió para que el admirado *Andrenio*—E. Gómez de Baquero—se ocupara con elogios de esa publicación y de Montalvo.

Reyes, estimulado indudablemente por ese triunfo alcanzado fuera de la patria, concibió, emprendió y acaba de llevar a feliz efecto una Monografía titulada «La Provincia de Tungurahua en 1928», obra que honra al Ecuador, no sólo a sus autores, por la presentación, por el material literario y por la escrupulosa búsqueda de datos. La prensa la ha elogiado calurosa y unánimemente, y podemos añadir, sin sombra de exageración, que todo elogio es pálido frente a la realidad. Recórrase, página por página, esa obra, reléanse los estudios sobre los grandes literatos ambateños, debidos a la pluma de Reyes, pondérense el trabajo, el criterio, la previsión con que se ha planeado de antemano las partes todas de ese libro y se verá que constituye algo digno de elogio cálido y sincero.

* * *

Reyes no sólo tiene los ojos escrutadores fijos en el movimiento literario del Ecuador—tan pequeño, que acaso no constituya mérito mayor esa cualidad—sino que abarca el gran movimiento que se opera en la América, en España, en Francia.

Cuando tomó a su cargo la Página Literaria de «El Guante», en el espacio de una plana de periódico reflejaba esa agitación intelectual moderna, por medio de reproducciones escogidas, tomadas de revistas francesas y españolas contemporáneas, en donde está para nosotros los americanos, como dijo alguien, restringiéndolo desgraciadamente sólo a Madrid, el meridiano intelectual de estos tiempos.

Nicolás JIMÉNEZ

JUAN LEÓN MERA

—De la obra «La Provincia de Tungurahua en 1928»—

EN el tiempo, el primer novelista del Ecuador. Como poeta y crítico y escritor humorista, ocupa también un puesto en primera fila entre los más encumbrados literatos castellanos del siglo XIX. En la historia de la literatura continental, Mera toma relieves inconfundibles por su valor personalísimo, que corresponde a la vez, a un ferviente y bien intencionado afán de originalidad literaria, dentro de un alto concepto americanista.

Su novela CUMANDA—«especie de novela poema que acaso Chateaubriand tocara por su ATALA y sus NATCHÉZ», según opinión del ilustre Alcalá Galiano,—con MARIA de Jorge Isaacs, es la producción más alta del período romántico en América. Marcelino Menéndez y Pelayo, don Juan Valera, Rabío y Llach, Alarcón, Pereda y los críticos más avisados de la Península, no vacilaron en coincidir, en diversas formas, con aquella opinión del Conde de Torrijos.

Su poesía es abundante y rica, dentro de una forma perfecta, aunque no inflexible. Poesía patriótica, poesía erótica, moral y filosófica, poesía jocosa y fíbulas, han venido a constituir el acervo más valioso y vario de la producción literaria de la época de Mera.

En cuanto a sus estudios críticos—preferentemente sobre la literatura ecuatoriana del tiempo de la Colonia y de mediados de la República,—son fundamentales para el conocimiento y apreciación de lo que fue el movimiento intelectual de este país en esas épocas.

A este respecto, se ha discutido mucho, pensando en el gran aporte de don Pablo Herrera. Pero resulta que tal aporte es más bien de inapreciable importancia histórica, casi de simple cronología; pero no de gran valor crítico. Juan León Mera no solamente realizó una prolija investigación de erudito, sino, sobre todo, una sobera selección de honrado censor literario.

La fábula apenas ha sido cultivada en el Ecuador con Fr. Vicente Solano, Luis Cordero y Rafael García Goyena; sin embargo, ha sabido Juan León Mera levantar el mejor aporte, en tal género, para la literatura americana.

Cuentista, en fin; iniciador de un nuevo género literario—la leyenda poética, de fondo generalmente alegórico, y sobre motivos indígenas, de la historia o de la raza,—y escritor de costumbres, humorista y hábil evocador

de caracteres y de tipos, Juan León Mera es una de las más altas y puras glorias de las letras latinas, en esta parte del mundo.

* * *

Nació Juan León Mera en Ambato, el mismo año en que alvino a la vida su ilustre conterráneo don Juan Montalvo.

«Recuerdo—escribe el ilustre autor de CUMANDA, en sus Apuntes inéditos—porque las cosas de la primera juventud o de los años que la preceden se gravan profundamente en nuestra memoria; recuerdo que, como lo dice Cevallos, era yo un muchacho de aspecto melancólico, agrio de genio y bastante hueraño. Este ser triste e infeliz, para quien parecía que no guardaba el porvenir otra cosa que una vida vulgar y un sepulcro donde vida y nombre se sumieran para siempre, nació en Ambato, el 28 de Junio de 1832, a las cinco de la mañana. Bautizóle el mismo día en la iglesia Matriz el Dr. don Joaquín de Araujo, distinguido por su virtud y saber; sacóle de pila el Coronel don Nicolás Vázquez, y diéronle por nombre Juan León.

Muy niño quedó huérfano; y, como su madre no disponía de recursos, largos y desesperados años pasó de soledad y de pobreza. No pudo educarse en ningún colegio.

Sin embargo, tan luego como aprendió a leer en su casa, demostró vivísima inclinación a las obras literarias. Leyó todo cuanto tuvo a su alcance, iniciándose luego en la producción poética, que en él fue sencilla y espontánea como el cantar de los pájaros.

Muy pronto el joven estudioso encontró un protector decidido y entusiasta: el señor doctor don Nicolás Martínez, uno de los varones que, en el solar ambateño más se han distinguido por sus filantrópicas virtudes y su civismo.

El mismo Juan León Mera, en la memorable defensa que hizo de su protector, cuando la calumnia pretendió herirlo, lo confiesa con sinceridad y nobleza: fue un niño pobre y desvalido y, sin esa oportuna protección, su talento y geniales aptitudes acaso se habrían perdido.

Literariamente, Mera tuvo, pues, que ser un autodidacta. Semejante particularidad nunca sorprendió tampoco, al tratarse de otros excelentes varones ecuatorianos del siglo XIX: la instrucción particular, si no lo fue todo en los mismos que obtuvieron enseñanza secundaria y universitaria, fue la mayor parte de su preparación individual. Sabido

es, por otra parte, que esas enseñanzas más bien resultaban, por la deficiencia pedagógica y la aridez de la materia escogida, antes un obstáculo para el desarrollo armónico y libre de las facultades intelectuales de la juventud de ese tiempo. Por eso fue que Montalvo abandonó la Universidad y fué a cultivar lo que a él le gustaba, en la soledad de sus campos preferidos.

Lenguas vivas y muertas, historia, preceptiva y todo cuanto fue menester para formar su cultura, aprendió el joven Mera por sí solo.

Más tarde, no obstante, sorprenderán así en América como en España, el gran saber, la extrema pulcritud de lenguaje y el arte del estilo del inspirado cantor de la libertad americana y del progreso— a la Quintana; — del novelista romántico y del crítico sagaz y penetrante.

* *

Sus primeros artículos y poesías publicó Mera en revistas y periódicos más o menos conocidos del país. Sólo para el año de 1858, es decir, a los 26 años de edad, se decide a la publicación del primer volumen de las segundas, que alcanzan feliz acogida.

Poco tiempo después publica LA VIRGEN DEL SOL, admirable leyenda sobre motivo indígena, que despierta entusiasmo y admiración entre críticos nacionales y extranjeros. La primera edición se agota pronto y se hace una segunda en Barcelona.

Desde entonces, el prestigio del autor ambateño se extiende día a día. Insignes literatos españoles y americanos entablan relaciones epistolares con Mera, reconociendo en él uno de los más inspirados poetas de la época. La publicación de CUMANDÁ confirmó luego la justicia de la admiración que se le tributa.

En el año de 1865, desempeñaba Juan León Mera el cargo de Secretario del Congreso Nacional del Ecuador, en la Cámara del Senado, cuando fue propuesto para que escribiese la letra del Himno Nacional, que aún no tenía este país. Después de algunas vacilaciones aceptó el encargo; y, a la vuelta de pocos días, fue presentado a la Legislatura nacional el trabajo, que ella aprobó sin modificarle nada.

El *Himno Nacional* había sido escrito en los momentos precisos en que el patriotismo se vio nuevamente exaltado a causa de los intentos reivindicadores de España, que había enviado su escuadra al Océano Pacífico. Todos los países hispanoamericanos levantaron contra España su viril protesta por la pretensión de reconquista: los ánimos estaban caldeados también en el Ecuador; y he aquí

que el himno compuesto por Mera tuvo que responder al estado moral de la nación. El canto era, así, la voz del patriotismo triunfador y glorioso, y el acento airado, a la vez, de un pueblo eminentemente libre, con plena conciencia de su historia e indomable a las amenazas.

El Himno, luego de aprobado por el Congreso, se publicó por primera vez en EL SOL AMERICANO, semanario de Quito, el 16 de Enero de 1866.

Unos 23 años más tarde, con todo, el Ministro Plenipotenciario de España, D. Manuel Lorente Vázquez, provocó violenta polémica a propósito de los apóstrofes y reminiscencias patrióticas del himno. Juan León Mera aclaró con toda energía y argumentos lógicos las razones que había para que el himno del Ecuador— «el mejor himno nacional conocido en Sud América»,—fuera así, sin quitarle una coma.

Cuando compuso el Himno nacional del Ecuador, contaba Juan León Mera alrededor de 33 años.

* *

Su colaboración literaria en periódicos nacionales y extranjeros nunca fue escasa: en la REVISTA ECUATORIANA, EL FENIX, EL AMIGO DE LAS FAMILIAS, RAZA LATINA, etc., etc., su producción en prosa y verso era frecuentísima. Más tarde se han coleccionado algunos de esos trabajos en volúmenes que el amor filial de Trajano Mera, otro gran literato ambateño, ha podido editar.

Los principales libros publicados por Juan León Mera, son: POESIAS (1 vol.); CUMANDÁ; LA VIRGEN DEL SOL (Melodías indígenas); OJEADA HISTÓRICO CRÍTICA SOBRE LA POESÍA ECUATORIANA; CANTARES DEL PUEBLO ECUATORIANO; MAZORRA Y OTRAS LEYENDAS; FÁBULAS; ESTUDIOS BIOGRÁFICOS; ENTRE DOS TIAS Y UN TÍO; TIJERETAZOS Y PLUMADAS; GARCÍA MORENO, y otras de carácter didáctico.

También fue escritor político, y como tal, no pudo sustraerse a las violentas polémicas: afiliado al Partido Conservador, católico acendrado, defendió con todo vigor y sinceridad sus convicciones y creencias. Nunca fue, por lo mismo, amigo de Montalvo, a pesar de que éste guardaba muy estrechas relaciones de amistad con la familia del poeta.

Como literato, grandes honores alcanzó en su patria y en el extranjero. En 1870, fue elegido Miembro Correspondiente de la Real Academia Española, siendo de los primeros— con D. José María Vergara y Vergara en Colombia, y D. Julio Zaldumbide en el Ecuador,—a quienes tocó tal honor en América. Fue también individuo de la Academia de

FRANCISCO SCHUBERT

1828-1928

Conferencia leída por su autor en la Velada que con motivo de celebrarse el Centenario de Schubert, se verificó en el Salón de Actos del Conservatorio Nacional, organizada por la Sociedad de Música «Juan Sebastián Bach», que preside el conferenciante, el 19 de Noviembre.

Preliminar

EL año 1927 fué particularmente fecundo en centenarios memorables. Para las ciencias: Alejandro Volta, Marcelino Berthelot, René Laennec; para las bellas artes: Pedro Pablo Rubens, Francisco de Goya, Luis Van Beethoven; para la Literatura: Virgilio, Fray Luis de León, Miguel de Cervantes, Hugo Fóscolo.... Y con diez nombres que hemos citado aun no está completo el santoral. La celebración de centenarios y la erección de estatuas se puso en moda tal que el irónico Jorge Claretie dice haber llegado a creer que hay gentes que se pasan la vida con el almanaque en la mano investigando que hombre célebre ha podido nacer o morir en tal o cual fecha. "Y todo esto ¿para qué... Para rendir homenaje al gran hombre desaparecido desde hace un siglo?... ¡No! De tal personaje ya nadie se acuerda... a nadie interesa.... Pero sí con la esperanza de verse condecorado con la Legión de Honor, cuando en el jardín de las Tullerías o en el Luxemburgo algún político eminente o algún parlamentario hayan pronunciado un discurso ante la estatua en mármol o bronce del homenajeado! Y el contradictorio Claretie finaliza: «Sin embargo, entre la serie de centenarios que se descubren y se celebran actualmente,

hay uno que realmente lo merece. Es el de Francisco de Goya y Lucientes.»

Respiramos. Hay, por lo visto, el derecho a escoger un santo de la devoción a fin de que el vicio de rezar deje de serlo.

¡Deliciosa lógica! Muy por el contrario, Emilio C. Agrelo afirma, con sereno juicio, que la costumbre de recordar a los grandes hombres en ocasión de centenarios, viene de la más remota antigüedad, fue aspiración no sólo de los que ejercieron el poder y poseyeron riquezas, sino también de filósofos y de artistas. «Hay en las conmemoraciones o recordaciones a largos períodos una notable ventaja, añade Agrelo, que toca principalmente a las de personalidades del saber. Pues aunque de ellas nunca desaparece el recuerdo, ya que la historia lo registra de un modo u otro, ese recuerdo suele debilitarse y a veces no por una rectificación de juicio o por nuevo examen comparativo, sino por caducidad de los descubrimientos o de las ideas que en su tiempo parecieron luminosas.» Agrelo olvida que si recordar a los sabios es tarea fecunda aun con el resultado negativo de probar la caducidad de sus ideas, muchas de imposible resurrección, recordar a los genios del arte es placer incomparable y de ventajas por todo aspecto positivas supuesto que la obra de arte alcanza las mas veces vida eterna, inmutable, no así

Buenas Letras de Sevilla, y de innumerables corporaciones y sociedades literarias de ambos continentes.

En el Gobierno del país desempeñó importantes cargos, aceptados más bien en gracia, de su filiación política. Fue Gobernador de las Provincias de León y Tanguahua; Diputado a varios congresos nacionales; Presidente de la Cámara del Senado; Presidente del Tribunal de Cuentas de Quito, etc., etc.

Vivió siempre en su delicioso retiro del

pueblo de Atocha, cerca de Ambato, con ligeras interrupciones, a que le obligaban sus temporales traslados a otras ciudades por el desempeño de algunos de los cargos que hemos anotado.

Murió en ese mismo poético retiro, rodeado de la amorosa solicitud de sus hijos y ante el estupor doloroso de la ciudad que tanto había querido, el día 13 de Diciembre de 1894.

Oscar Efrén REYES

las teorías e hipótesis. Víctor Hugo, el magnate del verbo, en ese libro radiante que dedicó a la gloria de Guillermo Schakespeare; dijo: «el no ser susceptible de perfeccionamiento constituye la belleza del arte». El arte marcha a su manera moviéndose como la ciencia; pero sus creaciones sucesivas subsisten porque contienen algo de lo inmutable, en tanto que las creaciones admirables de la ciencia se abandonan por otras, porque no son ni pueden ser más que combinaciones de lo contingente. Ni Schakespeare hace olvidar a Sófocles, ni Molière eclipsa a Platón; ni Figaro oscurece a Sancho Panza; ni Cordelia suprime a Antígona. Lo bello no eclipsa a lo bello. Todas las obras maestras tienen el mismo nivel, lo absoluto».

Hasta aquí el pontífice de la «Leyenda de los Siglos». ¿Por qué no hablar, pues, del más sublime lírico del romanticismo, de Francisco Schubert, sólo por haber existido un titán que se llamó Beethoven y poco después un coloso llamado Ricardo Wagner? . . . Si hubo algún eclipse en su gloria fue aparente y es un deber nuestro el de mirar mejor. Si alguien olvidó ese nombre, urge robustecer su memoria; si muchos lo desconocen, no hay tarea más dulce que encender las antorchas de la biografía. Comencemos.

Su vida

Nadie pudo decir con igual plenitud que Schubert: «la vida es el más hermoso de los poemas». ¿Talvez porque el oro cantó su diabólica sinfonía al rodar por los mármoles de un palacio de su propiedad? ¿O porque su carne fatigada de placeres halló caricias de seda en alcobas perfumadas? ¡Nunca! Al revés, porque supo ser humilde, recogido y silencioso para oír en el fondo de sí mismo la voz sutil y profunda; fue espiritual y limpio para entrar en comunión con el espíritu puro. ¿Su vida? La delruiseñor: vivir para cantar, honda y sencillamente. Nace el 31 de Enero de 1797, en Lichtenthal, en los alrededores de Viena, donde su padre ejercía el cargo de maestro de escuela. Sus abuelos fueron alemanos desconocidos, oriundos de Silesia y aficionados al arte. De catorce hermanos que tuvo Francisco sobrevivieron cuatro: Ignacio, Fernando, Carlos y Teresa. Fernando ocupa lugar preferente en la vida del gran músico. En 1812 muere su madre, Isabel Fritz, y el recuerdo de esa mujer tan bondadosa y tierna, modelo de virtudes, fuente de cariño inagotable, perdurará con melancólica insistencia, como un lento sentimental, a través de su vida y quizás también de su obra. Muy o menudo vi-

sitó su sepultura, y un día, al volver con Fernando de tan lúgubre y a la vez consolador paseo, se detuvo en una cervecería próxima para anotar los motivos de una de sus obras más sublimes: la Misa en Do, para cuatro voces y orquesta.

Sus poderosas facultades intelectuales reveláronse muy pronto. «A los cinco años comencé a educarlo, escribía su padre en una carta, y a los seis lo envié a la escuela, donde, desde el primer instante, se distinguió hasta el punto de ocupar siempre el mejor puesto. A los ocho le enseñé los primeros rudimentos del violín, cuyo aprendizaje fué tan rápido que pronto pudo ejecutar pequeños duos fáciles. Entonces le envié a la escuela de canto de Miguel Holzer, maestro de capilla de Lichtenthal, quien con lágrimas en los ojos me aseguró que nunca había visto un discípulo tan aprovechado». «Cuando yo trataba de enseñarle algo nuevo, ya lo sabía él»—afirmaba Holzer.

Un viejo clavicordio, testigo de las primeras aventuras musicales de sus hermanos, sirvió a Francisco para dar un primer entrenamiento a sus dedos ansiosos de correr libremente por los teclados. Al igual de Mozart, Liszt o Mendelssohn, nació ungido por la precocidad. Como primer maestro de piano tuvo a su hermano Ignacio; pero Holzer le enseñó también el piano y el órgano, concluyendo por ser un admirador ferviente, ya que en muchas ocasiones dijo, refiriéndose al instinto de improvisador de Schubert: «tiene la armonía en la punta de los dedos». Su aprendizaje no abarca muchos años, pero es intenso, ardoroso; temperamento y genio le arrastraban como alas impetuosas al través de la sabiduría y de la vida, y fué mucho más lo adivinado que lo adquirido. Hay eruditos que se echan a temblar cuando la saben. Pero pierde en dulzura el canto de los pájaros porque ninguno de ellos conoce la anatomía de su garganta?

Cuerría en error doloroso quien atribuyera a mis palabras un sentido apoteótico de homenaje a la pereza. El genio fué siempre obrero infatigable, y Schubert trabajaba con ahínco sobrehumano.

Veístmole en Octubre de 1808, tomando parte en un concurso promovido con el fin de seleccionar alumnos para el «Stadconviect», conservatorio municipal vienés, dirigido por Salieri, uno de los maestros y amigos de Beethoven. Forman el tribunal Salieri en persona, Eybler, maestro de Capilla, y Koerner, profesor de canto. La mayor parte de los concurrentes pertenecen a familias acomodadas.

Durante varios días son examinados muchos que visten con alguna elegancia y revelan

modales distinguidos. El último día aparece un joven de cabello desordenado, traje de color indefinible, de corte incalificable, pero de vejez a toda prueba. Camina con timidez; al tomar asiento resbala su silla, con beneplácito de muchos maliciosos que no entienden aún lo que se propone aquel inesperado concursante, bueno más bien para mozo de tahona. Da comienzo el examen, y, poco a poco, la burla se hiela en los labios. Este joven pobre, llamado Schubert, conoce la música mejor que todos; responde con acierto, ejecuta con maestría al piano, toca el violín con soltura, posee hermosa voz, da a conocer piezas originales suyas, pequeñitas, ingenuas, significativas, y, finalmente, conoce a los grandes maestros de la época. El triunfo de aquel día fué tan rotundo que le valió una pensión en el «Stadconviect»; tuvo muchos envidiosos y rivales desafortunados; pero, también, amigos y camaradas verdaderos.

No le hemos de seguir paso a paso a través de su vida. Es muy corta, en verdad; mas, tan intensa, que no resistiríamos a la tentación de verterla detalle por detalle, mirarla y admirarla.

El amor sexual no la aprisiona; sospecha que «desde el punto de vista de la felicidad es insoluble el problema de la vida», y lo resuelve por el amor divino y el divinizado: la posesión de Dios, el cultivo del arte y la melancólica danza de sus recuerdos.

En 1813 había salido del Stadconviect y vuelto a su casa, en Lichtenthal, donde su padre, que atravesaba por increíbles apuros económicos, le encargó una clase de niños de su escuela. Pero Schubert no nació para énfase de Pestalozzi, y así, mientras a la hora de clase sus inquietos discípulos emprendían batallas campales, él descubría temas, con la mirada fija en el espacio, o garabateaba notas, y sólo cuando algún cuaderno, libro o borrador mal disparado amenazaba seriamente sus narices, volvía de su abstracción, y era de ver entonces la severidad del maestro, su actitud implacable. Erguido, magisterioso, dictaba la sanción al desatento. Y cuando algún amigo, a quien Schubert con su acostumbrada ingenuidad refería los hechos, le observaba que la desatención no provino del muchacho, Francisco afirmaba sin desconsentarse:—«Imagínate que yo estaba pensando en algún tema musical, cuando todos aquellos chicos comenzaban a hacer un ruido tremendo. No tenía más remedio que castigarlos para que me dejasen en paz.»

Sin embargo, entre aquel zumbido de abejas supo componer su admirable misa en Sol Mayor, destinado al jubileo del Centenario parroquial. Se estrenó a mediados de octu-

bre. Salieri, que asistía a la primera audición, cuando ésta hubo terminado, echó a correr por entre la multitud, olvidando que el templo no es la sala de audiciones, y al abrazar a Schubert le dijo con voz temblorosa:—«Franz, estoy seguro de que vas a ser el discípulo que me honrará sobre todos.»

Teresa Grob, hija de un comerciante de Lichtenthal, cantó la parte de soprano. Niña de belleza delicada, bondadosa y fina en su trato, de voz pura y armoniosa, contribuyó al éxito de la creación. Para Schubert, aquello fue la primavera sonriente, en su alma había penetrado la crisálida de un ángel.

«He amado profundamente y he sido amado —escribía después a un amigo— por una niña que aún estaba en el colegio; era más joven que yo. Durante tres años estuve buscando un empleo que nos permitiera vivir juntos; pero sus padres la obligaron a casarse con otro, lo que me hizo sufrir inmensamente».

Si; Teresa Glob casó... con un panadero! pero su imagen fué una trémula redécilla que prendió para siempre en la memoria de su fiel cantor.

En 1818 una alegría nueva alumbró el horizonte. Los príncipes de Esterhazy, célebres en la historia de la música por la protección dispensada a Haydn, Liszt y otros grandes artistas, ofrecen a Schubert hospitalidad en su prodigioso castillo de Hungría, rogándole que diese algunas lecciones de música a sus hijos y a la misma princesa.

¡Carolina Esterhazy! Ardno sería describir la maravilla viviente de esa castellana, hija de los príncipes húngaros, de Carolina Esterhazy. Lo que pasó en el corazón de Francisco es más fácil de imaginar si se ha contemplado la radiante premura de las corolas al abrirse embriagadas con luz de amanecer. Pero... la ancestral superchería de lo noble y lo plebeyo ahogó toda queja a flor de labios, y nunca el músico saboreó al menos la tristeza de una derrota sino la angustia del silencio.

De este modo, Teresa Glob y la condesita Carolina, al despertar en su alma la intuición precisa de la fuga de todas las cosas y la fatalidad de su vida, abrieron cauce más hondo para el desbordamiento de su inspiración.

La amistad ocupa los mejores días de su existencia; semejante al sol tibio de los países nórdicos, la vivifica sin quemarla. Amigos verdaderos tuvo desde la escuela y el conservatorio, que siguieron con entusiasmo y afecto su labor; amigos como Spaun, cuya humilde casita fue, en varias ocasiones, refugio favorito de Schubert; Miguel Senn, espíritu rebelde y altivo, pero generoso, buen poeta, además, autor de «El Canto del Cisne»; Juan Mayrhofer, el lírico exquisito, que escribía más tarde, refiriéndose al músico: «Del mismo modo que la primavera alegra la tierra distribuyéndole verdura y vigor, la

bondad y genio de mi amigo alegraba y consolaba mi alma.»

Schober, el galán fino y apuesto, pintor, poeta y músico, perteneciente a una rica y aristocrática familia de Suecia, que llegó por aquel tiempo a Viena, supo comprenderle también, y le distinguió con su amistad más invariable.

Sus relaciones con J. N. Vogl, renombrado cantante de la Ópera Vienesa, daban motivo para sabrosas reflexiones. Vogl reinaba en el trono de la escena lírica, no sólo por el hechizo de su garganta, sino por la serenidad de su juicio, buen criterio musical, y, sobre todo, por cierto altruismo profesional que le inducía a recibir con indulgencia la producción de autores desconocidos. Así, los admiradores de Schubert fueron a ver a Vogl, seguros de que en esta vez, con mayor fundamento que nunca aceptaría el tutelaje artístico de un genio naciente. El indiscutible Vogl respondió: «Estoy ya harto de música y de músicos. Cien veces me han hablado de pequeños genios que nunca han hecho nada. Mi tiempo es demasiado precioso para que lo pierda preocupándome de músicos en ciernes».

Schubert, cuando lo sabe, dice simplemente: «Eso ya me lo esperaba. Por su parte Vogl tiene razón». Y Francisco siguió trabajando. Pero Vogl tropezó algún día con LIEDER schuberianos y entonces, lleno de entusiasmo y hasta de remordimiento corrió a casa de Schubert a ofrecerle sus servicios, sus consejos y amistad, que fue íntima y fecunda para el arte.

Aquí nos parece oportuno recordar la fase humorística de su vida.

Schubert ha regresado de Hungría: el palacio de los príncipes de Esterhazy era demasiado espléndido para un espíritu libre; allí los días murmurando como surtidores en un ambiente azul, invitaban a la exquisita voluptuosidad de no pensar.

Viena, en cambio, sus alrededores, sus cervecerías, sus espectáculos, y, de otra parte, la pobreza, la soledad, el recogimiento armonizaban mejor con el espíritu de Schubert. Apenas llegado a la Capital se impone un régimen de vida del que no quiere salir. A las siete de la mañana el casero le encuentra ya sentado en la mesa de trabajo: compone sin interrupción hasta las dos de la tarde, y siempre tiene algo nuevo que decir melódicamente cuando lo desea. No recibía sino a los íntimos en aquellas horas de actividad; pero no los «recibe» en la acepción propia de la palabra, sino que después de saludar con un seco «Grüss Gott» (Dios te salve) no vuelve a ocuparse de ellos y continúa clavado en el papel. Pero si su labor mañanera ha sido abundante y satisfactoria, se viste de prisa, a veces con cierta elegancia, buenas camisas, fieltro gris, levita color de aceituna con cue-

llo de terciopelo y sale escapado hacia una avenida o un parque, respira a todo pulmón, a veces corre como un chicleo y otras se detiene como un filósofo. Al atardecer se dirige al café predilecto donde su aparición es saludada con un ¡hurra! de diez gargantas juveniles, ¡«ya llegó Canevás!... ¡viva la esponja!...» El sobrenombre Canevás le fué discernido a propósito de una pregunta que solía hacer a sus amigos cuando le hablaban de un desconocido: ¡Kan er was? (¿puede él algo?) Aquello de «esponja» bien sabía Franz que era un justo homenaje a sus indiscutibles facultades de bebedor. Del café pasaban más tarde a la cervecería, de allí al cuarto de un amigo o a casa de los Sonnleithner, familia de ricos burgueses adoradores de la música, y en todas partes el sitio propio de Schubert era el piano en verdad su trono; pues allí aclamábanle sin tregua por sus improvisaciones. Ya escogido el lugar, todas las miradas se dirigían a Francisco: bien sabían que cuando comenzaba no era de temerse interrupción. Se bailaba, se cantaba, se escuchaba. Nunca faltaron risas ni lágrimas; aquel músico prodigioso poseía la virtud de evocar a su arbitrio la emoción que el verso no lograra, y así, naturaleza, juventud y amor, estaban en sus manos; él enredaba los hilos del recuerdo, y nadie sabía cuánto tiempo eran dueños de aquella felicidad; por eso, los amigos bautizaron con el nombre de «Schubertadas» aquellas reuniones.

A media noche los «schubertianos» emprendían la retirada y, uno detrás del otro, con alegría igual bajo la luna o bajo la lluvia, desfilaban cantando una melodía compuesta de las notas DO, LA, FA, FA, MI, MI, que traducida al alfabeto según la nomenclatura musical sajona y germana, significaba CAFE. Antes de retirarse, pues, volvían a los sitios predilectos; y una vez en posesión de sendos vasos rebosantes, cualquiera de ellos sacaba del bolsillo algún periódico o libro de poesías, suplicando a Canevás que hiciera el comentario melódico. Y Schubert nunca defraudó tales deseos; anotaba enseguida el canto, para una, dos y hasta cuatro voces, copiaba la estrofa; bebían la última cerveza y se marchaban a dormir.

La pobreza no halló sino alivio fugaz en su vida, paréntesis muy rápidos. Las privaciones en cambio, menudean desde la infancia. En 1881, siendo ya alumno interno del conservatorio, escribe a Fernando: «Por experiencia debes saber lo agradable que resulta comer pan blanco y algunas manzanas entre un almuerzo flojo y una cena harto pobre que hay que esperar hasta las ocho y media. Y este deseo se hace cada día más imperioso. Deseo que escuches mis palabras y te acuerdes de tu querido y muy pobre hermano que te suplica, Franz». De este modo llegaron algunas veces las manzanas y

el pan. Cuando salió del Colegio, su amigo Spaur rogó a Schubert compartiera su modesta comida y pobre habitación; además, como viera carecer al músico de papel pautado se lo proporcionaba. Mas, la delicadeza del artista era extremada y pronto rehuyó todo favor.

Carecía de sentido práctico; muchas composiciones las entregaba en manos de sus amigos como apuntes desprovistos de valor, jamás pudo obtener un puesto que le diera prestigio y le proporcionara los medios de vivir.

Con motivo de la muerte de Salieri quedó vacante la plaza de primer maestro de capilla, la misma que se otorgó a Eybler, con justicia, abriéndose luego un concurso para la provisión de segundo maestro, con la renta de mil florines y doscientos más a título de indemnización de domicilio. Schubert, hombre de buena fe, se presenta provisto de certificados inmejorables y, lo que es más decisivo, con su gran preparación, su capacidad inaudita y cinco misas originales bajo el brazo.... Pero, ya antes del concurso la plaza había sido otorgada a Weigl. Schubert, que lo supo después dijo simplemente: «puesto que se ha dado a un hombre digno, estoy satisfecho».

Un embutido de salchichón y una canción de amor completaron muchas jornadas de su vida. ¡Es indispensable algo más! Bueno, será entonces, otra canción de amor, porque los embutidos no se dejan atrapar tan fácilmente. ¡Y si el estómago protesta aún de la sobriedad obligatoria! Para ese evento, un LIED dedicado a «la trucha» para saborearla siquiera en melodía; luego, como acción de gracias al Sumo Hacedor que echó tan delicados peces en el agua, un pensamiento religioso, una plegaria al anochecer y un sueño poblado de esperanzas.

Su fisonomía tampoco era adecuada para proporcionarle éxitos de salón, dignidades, investiduras diplomáticas, o un matrimonio audaz. «Su rostro redondo, inflado, de labios gruesos, cejas pobladas, nariz aplastada, cabellos encrespados, le daban el aspecto de un negro», dice el doctor Kreissle. Como tenía la cabeza grande y el cuerpo pequeño, parecía una bola sobre otra bola, dice Teodoro Wyzewa; pero cuando hablaba, animábase la expresión de su cara, y su mirada centellante, pese a la miopía y a sus gafas muy gruesas, era la revelación de un mundo ignorado y bello que habitaba en su espíritu. ¡Noble fisonomía iluminada por todos los afables reverberos de la bondad, la ternura, la inspiración y la modestia! Desconoció la envidia hasta un extremo sobrehumano. Cuando escuchaba música de sus contemporáneos lo hacía con verdadera devoción, y si un músico nuevo o desconocido reclamaba su parecer la actitud del maestro tornábase aún más serena y condescendiente,

pero sin adulación o disimulo. En cambio, sus propias obras no le merecían tan buen crédito, y las parodiaba con frecuencia; así, un día cantó a través de los dientes de un peine ese prodigio de emoción que se llama «El Rey de los Alamos».

Fue característica original suya la más perfecta indiferencia por todos los acontecimientos políticos y las apoteosis heroicas de su siglo. Austerlitz, la batalla de las Naciones, Waterloo, teníanle sin cuidado; que su paisano el príncipe de Metternich hiciera o deshiciera matrimonios imperiales, muy poca cosa; pero si Goethe o Schiller publicaban nuevos libros, si Juan Pablo Richter, si los hermanos Schlegel, si Tieck, Brentano, Hoffmann, Koerner publicaban algo nuevo, su entusiasmo no tenía límites, y su amigo el poeta Mayrhofer, con quien pasó largas temporadas, maravillábase de la avidez con que Schubert bebía de aquellas fuentes.

Un cañonazo disparado por los ejércitos vencedores a las puertas de Viena no le conmueven tanto como un magnífico golpe de timbal o de bombo en la 5ª Sinfonía de Beethoven. El estreno de una obra del genial sinfonista y no la coronación de un Emperador sólo puede alborotarle.

Su idolatría por el Miguel Angel de los sonidos tuvo carácter pagano. Pero en éste, como en todos sus anhelos, el destino empañó con burlesca carcajada el cristal de su sueño.

Nunca pudo conseguir la amistad de Beethoven, pues, aunque vivían en la misma ciudad, el huracán autor de la Misa en RE permanecía irreductible, inabordable para quien no fuera un viejo amigo o un alto dignatario. Pero en cierta ocasión, Beethoven que se hallaba de visita en el despacho de su editor Steiner, entreteníase hojeando nuevas ediciones. Más de un papelucho era arrojado con desdén sobre la mesa del editor, y otros parecíanle indiferentes. De pronto se acomoda con vehemencia los gruesos anteojos que usaba para leer, y toma en sus manos rudas las páginas de un cuaderno de LIEDS, agita el pie con ánimo de llevar el compás y canturrea en voz baja algo que parece llenarle de júbilo desconocido.

—¿Le gusta a usted eso?, pregunta Steiner, sirviéndose del carnet de conversación.

—¿Dónde está ese Schubert?, pregunta Beethoven, y Schubert que se hallaba presente y lo veía todo, oculto en la penumbra de un rincón, por miedo a romper el encanto inefable de esos minutos, se acerca al maestro, le estrecha largamente las manos y le mira con la intensidad de un devoto. Beethoven ha enmudecido también; pero luego, con voz afectuosa le dice: ¡usted es alguien!... Schubert lleva a sus labios convulsos las manos que escribieron «La Pastoral» y «La Heroica» y vierte lágrimas de gratitud, de religiosa veneración, luego escribe en el

cuaderno de conversaciones: «Maestro venerado, yo quisiera seguirlo a usted de lejos». Beethoven respondió: «Tú me seguirás de cerca»...

El sordo genialísimo ignoraba que Schubert vendió algunos de sus libros predilectos para comprar una localidad, la noche del estreno de FIDELIO, ópera en la que Beethoven puso, como en todo, su huella de titán, y sólo al día siguiente recordó el autor de LA SERENATA que no había comido 24 horas, pero estaba satisfecho del todo con el banquete espiritual fideliano.

Después de la muerte de su madre, el único acontecimiento que gravitó con dureza increíble en su alma fue la muerte de Beethoven, acaecida el 26 de Marzo de 1827, en un atardecer tempestuoso. No siéndole posible enviar una corona de flores digna de tal músico, decidió acudir en persona al entierro, y, confundido con los pobres de Viena, con mil anónimos creyentes en Beethoven, llevó un cirio. Al volver del cementerio de Währing con dos amigos, una sombra gigantesca parecía acompañarles, reflejada en los ojos taciturnos de los tres.

Una taberna que bordea el camino incitales al descanso. Schubert propone detenerse. Eligen sitio en una mesa apartada y piden de beber. Silencio... Las almas huyen perseguidas por los cuervos del dolor. Al fin, ya llenos los vasos, el tiernísimo Schubert pónese de pies, y levantando el suyo, dice con voz entronquecida por el sollozo: «¡A la memoria de Beethoven!»

Chocan los vasos con lúgubre sonido. Paréntesis de meditación... Schubert permanece en actitud hierática. Pálido, cual si soportara el aletazo formidable de un presentimiento, invita de nuevo a beber, murmurando con voz apenas perceptible: «por aquel de nosotros que primero le siga».

Y el 11 de Noviembre de 1828 cayó gravemente enfermo. No sentía dolor; era la fatalidad que rondaba, era la miseria que carcomía. Una ola de amargura batió su corazón. Quiso seguir trabajando, corregir pruebas de sus LIEDER. El día 16 celébrase junta de médicos. Opinan que se trata de una fiebre nerviosa, pero sin fatales consecuencias. El 18, al atardecer su hermano Fernando penetra en su alcoba, y Francisco le dice con voz de misterio: «Fernando, acerca tu oído a mi boca. Di ¿qué va a ocurrirme?» «Nada, querido Franz», responde el interrogado, y haciendo un enorme esfuerzo para acallar la angustia que oprime su garganta, añade: «El médico asegura tu salvación, y como sólo nos ocupamos de curarte, pronto estarás bien. Mira, es preciso que te quedes en la cama tranquilo. Tu convalecencia, en

cambio, será agradabilísima, viajaremos, compondrás aquella ópera de la que nos hablaste con entusiasmo ardiente el otro día. ¿Quiéres?».

Schubert no parece haberle oído; sus ojos persiguen una quimera, y exclama: «te conjuro para que me pongas en mi habitación, y no me dejes en un rincón bajo la tierra. ¡Es que yo no merezco un lugar sobre la tierra!» «Cálmate, querido Franz. Cree a tu hermano Fernando, en quien siempre has tenido confianza y que te ama tanto. Estás en la habitación en que has estado siempre, y descansas en tu cama.»

«No, no es verdad; ¡Beethoven no descansa aquí!» concluyó Schubert y guardó silencio.

El 19, poco antes de las tres de la tarde vino el médico. Franz entabló un diálogo lleno de serenidad trágica, y de pronto, apoyando una mano contra la pared, murmuró: —«¡Ya es mi fin!»— y se quedó dormido, con un sueño de eternidad...

El entierro correspondió a su fama. Una inmensa multitud salda aún de los arrabales de Viena semejaba un oleaje movido por los vientos del dolor y de la gloria. El día anterior su cuerpo había reposado bajo una fragante montaña de flores. Su ataúd fué llevado a hombros por jóvenes artistas y estudiantes vieneses.

En los funerales se ejecutó su PAX VOBISCUM; el día 23 la Sociedad de Música ejecutó el REQUIEM de Mozart en San Ulrich.

Cuarenta y cuatro años más tarde fue inaugurada en el Stadtpark de Viena su estatua, obra del escultor Kundmann.

El cuerpo de Schubert descansó en el cementerio de Währing, junto al de Beethoven, hasta 1889 en que ambos fueron trasladados al nuevo cementerio.

Esta es la vida de Schubert.

«Toda vida—nos dice Federico Amiel— es la sombra de una nube de humo; es un ademán en el vacío; es un jeroglífico trazado en la arena que el más ligero soplo de viento borra; es la burbuja de aire que viene a abrirse y a estallar en la superficie del gran río del ser; es una mera apariencia, una vanidad, una nada. Pero, sin embargo, esta nada es el símbolo del ser universal, y la burbuja efímera es el compendio de la historia del mundo.»

Quito, Ecuador

(Concluirá)

Juan Pablo MUÑOZ SANZ

SINFONIA DEL BARRO

Primer premio en el concurso internacional promovido por la revista «Tierra Nativa» de Colombia.

1

Yo soy el fruto ubérrimo
del árbol
milenario del barro . .

La mano
sapiente de los siglos
amasó el lodo
divino de mi cuerpo
con carne de luceros,
con savias milagrosas,
con sangre de rubíes,
con aromas insólitos
y con el alma
rutilante y caura del misterio.

Yo pertenezco al bosque secular
que dialoga en el valle y en los riscos del Ande
con la voz temblorosa
de relámpagos presos y aquilones rendidos.

Las flores de mis manos,
diestras para sentir el alma
de las estrellas
que bajo el manto
paterno de la tierra
se torna en pauta
de florestas cantoras,
tienen el privilegio
de arrancar un raudal de himnos triunfales
al órgano encantado del espacio.

(Oh las llamas vibrantes de mis dedos!
Cómo saben la gloria
del mármol donde sueña
el alma blanca de los dioses.)

Y el vigor de las piernas
y el acero del tronco,
son dos vallas potentes . . .
Allí rompen los alciones del tiempo
sus picos destructores.
Allí trepan, como brazos amantes,
las yedras voluptuosas de la dicha.

Oh copa exuberante del cerebro:
sacro nido de la perfuclita
bandada de los cóndores excelsos
del pensamiento.

Pararrayo sublime
donde cae el espíritu
de Dios
hecho centellas!

2

Apto estoy para el vuelo.
Mi pegaso es el día y el brioso huracán.

Cómo embriagan las cumbres!
Todo hábito es perfume; todo perfume, luz;
todo rayo de lumbre, una canción;
y todo canto,
la apoteosis eterna de la vida.

Y vuelo...

Al poner mi pegaso sus cascos de diamante
en el zafir del cielo,
brotan las chispas
fugaces de los bólidos...
mientras yo con mis manos
exprimo en mi boca ardorosa
el rubicundo jugo
de las uvas olímpicas
de las estrellas.

Y vuelo...

Empapada mi clara desaudez
en las albas triunfales de la luz y las lirias,
aprisiono en mi diestra
potente
la antorcha milagrosa del ruiñeñor del sol.
Y formando los dos
una hoguera inefable, ignoramos:
si el sol es el hombre
o si el hombre es el sol...

3

Ya sepulté en el surco de mi cuerpo
el áureo trigo
del sol de primavera
y lo acaricié con el agua
eterna del amor. . .

Ha brotado el racimo de los frutos jugosos,
el rosal cantarino de las notas de olor
y el vigor voluptuoso de los tallos;
en la estela radiante
de los soles gloriosos
del ideal y el futuro,
el alma ha florecido como un alba inmortal...
Nueva fuerza inandita
agiganta la fiebre
creadora del barro
que sueña, del barro que ríe.

Ya soy el canto vivo
de los nervios dinámicos.

Y estas manos ya pueden extraer de la tierra
las pupilas extáticas
de las piedras preciosas,
ablandar los reacios
peñones,
encintar la manzana
del mundo
con la seda de las rutas floridas
y apagar el dolor
y la sed de los yermos.

Qué prodigio del numen y la fuerza:
Ya es un gran corazón con alas
la tierra vagabunda.

Por el suelo y el fruto,
por la uva y el vino,
por la flor y el perfume
por el tallo y la fuerza
y por el faro inmortal del progreso,
volcaré el cántaro
de mi cuerpo y abrazaré las cosas
con los mil labios frescos
del agua clara de mi espíritu.

4

Oh caos paradójico
del barro!

Cómo puede esconder pacientemente
en sus entrañas de paloma
la centella de las iras celestes
y la roja cuchilla de la venganza humana!

Su instinto es un león ibérico;
sus ansias, un aletear de cóndores;
su cólera, la aguja de las lanzas incásicas;
su palabra, el eco del rugido estentóreo
del volcán y del mar;
su triunfo,
la floración magnífica
de los olivos.

Oh lira escondida de la paz!
Qué el raudal de tus ritmos
embriague de dulzura
a la hiena indomable
del barro!

Brindad para sus ansias los ópalos del sueño;
coged para sus cóleras
la paloma del Arca;
y poned en la brasa incendiaría de su alma
la diáfana carici de unos ojos extraños.

Sin este paraíso,
temblad, raza espuria!

Puede ser cada vena el clarín de una hueste;
puede ser cada mano una garra felina;
puede ser cada dedo un tentáculo férreo;
puede ser cada gota
de sangre
una bomba mortífera;
puede ser cada grito el hosanna del triunfo.
Temblad, raza espuria!

Paz:
Bajo la frescura
de tus nubes banderas,
el hombre será un himno
de amor.

5

Apto estoy para el canto.

He lavado mi carne
con la linfa invisible
del éter.
He manchado mis manos con el lodo
que da el trigo, el roble y la rosa.
Mis plantas
en el agua que ríe
han florecido
como extrañas raíces de un árbol prodigioso.
Se han lustrado mis ojos
con los ósculos tiernos
que imprime el hábito de los astros.
He prestado el oído
a la voz aterrante de lo incognoscible.
Me he sentido perfume
junto a los incensarios de las flores.
Y he batido mis alas
en la jaula infinita del azur.

Y el barro,
la flor,
y el río,
la nube,
y el éter,
la música,
y el cielo,
la luz,
y el perfume, Jehová,
han formado la lira
polifónica de mi sér.

Y canto...

Y mi voz es un enjambre de abejas
que llevan la miel clara
al panal regio
del corazón.

Y canto....

Mi palabra es un vuelo
de piedras preciosas con alas
que juegan
con la flor armoniosa
del día.

Y canto....

Y la música de mis labios
es un chorro de estrellas
cantoras
en el ponto sombrío
del mundo.

6

Dadme todo el perfume
de las flores marchitas,
de las flores que hoy sueñan,
de las flores futuras;
dadme todos los cantos
de la siendra divina de la tierra;
dadme todas las mieles
de los frutos maduros;
dadme todo el tesoro
que guarda el cofre
fabuloso del globo;
dadme las maravillas presentidas
tras el velo impalpable del misterio,
y todo, todo
es una huella
que deja a su paso
la planta mibregosa del Amor.

El Amor es un dios inescrutable.

Cuando le sentimos en el perfume,
en la miel y en la luz,
brotan en nuestro pecho
las primaveras;
laten en nuestras venas
los regocijos;
cantan en nuestra sangre
las esperanzas;
nacen todas las albas
en nuestro espíritu...
Y el cuerpo
divinizado,
tiene las romerías
de los santuarios.

Por el amor,
 este barro que es polen,
 este barro-semilla,
 puede dar otras vidas
 y encender nuevas luces.

7

El triunfo de la vida
 está en el barro que se extingue.
 Gloria más grande
 no encierra el mundo.

Cuando se entierra el gran lirio del cuerpo,
 se estremece de júbilo la tierra
 como si sintiera en su seno
 siempre virgen y madre
 la sacra epifanía
 de un nuevo sol.

Y la epopeya de la sangre surge
 anegada en un mar
 de sinfonías
 y luminares...

Y canta:
 en el pico del ave,
 en la rosa rosada,
 en el trigo dorado,
 en vientre de la uva,
 y en la miel de la abeja.

El bálito que se levanta
 de la tierra mojada,
 es el alma del barro que fue carne
 y savia
 de dos mil primaveras...
 Y sube al infinito
 para ser nube de oro,
 para ser un relámpago,
 para ser una aurora...

El océano de luz que nos abrasa
 y la flor armoniosa
 del Universo
 que nos fascina,
 son los besos amantes
 del alma gloriosa del barro.

Quito, Ecuador. 1928

Alfredo MARTINEZ

ALBERTO GUILLEN

V ENGO de las montañas y traigo en mi corazón la voz de las selvas y el vasto rugido del león de la cordillera; el viento rebramante en los cordajes de los pinos y el agua estruendosa, todos exaltados gritaban unánimes: "Hemos sentido los pasos del poeta!"

Se regocija la naturaleza entera con su presencia entre los hombres porque él ha sentido dentro de su percedera arcilla la belleza y la inmortalidad del dios escondido que es él. Su palabra es de sortilegio. Posee la mágica potencia de las grandes evocaciones a cuyo conjuro despiertan las dormidas almas de los cosas y pasa, como un ardiente soplo de vida y de conciencia exhalado de los nùmenes sobre el angustioso rostro de la Tierra. Es la sacra animación de las cosas que presienten el paso hacia lo alto a que les obliga el hechizo de cada nueva voz del Emipreo. Alberto Guillén es. Existió por siglos innumerables en el pasado. Su fulguración de hoy es un momentáneo retorno para recordar a sus semejantes, a los de su generación, que los jóvenes son una joven hueste de dioses en el destierro. Es un Narciso? Qué dios no lo fue en algún instante de su vida? Cuando un nùmen se alza todas las cosas sienten el anhelo de reflejarlo en su seno. Cae maldición de esterilidad sobre la higuera que no fructifica en la presencia de los dioses.



El DEUCALION de Guillén es un jardín de las Hespérides cuajado de frutos de oro. Hay en él poemas de una exquisita belleza: La Gloria, Las Atlántidas, El Alma en Flor, Manos, Ashaverus, La Divina Locura, La Noche, Narciso, Salmo Augural, Rostro a la Gloria, Apesar del Gusano, El Calvario, Quién? Esbozo, En la Escudilla, Transmigración, La Queja Inútil, La Honda de David, La Estirpe, La Cruz.

Y cruzan relámpagos de fuerza luminosa por entre los laureles de su sendero. Se oyen los cantos que vienen de lo alto en celebración del regreso de los dioses a la tierra. Alberto Guillén es de la celeste hueste. Trae un mensaje. El filósofo dice: el alma es inmortal. Alberto Guillén afirma: Soy inmortal. En esta manción de arcilla habita un dios: YO.

Ni el dolor ni la conjuración de la noche y del mal, ni siquiera el destino, me detendrá en la gran jornada porque soy vencedor de la noche siendo apolíneo. Siempre fui. Seguiré siendo creador de mi propio destino. Yo obligo a las estrellas a escribir en los cielos lo que quiero, lo que debiere ser mañana.

Y este mensaje de fuerza, de divina confianza en sí mismo es simplemente un augurio de mejores días para América.

Sea esta una hoja de laurel en la sien del Anunciador.

Illinois.—U. S. A.

Roberto BRENES-MESÉN

POESIAS

— Del libro «Descalón» —

OFRENDA

Ven
aquí caminante,
—amigo o enemigo— ten
estas canciones que el Instante

dejó en
su vuelo en mi jardín.
Verás: la viña de mi sien
maduró su racimo sin

esperar
tu gratitud, y has de encontrar
entre el rumor de mis versos

huellas de tu dolor,
porque yo llevo en mí los universos
que murieron sin flor.

LA ULTIMA LIMOSNA

¡Para qué te das corazón,
para qué te das,
si no has de hallar tu ilusión
jamás!

Deja que florezca en tu jardín
la paz,
para que encuentres al fin
lo que dejaste atrás;

deja que te perfume
el Pasado y te zahume
lo que no es.

deja que te punce el recuerdo,
corazón, y sé cuerdo
para el ciprés.

DIOS

Soy un exaltador
divino de la vida:
por
la senda florida

de mi verso, no se llega al amor,
ni a la embriaguez vendida
en las cantinas: se llega a Thor,
el de la fuerte masa y la aguerrida

voz;
por mi camino
se va a Dios, peregrino,

que te erupinas a mí, pero ante todo,
—¿Sabes tú quién es Dios?
Tú mismo!... (Me lo dijo el todo).

MONTAÑAS

Hay montañas en mi vida:
una negra, desnuda,
erguida,
la Duda;

y sobre la florida
vega, dominadora, muda
se alza, sobre la Vida,
la ruda

roca
de la Voluntad: ella toca
una estrella:

con la erguida
testa, sobre ella
sólo el aguija anida!

LAS ATLANTIDAS

El viento hincha las velas
de mi corazón,
¡hacia dónde velas,
viento, y llevas mi barco sin timón!

Y el barco parte, y siento las espuelas
del viento en mi corazón.
Vamos como las carabelas
de Colón!..

¡Hacia dónde?
¡No importa! La Vida esconde
mundos en germen

que aún falta descubrir:
Corazón, es hora de partir
hacia los mundos que duermen!

DUALIDAD

Filosóficamente
veo en fuga las cosas
e intermitentemente
amo larvas o diosas;

yo llevo una serpiente
enroscada a mis prosas
pero bajo mi frente
hay semillas de rosas.

Yo no sé si Mefisto
es mi padre o si Cristo
se prolonga en mi ser,

pero, sí sé que todos
los dioses y los todos
amalgaman mi ser.

PRIMAVERA ETERNA

No llores, corazón,
la fuga de las cosas,
al bordé de las fosas
florece la ilusión.

¿Por qué sollozas;
corazón,
si aún hay rosas
en botón?

Mientras lloras tus muertas
el amor a tus puertas
llama con se bordón.

Corazón, ¿por qué lloras,
si hay un montón de auroras
y dichas en embrión?

LA FRUTA PROHIBIDA

En una enernecijada
de la cuta,
hallé mi Eva, y la promesa alada
paradisiaca de la fruta:

llevó el alma llagada
desde entonces y enjuta
la mejilla: cada
beso fué un trago de cicuta...

El alma, a tientas,
iba a buscar, tras las caricias lentas,
el corazón,

y lo hallaba, en lo obscuro,
masticando el pan duro
de una ilusión.

EL ARBOL DE LA VIDA

Que se arrastre el gusano,
que la bestia dé coces:
apesar de lo humano
ya vamos siendo dioses.

El Diablo, nuestro hermano,
trabaja con sus hoces:
ya oigo del partano
alzarse nuevas voces.

El Arbol de la Ciencia
se nos dió en la demencia
titánica de Adán:

si un día vuestro anhelo
reconquistase el Cielo,
recordad a Satán.

PRIMAVERA

Estamos en primavera
según creo, debe ser
primavera porque siento crecer
el alma cual si fuera

un arbusto y arder
como una hoguera
el corazón, debe ser
primavera!

La esperanza está en flor,
viejos retoños del amor.
En las gavillas

se transforma la sangre de remotos abuelos
y está postrada, de rodillas,
al alma ante los cielos!

LA SIEMBRA

Como flor de manzano
que se deshoja al viento,
así mi verso, hermano,
se fué perdiendo lento.

¿Acaso ha de ser vano
coger el pensamiento
y echarlo como grano
en el surco sediento?...

Nada se pierde: todo
fructifica, hasta el lodo
del surco que no labras;

hasta la tierra dura
guarda la sembradura
de tus buenas palabras.

EL CANTO DE LA SIEMBRA

Poeta: pon la mano
en la esteva, levánta-
te la túnica, echa el grano
ideal bajo tu planta.

Poeta: pon tu canto
bajo la tierra, labra
tu surco y de tu manto
arroja tu palabra.

Estruja tu alma, jugo
de luz, sangre que Hugo
vertió en el surco ardiente:

en tus venas abiertas
beben las viñas yertas
que madura tu frente.

Lima, Perú

Alberto GUILLEN

HISTORIA CLÍNICA Y AUTOPSIA DEL CABALLERO CASANOVA

¿Era Casanova un Don Juan?

EN qué grupo de la fauna amorosa puede clasificarse Casanova? Para la mayoría de sus lectores y comentaristas, Casanova es un ejemplo típico de Don Juan. El lector sin prejuicios que juzga de los problemas un poco en bloque y por instinto, pero generalmente con acierto, clasifica así al inquieto veneciano apenas éste ha leído las tres o cuatro primeras aventuras de la serie interminable que llena sus Memorias. Los técnicos, los casanovistas son de la misma opinión: casi todos se refieren largamente al donjuanismo de Casanova al comentar su espíritu y su vida. Para no engolfarme en la bibliografía casanovista, que por otra parte sólo conozco de una manera general, me limitaré a citar a Octave de Uzanne: bien es verdad que es una cita pontificia. Uzanne, en el «Essai apologetique» que precede a la edición de *La Sirène* de las «Memorias», en vías de publicación, que es como el monumento que los casanovistas de todo el mundo levantan a la memoria del llamado Caballero de Seingal y, por lo tanto, en el lugar prominente de este monumento, le proclama varias veces como un Don Juan auténtico y de primera línea.

Es cierto que no todos los autores están de acuerdo con esta identificación. Bloch, por ejemplo, hace un paralelo entre ambos personajes —Casanova y Don Juan,— y concluye por profundas diferencias que los separan: Don Juan, para él, es un amador meramente carnal pero de corazón imperturbable y frío, mientras que Casanova pone en sus amores tanto de varonía propiamente dicha como de ardiente romanticismo. Este es también, poco más o menos, el punto de vista del señor Baeza, el único escritor que yo sepa, que ha hecho en España salvas en honor del burlador veneciano, cuando sonaban en todas partes del mundo, con motivo de su segundo centenario. Y así piensa, por fin, Corpues Barga, que ronda frecuentemente el tema de Don Juan y que hace poco escribe: «Nada más equívoco que suponer como se

ha supuesto a un Casanova el espíritu de un Don Juan».

Siendo estas opiniones—y otras semejantes que habrá probablemente,—muy interesantes, no justificarían ellas solas el escribir para rebatirlas: tan abrumadora es la opinión contraria. Pero el concepto del Don Juan y del donjuanismo ha adquirido en estos últimos años tantas precisiones que hacen interesante el cortejo del *Don Juan Símbolo*, con la intrincada personalidad del Tenorio de carne y hueso que ahora nos ocupa.

Definición previa del donjuanismo

En otros escritos que hemos dedicado a la cuestión del donjuanismo procuramos demostrar que hay dos caracteres que definen al tipo de Don Juan y lo separan de los tipos de sexualidad confin a la suya, a saber: el dedicar su actividad de un modo casi exclusivo al comercio amoroso con las mujeres, con detrimento de otras actividades propias del sexo viril; y el ejercer sobre la hembra una suerte de encantamiento que le convierte en centro de la gravitación sexual, trastocando así la mecánica normal del amor, dentro de la cual la atracción se hace a la inversa, es decir, desde el hombre que es el atraído hacia la mujer que es el centro pasivo, fisiológico, de la libido. Para hablar del donjuanismo, como para hablar de cualquier otra cosa, material e incorporea, es preciso tratar de definirla antes. Por no hacerlo así es por lo que aparecen como contradictorias opiniones que en el fondo no lo serían, en esta cuestión que ha atraído el interés de una gran parte de los escritores contemporáneos, singularmente los del habla española. Me refero, entre otros a nuestro amigo el Dr. Lafora, cuyos comentarios sobre mis puntos de vista en este problema no parecen fundarse en una lectura completa de mis ensayos.

En varias de nuestras publicaciones y singularmente en el ensayo titulado «Sexo, Deseo y Trabajo» hemos discutido largamente nuestra posición de que en el hombre normal la acción está ligada futi-

mamente a la vida de su sexo. La actuación social es, pues, un verdadero carácter sexual funcional del hombre, en el que, salvo circunstancias accidentales, la actividad amorosa primaria ocupa fisiológicamente un lugar, no secundario pero sí episódico, en la vida. En el Don Juan ocurre lo contrario: su preocupación y su tiempo están casi del todo absorbidos por la hembra. En correr de una mujer a otra, sin detenerse en ellas más que el breve espacio que necesita para su modo peculiar de amar, se le van casi todas las horas útiles de su juventud y de su madurez. Por esto el Tenorio no tiene oficio conocido, fuera del de galanteador. No oficio, aunque sí beneficio, pues es la suya profesión que, a la larga o a la corta, requiere tener la bolsa bien repleta.

No quiere decir esto que el Don Juan sea siempre un ente desocupado en absoluto. Puede tener una porción de cargos, aficiones y títulos profesionales, que ahora no vamos a detallar. Lo haremos en un libro próximo a publicarse. Pero digamos, desde luego, que casi siempre se trata de modos de actividad del tipo del diletantismo, de la mera afición o del deporte; en suma, modos superficiales de pasar el tiempo sin la característica del trabajo verdadero, que es la creación. Al decir «casi siempre», pensamos en los casos aislados de varones realmente creadores que fueron a la vez donjuanes. Esta combinación, nada frecuente, se da sobre todo entre los artistas y podemos servirnos de ejemplo Lord Byron, gran poeta y gran Tenorio, y nuestro magnífico Lope de Vega, verdadero monstruo genésico en la literatura y adornado a la vez con plumas de Don Juan, aunque sin realizar por completo el tipo de éste.

Casanova y Cellini

Volviendo a Casanova se nos dirá que precisamente es el ejemplo de un amador distinto del vulgar «homme à femme» en que quieren catalogarle sus críticos superficiales. Era, por el contrario, un espíritu abierto a todas las curiosidades y apto para todos los modos de acción. En esta universalidad de su espíritu y de sus aptitudes, reside justamente la razón de que su figura no sólo no se haya esfumado con los años, sino que haya alcanzado su segundo centenario lleno de precisión y de interés. Uzzanne la compara muy acertadamente desde este punto de vista, con la de Benvenuto Cellini. A mi siempre me parecieron dos

figuras gemelas en muchos de sus aspectos. Benvenuto, sin embargo, era un gran artífice por encima de todo y por ello no pudo nunca ser un verdadero Don Juan a pesar de ser extraordinariamente mujeriego. Casanova, en cambio, precisamente por ser un Don Juan no pudo ser a derechas ninguna otra cosa durante la mayor parte de su vida. En este sentido, pues, el coitejo de ambos los pone frente a frente. Pero, por otra parte, en los dos personajes se comprueba idéntica avidéz de vivir tan sólo para los sentidos; idéntica ansia del triunfo sensorial a costa de todo lo demás; la misma soberana disposición no adquirida para todas las aplicaciones del ingenio humano; y, en fin, la misma egolatría desenfrenada, resorte de sus mejores victorias y explicación a la vez de sus batacazos. Ano dejando a un lado la semejanza del episodio de la fuga de las prisiones respectivas, en muchas otras ocasiones la lectura de las *Memorias* de Casanova nos hace recordar con insistencia, más que ningún otro libro, a las del escultor florentino. Es, a mi juicio, seguro que, aparte de otras influencias literarias, como las de las *Confessions* de Rousseau, que con tanta razón apunta Baeza, las *Memorias* de Benvenuto estuvieron muchas veces presentes en la mente de Casanova, no sólo cuando escribía, en la vejez, el relato de sus aventuras, sino también cuando las urdía en plena juventud. Con ser tan característica del siglo XVIII la figura del agitado veneciano, no nos cuesta ningún trabajo trasladarla a los años del Renacimiento en que vivió Cellini: allí estaría como en su propio marco, sin más que amputarle el tufillo de galantería francesa, probablemente más literario que real, que tienen gran parte de sus aventuras.

Pero obsérvese que esta disposición de avidéz ante el espectáculo del mundo y de facilidad para dominarlo y gozarlo por cuantas vías ponen en contacto al hombre con el mundo exterior, no fué utilizada por Casanova más que para un incesante ir y venir, de tema en tema y de curiosidad en curiosidad, posándose en cada una y volando a la más próxima sin penetrarlas nunca. La misma caricia fugaz para cada cosa como para cada mujer; porque la errante inquietud del tenorio no se limita al sexo, sino que alcanza a todas las manifestaciones de la humana actividad.

Por ello Casanova, es cierto que habla de todo y que de todo aparece informado,

además de su copiosa ciencia amorosa. Pero su erudición no le sirve para nada, como no sea para brillar efímeramente ante el público, intelectualmente modesto de los salones; atrayendo hacia sí por una vía más, la del liviano ingenio enciclopédico, la atención de los circunstantes. Es decir, que sus indiscutibles dotes de talento general estaban al servicio, como simples lacayos, de su actividad primaria, que no era otra cosa que la seducción de las mujeres. Y en los ratos libres de esta servidumbre, que a veces tomaba aspecto de alcahuetería, le ayudaban a agenciar, casi siempre por malas artes, el dinero necesario para la vida y sobre todo para la ostentación que requirió su especial táctica amorosa. Así, pues, al leer sus *Memorias*, fuera del episodio de la fuga de los Plomovencianos, y algunos pocos más, todo queda en segundo término, o decididamente entre bastidores, al lado de la relación de sus amores. Estos llenan su vida; y la literatura y la filosofía ocupan, a duras penas, aunque con innegable eficacia, los resquicios. Su oficio es amar (amar a su modo) como ocurre siempre al Tenorio; todo lo demás es mero deporte; como deportivo es también su modo de amar.

Puro deporte, en efecto, hasta un momento de su vida en que se encier a en una biblioteca y consume algunos años en estudiar y en escribir toda la serie abigarrada y diversa de sus libros, y principalmente sus *Memorias*. Pero ese momento del ímpetu creador, no es un momento que su voluntad o el azar señalan en su vida, sino aquel momento preciso en que perdida, más que la actitud física para el amor, la aptitud extensa para la seducción —la apariencia flamante, la mirada fascinadora y el porte atrevido,— tiene que renunciar, a la fuerza, a ser Don Juan.

Así, pues, Casanova, por lo mismo que no es un estúpido como la mayor parte de los tenorios, nos da la demostración más clara de la incompatibilidad entre el ejercicio activo de la seducción y la actividad creadora. El modo de su acción, a través de su larga vida es, en suma, típicamente donjuanesco.

La aptitud fascinadora

No menos clara aparece en él, la segunda de las cualidades esenciales para la caracterización del Tenorio, a saber: la aptitud fascinadora. Aun dando todo el margen que se quiera a las exageraciones de un

hombre tan notoriamente exagerado y vanidoso de esta su capacidad de atracción, parece indudable que poseía el secreto de la típica seducción a quemarropa. Claro que para una cierta casta de mujeres; pero esto es achaque común a todos los donjuanes cuyo poder de seducción no es específico para todo el sexo contrario, sino para una categoría peculiar y bien precisada del mismo.

En la lista de proesas amorosas de nuestro héroe se pueden escoger a docenas los ejemplos de esta forma instantánea de conquista, que deja, de súbito, desde la primera mirada, uncida a la víctima femenina a la voluntad del seductor. Otras veces, es cierto, la mujer se resiste y Casanova tiene que emplazar ante ella la artillería de sitio; los medios violentos de conquista, o bien los recursos de su astucia; de la relativa astucia que exigen estas pobres mujeres cuya fortaleza se quiebra indefectiblemente como la de las criadas de todos los tiempos, ante la clásica palabra de matrimonio que el caballero de Seignalt prodiga sin el menor inconveniente. Vemos entonces a nuestro héroe en apariencia rendido ante la mujer deseada; pero se trata de meros simulacros tácticos, de alharacas de pólvora sola; la suerte de los instintos está ya echada y decidida la victoria del seductor.

Análisis de la seducción donjuanesca. El elemento imponderable

¿En qué consistía esta magia de Casanova? Acaso en ninguna otra biografía de un Don Juan se podrá seguir con la precisión que en ésta el análisis de ese poder imponderable y vago que es la fascinación amorosa del Tenorio. Casanova, tantas veces sospechoso de falacia, se nos ofrece en este aspecto con absoluta y escueta verdad; porque sus mismas exageraciones nos presentan en toda su pureza la realidad del resorte principal de su táctica amorosa que era, precisamente, la exageración.

Cuando, en vida, revoloteaba en torno de la mujer acechada por su apetito del momento, su poder de fascinación era sin duda algo resplandeciente y confuso, como el halo de luz irisada de la mariposa que agita sus alas en el sol. En sus *Memorias* nos es posible, en cambio, descomponer uno por uno los elementos de aquella sugestión: la mariposa está ya inmóvil, sujeta por un alfiler al corchó del naturalista. Hay que admitir, desde luego, un elemento imbuido en la personalidad sexual del per-

sonaje, el verdad-ramente específico, que no se sabe en qué consiste; un reclamo misterioso que suscita, al vibrar, la vibración sintónica de las modalidades correspondientes del sexo contrario; tal como el sonido de un diapason hace vibrar a los diapasones de la misma tonalidad y sólo a ellos. Este eje o espíritu del magnetismo amoroso no se puede definir. Menos que nadie las propias víctimas de él acertarían a explicarlo, porque es la percepción sorda del instinto y no la conciencia superior la que lo aprehende. Varios de los comentaristas de Casanova hablan del color profundo y de la potencia sugestiva de sus ojos, lugar de la anatomía donde suele localizarse este poder de atracción; pero nada de esto pasa de la categoría de las suposiciones gratuitas.

Aspecto y atavíos

Admitida y no explicada esta fuerza original y específica, a ella se agregan otras de más fácil definición; unas espontáneas, otras cultivadas de intento por el enamorado. A las primeras pertenece el «exterior agradable e imponente» que el mismo nos describe. El Príncipe de Ligne habla de que era «feo aunque de sugestiva apariencia». Sin duda se refiere al color, más que moreno, aceitunado de su rostro, poco en armonía con el concepto entre atildado y femenino de la belleza masculina en aquellos años de las pelucas trenzadas y de las casacas cubiertas de encajes y bordados. Pero sobre esta apreciación están las repetidas declaraciones del interesado que se arrobaba en la contemplación de su propio físico. «Poseía yo físicamente todo lo que un amante perfecto puede apetecer», dice en una de estas ocasiones. Y el único retrato que de él poseemos y que será más adelante comentado, confirma que su rostro poseía una corrección delicada, bien distinta del prototipo enérgico y hosco en que muchos localizan la hermosura varonil.

Casanova, por lo tanto, era probablemente un barbilindo; y lo que es aún más importante desde el punto de vista de la eficacia amorosa: estaba él mismo convencido de serlo. Cuidaba además su físico con meticulosidades de cortesana. Y sobre todo, se preocupaba de sus atavíos, vestidos, joyas y tren callejero con la atención característica de los tenorios. Sus *Memoirs* están llenas de minuciosas descripciones de las toilettes que elegía para lanzarse a sus empresas amorosas, certera-

mente convencido de la enorme importancia que para sus presuntas víctimas habían de tener los menudos detalles del indumento, que a los hombres no tocados de donjuanismos jamás les podrán caer en la cabeza. He aquí una de estas descripciones, elegida al azar: «Mi uniforme, era blanco con chaqueta azul y charreteras y cordones de oro y plata. Me ajusté el cinto a la larga espada. Y con mi lindo bastón en la mano, mi sombrero flamante con airon negro y trenza postiza, me lancé a dar una vuelta por la ciudad». No hablemos de las joyas: «Mi lujo, dice en otra ocasión, era deslumbrador; mis sortijas, mis tabaqueras, mis cadenas de reloj, llenas de brillantes, mi cruz de diamantes y rubíes pendiente de una cinta escarlata»... etc., etc. Aun contando con los gustos, un tanto chocarreros de la época, es demasiada pedrería para un solo varón.

La osadía

Pero sobre estos brillantes atractivos de la esfera física, Casanova poseía y ponía en práctica el arma más eficaz de seducción de los donjuanes, que es la osadía. Le Gras, otro de sus comentaristas, dice que «Nadie igualó nunca a Casanova en la audacia del pensamiento y de la acción; y este era el gran secreto de su encanto y de su atractivo». En otro lugar hemos insistido por lo largo, sobre el valor que esta cualidad tiene, en efecto, en el juego de la atención amorosa. El hombre normal está dotado casi siempre de una acometividad amorosa coaccionada por la timidez, uno de los tiranos de la vida sexual, que aún en la mayoría de los varones normales es uno de los topes subconscientes de las tendencias del instinto y de las modalidades de su acción amorosa. El hombre de más recia varonía es frecuente que sea, aunque no se le note, muy tímido ante la mujer. La osadía sexual se da, en cambio, por explicable paradoja, en los sectores equívocos de la sexualidad. El invertido, el cornudo complaciente, la cortesana, y el Tenerio, carecen por lo común del pudor íntimo del sexo que jamás abandona a los hombres y mujeres normales, por osados que sean en las actividades generales de la vida.

En el caso del donjuan, la eficacia de esta acometividad sin escrúpulos es formidable. Estas mujeres sencibles al influjo del burlador, se rinden en seguida ante la audacia, aun cuando, a veces, ensayen la parodia de resistencia a que antes nos hemos referido. «La mitad de las mujeres se entregan por timidez», decía un proveedor de sentencias para hojillas de calendario que me es anti-

pático nombrar; y máximas análogas se encuentran en casi todos los expertos del corazón femenino. Casanova en todas sus conquistas, salvo algunas de su primera época, se impone por la audacia—audacia en el gesto, en la palabra y en las manos,—ante la menor resistencia de sus víctimas; y a veces, cuando el diálogo se va haciendo largo por que la pobre hembra regata desesperadamente su entrega, nuestro Don Juan corta la conversación por lo sano, y toma, sin más, lo que tardaban en darle.

Vanidad. Papel de la reputación donjuanesca en la seducción

Esta audacia está infinitamente ligada con la enorme vanidad del Tenorio y su afán irresistible de llamar la atención. Tampoco en esto Casanova le va en zaga a ningún otro Tenorio. Ya el primer ejemplar conocido de esta fauna amorosa, el de Tirso de Molina, nos descubre este rasgo que parece en escena, culminando al confesar paladinamente que si acude a la cita que le da el Comendador muerto no es, ciertamente, por gusto, pues le aterran las sombras de ultratumba; ni tampoco por cumplir una palabra, compromiso que él deduce sin dificultad a diario: sino «porque se admire y espante Sevilla de mi valor». Es decir, por pura fanfarronería. En los demás tenorios de la serie, en la literatura y en la vida se encuentra con toda exactitud la misma postura teatral ante sus contemporáneos.

Pero en nuestro caballero de Sengal este afán de exhibición adquiere caracteres irresistibles. Al llegar a cada población grande o chica, de las que recorre en sus propias peregrinaciones, su primer cuidado es deslumbrar a todo el mundo, desde el hotelero que acude a recibirle a la puerta del albergue, hasta los reyes, ante cuyo trono se acerca pavoneándose. La ciudad entera ha de hablar de él, a las pocas horas de su llegada, sin que perdona medio para lograrlo. «Su gran preocupación, dice uno de sus comentaristas, era no pasar inadvertido y no dudaba nunca en exaltar su propio mérito ni en pronunciar en cualquier parte su propio elogio».

Este tipo de vanidad teatral, no responde sólo en el donjuán a la necesidad de satisfacer el placer, tan femenino, de recoger el aura calurosa de esa espectación pública en la que se mezcla la admiración, el asombro y la envidia. Tiene, además, un fin inmediatamente utilizable, y es el de que su renombre sea el heraldo y la vanguardia de sus hazafas futuras. La Humanidad, es cosa bien sabida, se postea siempre con la sumisión más estúpida ante los hechos y las personas consagradas, sin molestarse en poner unas gotas de crítica como reactivo de la legitimidad o la falsía de la reputación.

«Cobra buena fama, dice nuestro refrán del modo más clínico, y béchate a dormir.» Pero es el amor el punto de la actividad humana en que esta verdad se hace más culminante; y sobre todo en el amor donjuanesco.

A Don Juan, en realidad, sólo pueden computársele, con total responsabilidad sus dos, sus tres primeras aventuras. Mas en cuanto el escándalo de éstas ha volado de boca en boca, todas las damas se le ofrecen ya medio hechas, maduradas previamente por el influjo de su fama misma. Así que cuando él llega, sólo tiene que alargar la mano y recoger el fruto propicio. Nadie superó a Casanova en la penetración psicológica y en la desfachetez práctica para valorar este gran recurso del magnetismo donjuanesco.

Los viajes. Donjuanismo y cosmopolitismo

El lector de las *Memorias* de Casanova no tarda en sorprenderse de otro de los rasgos más llamativos de su personalidad que es la permanente inquietud que le impulsó a viajar sin tino durante su vida. No hoy que decir que todos los comentaristas de nuestro héroe han interpretado de diversos modos esta circunstancia. Resulta verdaderamente maravillosa la incansable resistencia con que en aquellos tiempos de malos y costosos medios de transporte, por pésimos caminos, tan incómodos como peligrosos, Casanova se trasladaba de una ciudad a otra del continente; de Venecia a París, de París a Madrid, de Madrid a Varsovia y a San Petersburgo, sin perdonar rodeos y sin cuidarse de la nieve ni del sol ni de ninguna suerte de fatigas. Es cierto que en ocasiones sus caminatas no eran meros paseos de turista o de curioso buscador de pasatiempos y buenas fortunas, sino huidas precipitadas, con la justicia a los talones, que no terminaban cuando quería su capricho, sino sólo cuando encontraba un asilo seguro. Sus propias referencias lo confiesan a veces; y otras dejan adivinar que este y el otro de sus viajes no fueron precisamente excursiones de placer. Pero no puede dudarse que en muchas otras ocasiones era su propia inquietud la que le llevaba camión adelante, con tal falta de ahorro de cuidados, de tiempo y de dinero que resultaría formidable aún en los tiempos actuales de la Agencia Cook.

¿Qué significación tiene en la psicología de nuestro caballero este movimiento continuo? Pérez de Ayala fué quien certeramente señaló la manía de viajar y el cosmopolitismo como un rasgo casi constante del Don Juan. No falta, en efecto, en una sola de sus encarnaciones principales; desde el Tenorio de Tirso hasta los más recientes, cada hazafa ocurre en un sitio distinto del planeta. Algo parecido que en los tenorios simbólicos ocurre en los de la realidad. He

aquí, pues, un nuevo dato que caracteriza a Casanova dentro del género donjuanesco. Pero tratemos de escudriñar la relación que enlaza al donjuanesco con el cosmopolitismo.

Necesidad de cambiar el tema sexual

¿Por qué en efecto, ningún Tenorio escapa a éste sino errabundo hasta el punto de que cuando se localiza en su pueblo degenera rápidamente y se convierte en un tenorio ridículo, descendiendo del rango de protagonista al de un personaje cómico de segunda fila? Probablemente las causas del fenómeno son muy complejas.

Parece indudable que una de ellas sea la superioridad del conocimiento que de cada mujer adquiere el conquistador del tipo del Tenorio. La mujer puede poseer tesoros de sentimiento y modalidades complicadas de su psicología y aun de su dinámica amorosa que fugan de cada una aquel ideal que Balzac preconizaba, esto es, la variedad multiforme encerrada en una sola hembra; como esos juguetes rusos en que un idólo de madera que parecía único y macizo se descompone en una serie interminable de pequeñas variantes de aquél. Este tipo de mujer puede satisfacer durante mucho tiempo, y aún durante una vida entera, el instinto del hombre más poligámico, sin salirse de una estricta monogamia. Pero su hallazgo no es nunca casual, sino el fruto paciente de una actividad fervorosa del varón, tal como se requiere para alumbrar el agua subterránea o la profunda veta del mineral precioso. Y dicho se está que esta tarea y este hallazgo están vedados al Don Juan que de cada una de sus mujeres toma tan sólo aquellas esencias superficiales que pueden recogerse en la fugitiva conjunción, que es clásico comparar con el libar errante y alcido de las mariposas.

Ahora bien, Don Juan, que pasa de una hembra a otra impulsado por una forma morbosamente estilizada de la «necesidad de la variación» que rige el instinto sexual del hombre, se encuentra con que esos elementos superficiales que gusta de recoger en la hembra son tan cortos en número que en seguida se agotan. La mujer, considerada como ícono, oculta bajo muy pocas variedades que la naturaleza combina con habilidad, una gran monotonía. Un hombre verdaderamente interesante, que fué un gran Tenorio, lleno de buenas fortunas hasta muy entrada su madurez, me contaba en una ocasión, en los descansos que le dejaban sus dolores de gota, las aventuras femeninas de su pasado borrascoso y coronaba su relato con esta frase melancólica: «he tardado cuarenta años en aprender que de cintura abajo todas las mujeres son iguales».

Esta es, en efecto la tragedia de Don Juan. No les falta razón a los que le pintan

como un ser sediento del ideal femenino; que, no resignado a hallarlo dentro de las soluciones que brinda la sociedad burguesa y unas leyes y una religión de visión limitada, lo busca con tenacidad ingotable y casi dolorosa en todo un sexo. Pero el error de Don Juan—varias veces lo hemos dicho,—es plantear como un problema de superficie lo que es un problema de profundidad. Semeja a un pescador de perlas que errase por todos los mares esperando encontrarlas entre la espuma de las olas sin arriesgarse nunca a descender al fondo de las sirtes elegidas.

Todas las mujeres son iguales; pero es para quien no traspone su epidermis o las considera con un criterio anatómico de la grosor de nuestro amigo el viejo Don Juan gotoso a que antes nos hemos referido. La mujer incita el deseo específico del hombre mediante un cierto número de encantos esquemáticos—en suma gracia y belleza.—Todos estos encantos, diferenciados por mil combinaciones naturales o realizadas por el complejo arte de la cosmética, van perdiendo esta diferencia a medida que convergen hacia un punto, casi un punto matemático, que es la suma que absorbe insaciablemente el deseo masculino y en la que la individualidad de la mujer, por sorprendentes paradojas, se hace, en efecto, como observaba nuestro viejo Tenorio, casi nula. Cada mujer, al pasar por la calle, nos atrae, pues, con incentivos infinitamente diferentes; pero a medida que nos aproximamos a ella la especificidad de su encanto se atenúa, y acaba por borrarse en el momento de la conjunción material, en el cual hay un punto fugitivo, en el que «la mujer» desaparece y es sustituida por «el sexo». Por eso Don Juan, catador tan sólo de ese momento inespecífico, acaba su existencia convencido de la igualdad de todas las mujeres.

La peregrinación del hombre normal a través del sexo termina, por el contrario, muy pronto: en cuanto encuentra el mundo interior femenino en que alojarse su virilidad. Es excepcional el que un hombre de finura afectiva de tipo medio no haga pronto el hallazgo deseado cuando procede de buena fe. Y además la vida humana no da lugar sino a un número limitado de experiencias; porque son experiencias que requieren atención prolija, sucesión de ensayos numerosos y en suma mucho tiempo. Por las razones inversas, la peregrinación del Tenorio no se acaba jamás, y le vemos, ya viejo, proseguirla como el perfecto turista que en plena senectud sigue recorriendo nuevos países, con su guía en la mano, añadiendo hasta el final nuevas visiones al archivo de sus sentidos, mas sin encontrar nunca la dársena tranquila donde anclar su corazón.—(Concluido).

Gregorio NARAÑÓN

B A R B E R Í A

A GONZALO ZALDUMBIDE

El mundo es como una clara y confortable barbería celestial.

En sus cuatro puertas cardinales
anuncian el establecimiento
un rosicler matutino
o el arco-iris
vesperal,
cual si formasen ambos anuncios
el palo pintado y giratorio
que se ve en las *barber-shop* de Yanquilandia.

El sol, genial peluquero,
ya abillantó los espejos del mar, el lago y el río,
y abrió en los escaparates rocosos de las alturas
sus más famosas lociones:
Tequendama e Iguazú con Niágara y Titicaca,
exhibiendo en el cristal del Cotopaxi,
la cascada de Aگویán.

Por las cuatro puertas
desfilan los parroquianos;
y el sol, más pulcramente vestido
que un barbero del «Majestic»,
sirve por turno a sus clientes:
La Señorita Montaña desea ver su cabeza
a lo *flapper* o gatzona,
y los álamos barbudos y los viejos sicomoros
quieren afeitarse y contemplarse jóvenes
en mar, lago y río
que son los grandes espejos
de la barbería.

En el rasca-cielos Cosmos
funciona esta inmensa *barber-shop*!

El sol, con sus dos tijeras
filadas de luz,
sus lociones
y su talco de oro
«Vesperal»,
rejuvenece a los parroquianos
que le exigen sus servicios
desde el Alba hasta el Crepúsculo,
todo el año!
Por las noches, el rubio peluquero
apaga todo y se acuesta en la trastienda
de su estérico local.

Caracas

V. H. ESCALA

El Dolor y el Arte en el Universo

Bosquejo de una teoría

El dolor: he aquí el problema eterno de la filosofía, he aquí el blanco de las protestas desgarradoras de la humanidad. Maeterlinck, ese mago del misterio, hundiendo en el infinito su mirada serena y optimista, nos dice que el dolor no puede ser sino accidente efímero en la historia de la naturaleza, que se debe tal vez, a extravíos parciales en los elementos del Gran Todo, pero que el Universo no puede condenar a tortura eterna su partícula más insignificante porque al hacerlo, se torturaría a sí propio viniendo a ser él mismo la víctima de su locura. Hermosa y consoladora visión con la que no se aviene, sin embargo, nuestro criterio: lejos de considerarlos incompatibles, conciliamos la dicha perfecta del ser infinito con el dolor que se *individualiza* en los elementos que lo forman. Vamos a desarrollar este concepto—que, a primera vista, puede causar la impresión de una sutileza insustancial—pues sirve de base en el desarrollo del presente estudio.

El dolor existe como ley de la vida. La vida tiende por naturaleza, a extenderse: de aquí que las limitaciones que, en los seres finitos la aprisionan, sean la causa del dolor. Ahora bien, el cosmos vive desplegándose en una serie o conjunto infinito de partes, como tales, finitas. Así pues, privando de su manera propia de existir las circunscripciones que individualizan sus elementos, queda el dolor, que es consecuencia de ellas, erigido en ley de la vida. Pero el infinito, el absoluto, como tal, es inaccesible al dolor por lo mismo que su esencia es ilimitada. La dicha o, mejor, la gloria que lo inunda se extiende como su inmensidad porque en él se confunden la felicidad con la vida.

Nuestra energía vital se desenvuelve, en cambio, oscilando entre el placer y el dolor: lógrase el primero cuando esta energía se enriquece o extiende, según su natural tendencia y se origina el segundo cuando lo que ella reclama se halla fuera de su alcance. El placer y el dolor son, pues, *verdaderas manifestaciones de vida* y las notas del uno y el otro que se presentan incongruentes y dispersas por el mundo, a la estrecha visión de los seres finitos, concurren, en acorde supremo, como palpitación de la vida universal, para constituir la felicidad sin límites del ser absoluto, en cuyo seno, repetimos, la felicidad y la vida se confunden.

Un ejemplo hará más perceptible nuestra idea. Dentro de la normalidad de la existencia

orgánica, las gratas o dolorosas impresiones que, sin duda, experimentan las células en el curso de su renovación continua e incesante, es decir, cuando nacen y mueren (no convergen, acaso, para nosotros, en la sensación del proceso vital, en el goce que la salud proporciona).

Explicado el primer aspecto de la doctrina que sustentamos, pasemos a considerar el segundo.

La felicidad suprema de que disfruta el ser infinito cuando en ella se resuelve nuestros placeres y nuestros dolores, no es, por cierto, del todo extraña, aunque parezca absurdo, a las diversas partes que integran el universo. "Su soplo—dice refiriéndose a él Maeterlinck—es nuestro soplo, su finalidad es nuestra finalidad, en nosotros llevamos todos sus misterios... nada tenemos que se le escape, no hay nada en él que no nos pertenezca. Nos prolonga, nos atraviesa por todos lados. En el espacio y en el tiempo y en lo que, más allá del tiempo y del espacio, no tiene nombre todavía, lo representamos y lo resumimos íntegramente con todas sus propiedades y todo su porvenir y si su inmensidad nos sobrecoge y abruma, nosotros somos tan abrumadores como él mismo". Seguros estamos de que el lector no habrá visto en las frases que anteceden el propósito de identificar a cada uno de nosotros con el ser infinito, al punto de constituirnos en otros tantos absolutos, que mutuamente venrían a excluirse. Débese anotar, no obstante, que Maeterlinck trata de probarlos en ellas, que el Gran Todo se torturaría a sí mismo al torturar a cualquiera de sus elementos, quedando así comprometida, por la suerte de estos últimos, la venturosa condición de aquel. Hemos manifestado ya nuestra opinión sobre esta materia. Añadiremos, pues, únicamente que, si entra en relación con cada una de sus partículas, el universo todo, este hecho, lejos de hacerlo participar en la desgracia que se alberga dentro de la limitación de los seres finitos, hace de *cada uno*, partícipes a estos últimos en la dicha sin términos que inunda al ser por excelencia. Mantenido, pues, en su estructura lógica la distinción de que largamente hemos hablado entre el ser absoluto y sus elementos integrantes, vamos a contemplar el aspecto que éstos ofrecen como entidades animadas por el soplo de la vida universal.

Dado nuestro carácter de seres constitutivos del Gran Todo, nos cabe una participación, según decíamos, en la felicidad que él disfruta por la confluencia armónica de

los placeres y dolores difundidos en sus elementos. La diversidad que, en este punto, observamos entre su situación y la de sus partes, consiste en que dicha confluencia se resuelve para él en felicidad *para*: "todo contribuye a su mayor gloria" según repite, en sus oraciones, el creyente. He aquí cómo una expresión exhalada en las intuiciones del fervor místico halla también su lugar dentro del campo abierto de nuestra libre doctrina.

Sin duda que en nosotros el dolor no puede transformarse al extremo en que se transforma y sublima extendiendo sus vibraciones misteriosas por el océano sin límites del ser absoluto; pero, con todo, merced a su prodigiosa fuerza de concentración, nos hace penetrar en lo más recóndito y sagrado del espíritu, hacia donde, por antonomasia, nos invaden las palpitaciones de la vida universal y allí, en el tabernáculo escondido, se hace luz para irradiar sobre el sendero que lleva a las cumbres de la dicha. Tejiendo sus dolores, acrecienta el alma su caudal invisible y adquiere la virtud suprema de recoger en su seno las satisfacciones más elevadas, y, por eso, las más hondas, con que puede brindar al hombre la existencia. He aquí la admirable armonía del dolor con el goce produciéndose en el hombre como partícula que es de la infinita sustancia. Dentro de la esfera humana, el arte — en cuyo recinto desempeña el dolor tan importante papel enalteciendo la emoción estética — es el campo donde esta armonía se destaca con mayor intensidad.

El arte nos hace penetrar en el foco mismo de la vida. Por eso tiene un sentido que supera, en honra al de la ciencia. El conocimiento científico se esquematiza en la clasificación de los hechos sin descubrir su principio esencial y no llega a ofrecernos sino un conjunto bien trabado de fenómenos, mientras la esencia del movimiento que estudia, la vida íntima de las cosas, se le escapa. Bergson dice que "la inteligencia se caracteriza por una incompreensión radical de la vida". La verdad científica, que se genera por el intelecto y que sólo al intelecto se dirige, sin pedir su contribución *directa* a las demás actividades de nuestro ser, rondará, pues, en torno de la vida sin traspasar el umbral de su recinto, para ella invisible. Sin duda que la ciencia, al realizar cumplidamente su misión, debe apartarse de todo lo que no sea el frío análisis de los hechos, pero por esta razón, precisamente, es que no está la vida al alcance de sus investigaciones. En el arte, por el contrario, intervienen, en forma *directa*, todas las actividades del espíritu; la mente se fusiona con el sentimiento y la voluntad se resuelve en libérrimo impulso; en el arte nos movemos, en el arte vivimos. De aquí que

la verdad estética, que corresponde a un orden superior, nos exprese la vida, no, por cierto, como noción precisa de la mente — que no llegará nunca a penetrar su secreto — sino llevando a nosotros sus palpitaciones: haciéndonosla sentir o, mejor, haciéndonosla vivir. Lejos, pues, de interpretarla por medio de la fría inteligencia, el arte viene a reducirse a una *interpretación de la vida hecha por la vida*. Y es que la vida no se percibe sino cuando se siente.

Ahora bien, si el movimiento es universal, pues no sólo se produce en la materia orgánica sino que agita febrilmente las moléculas de todos los cuerpos, hemos de convenir, según Maeterlinck lo observa, con aquella gran escritora que exclamaba: "no hay sitio para la muerte!" ("Il n'y a pas de place pour la mort!").

En la vida reside el principio de todas las cosas y el arte, al hacernos sentir la vida, nos pone en contacto con la realidad profunda del universo. La belleza es, pues, en último resultado, la verdad, pero no la que percibe la inteligencia sino aquella verdad que *sentimos* con el alma toda.

Insistiendo en lo expresado: mientras en la esfera del conocimiento científico la inteligencia actúa aisladamente rehusando inspirarse en las sugerencias del sentimiento y somete el curso de la imaginación a la rigidez de su fría tarea; en la savia vital que circula por las animadas creaciones del arte es todo nuestro ser el que palpita con la vibración intensa de sus libres aspiraciones y en la verdad trascendental e insondable que se agita en el fondo de sus quimeras.

El arte penetra, por su vitalismo, en la realidad última de las cosas y, en virtud de la armonía del dolor y el placer a que la riqueza del vitalismo estético nos conduce, representa el influjo del universo *todo* sobre nosotros. Por extraña al dolor que pueda parecer una producción artística — una oda jovial de Anacreonte, por ejemplo — si en ella se transparenta rico sentimiento de la vida — como forzosamente ha de ocurrir para que tenga en realidad carácter estético — es necesario que, por lo menos, descubra la huella del dolor: íntimas y escondidas repercusiones del pasado que, con suavidad, nos estremezcan para hacernos saborear mejor las alegrías del presente. El dolor es siempre el gran maestro de la sensibilidad. En conclusión: si en la confluencia misteriosa del placer con el dolor reside la felicidad del ser absoluto, en esta misma confluencia, reflejada en nosotros hasta donde nuestra condición limitada lo hace posible, radica todo el poder mágico del arte. El arte viene a resultar así una *manifestación del infinito penetrando la esencia misma de nuestro ser*.

Juan Francisco ELGUERA

POESÍAS

MADRECITA MÍA ...

Madrecita mía, madrecita mía ...
 la que entre sus brazos tierna me meció
 con cantos de amor,
 la que en las pupilas húmedas, tenía
 la melancolía
 de un viejo dolor ...

¿Dónde estás ¡oh madre! de pupilas hondas
 como quietos lagos, que copiaran frondas
 de un verde sauz?
 Bajo tu sonrisa pálida y serena,
 mis sueños se abrieron, como la azucena
 que besa la luz.

Bella madrecita que bajo otro cielo
 lloras la tristeza de tu desconsuelo
 no ha querido Dios,
 que mi amor te escude del fiero destino.
 ¡Mi camino es uno y otro es tu camino!
 Por sendas opuestas marchamos los dos ...

Madrecita mía, madrecita mía,
 ¡cómo se parece tu suerte a la mía!
 Yo llevo también
 el dolor secreto de una vieja herida ...
 ¡Yo también camino sola por la vida
 huérfana del bien!

LA VIUDA

Ayer hizo un año. ¡Con cuánta tristeza
 evoca el recuerdo del negro ataúd,
 mientras en su pecho juvenil empieza
 a sentir barrotes de extraña inquietud!

¿Fue feliz? Acaso creyó ser dichosa.
 Su pobre difunto ¡cómo la mimó!
 ¡Cómo acariciaba sus labios de rosa!
 ¡Cómo la miraba, cuando se murió!

Hoy en aquel lecho tan grande y vacío,
 ella por las noches, va sintiendo frío ...
 ¡Qué sola, qué triste, la alcoba nupcial!

Ahogando un suspiro que dice su pena,
 la viuda contempla su carne morena
 que vibra al recuerdo del goce sensual ...

Rosario SANSORES

LETRAS CHILENAS

Para la Revista AMÉRICA

UN trozo novelesco de la vida Santiaguina del siglo XVIII, tal podemos decir de «La Sombra del Corregidor», último libro de Sadi Zañartu. Desde las primeras páginas la evocación fervorosa del fiero y austero don Luis Manuel de Zañartu, revelan el cuidado primoroso del escritor en reconstruir uno de los períodos más interesantes de la vida colonial. El rancio ascetismo de la época exarcebado por el fanatismo teje alrededor de don Luis una sombra bosca y terrible, apenas diluida en todo lo largo del libro en los ingenuos amores de Marilola y don Diego, amores efímeros, quebrados por la voluntad del Corregidor, fortalecidos por la vocación y el orgullo de un linaje fervoroso y creyente. Zañartu hace hablar a la ciudad y la ciudad toda toma una fisonomía religiosa y austera. Las ciudades tienen una personalidad, un espíritu autóctono, un carácter casi exteriorizado que corresponde al gozo, al renunciamiento o a la eternidad. El Santiago del siglo XVIII participa de este carácter, por encima de la vida se oye el coro de las campanas, campanas envejecidas, extenuadas, abuelas, campanas de los conventos de las viejas torres con su sonido lento y lúgubre. Con mano maestra desnuda a la ciudad, descubre las tertullas de la época, las ceremonias religiosas, los carnavales, las cabalgadas, las rifas de gallos, todos estos detalles de la vida colonial tan llenos de sabor y tan peculiares.

La segunda parte del libro se cierra en forma dramática con el asalto al convento y la muerte tan llena de misterio del Corregidor. Más, la verdadera historia de la sombra del Corregidor, adquiere, como dice Martín Noel, «un valor novelesco más acentuado desentrañando de la leyenda el aspecto imaginativo y terrorífico que caracterizó, por aquella época, a Santiago de Chile. El fantasma del muerto, un vaho de pesadilla se cierne con fatídica tenacidad en todas las cosas, fusionándose, de esta suerte lo irreal y anecdótico a la agudeza viviente de los acontecimientos.» Todo esto expresado con gracia, armonía de frase, abundancia de ideas, el sentido conciso y sustancioso, el estilo claro y urbano, y perfectamente expresivo de los hechos. Su pensamiento es como un espejo brillante, sin mancha, absolutamente centrado, reproduce tal cual en él se refleja la forma de

los acontecimientos sin deformarla, sin añadirle colores, ni figuras extrañas. La época imprime en el autor rasgos vigorosos; de la religión toma el deseo de un puerto sin tormentas, de la calma segura en la eternidad y la exageración de la oposición entre lo corporal y lo espiritual, de la superstición las inquietudes y terrores, en otras cosas por último, sigue sólo su propio carácter y se eleva a una altura incomparable. Hay que reconocer en él a una de las pocas personalidades de las que se nutren las generaciones y por las que se orientan en tareas que están por encima de los cambios de los tiempos. Este espíritu selecto no mira solamente el presente, su obra llena en sí el valor de la eternidad y esta es la regla, la reguladora de la historia imparcial.

Cuenta Luciano de Samosata que el arquitecto Cindiense construyó la grande y maravillosa torre de Faro desde lo alto de la cual una hoguera iluminaba los peligros existentes en la costa llena de escollos del Pareotourum. Terminada la obra gravó en la piedra dura su nombre y lo cubrió con una capa de cal donde inscribió el nombre del soberano reinante, previendo, como no tardó en suceder, que al cabo de algunos años caería la cal con las letras dejando al descubierto su nombre. Así este arquitecto, no miró sólo el presente ni a lo breve de su vida, sino al tiempo actual y al futuro, mientras con la torre subsistiera la obra de su ingenio. Con la misma medida talla Sadi Zañartu su historia colonial y para que no se desmientan sus propósitos ahí está en ella su estilo afluente y nutrido, uso acertado de las costumbres y pasiones, espléndida vehemencia, elevación y energía, discreta sobriedad de pensamientos y palabras y gravedad inagotable de figuras capax como decía no sé quien, de producir relatos vivos y al propio tiempo sólidos.

El «Último Pirata», hermosa obra de Salvador Reyes da a la literatura chilena de última hora un sabor de ensueño, una nerviosidad nueva, todo esto con una elocuencia profunda y fluida, sombría y gozosa como un hábito, como una honda, como un grito.

Salvador Reyes pasó su primera juventud entre marinos, mineros y cateadores del desierto, «entre gentes, como el mismo lo dice, que andaban errantes por el mundo

sin saber el motivo. > Con ellos educó su sensibilidad impresionable y, dejó que su alma tendida como un arco vibrara ampliamente a todos los arroyos del mundo. Se nota en sus cuentos la influencia de los escritores nórdicos de Europa, gusta como noruegos, suecos y daneses: llevar su tristeza como un mal incurable, como una alegría sin nombre. Nada merece ser vivido intensamente. La vida? qué tontería dejarse tomar por ella, qué tontería buscar en su enigma lo trascendente, el misterio de ayer y del mañana! Todos sus personajes se abuecan ante la vida, como los paños de sus bergantines al impulso de los vientos. Pero este aligeramiento no significa que la vida sea vencida, no, en el fondo del hombre, en las neuronas más sutiles sangra con ironía y es el destino, la fuerza de los acontecimientos que mandan y mandan a pesar de todo. Entonces las voluntades se rompen, se destrozan sin ruido en actividades trágicas, como los mástiles de los barcos cansados de luchar contra el filo del horizonte. En esta agonía late la inconsolable tristeza de las cosas que han tenido una magnificencia caduca, la desesperación de los seres que han vivido inutilmente, sin perpetuar su vida. «El hijo del Emperador», «El Capitán del Sinyro», «El Ídolo», expresan esta perturbadora inclinación hasta sumirla en un enervamiento mórbido y exquisito. Los lugares que sirven de escenario a sus aventuras psíquicas no están ubicados en ningún sitio determinado del mundo. Son todos de una deliciosa indefinición, de una vaguedad simpática, como el humo en el aire o la onda en el agua. «El Último Pirata» es un libro rebosante de imaginación y muy delicadamente escrito.

Suavemente Federico Gana se nos entra en el corazón. Sus «Cuentos» son simples manchas sentimentales, escritas al margen de la vida, desdebiándola en sus tristezas, mientras el tiempo corre en pendiente en un lecho sin piedras. El hombre del campo bueno y triste, con todas sus miserias, agobiado por el trabajo y obscurecido por el dolor, llena las páginas de su libro con ese intraducible y mudo sufrimiento, que deja en el alma cansada mayor tedio de vivir. Cuánta hondura en «El Amigo», en la pintura de ese paria rural que ultima al hombre a palos, así no más, grotescamente, porque mató a su perro, su único amigo en el camino de la vida! Cuánta tragedia en la jorobadita, pingajo de carne que se desliza al pie de su arpa, mientras resuenan en el obscuro bodegón las careajadas sinistras de los contertulios ebrios y maldicientes!... Y así son todos, florecen en las capax humildes de la vida, nos toman el corazón y henchido de nostalgia late a la par de toda esa pobre carne de angustia. Federico Gana tiene un mérito indudable, sabe describir los sentimientos primarios de los seres, dejando que cada uno exprese sus deseos, sus dolores, sus aueis y aún por encima de todo que hablen con esa inconciencia de los protagonistas que marchan sin objeto fijo en la vida, sin voluntad definida, dejándose llevar por la corriente, como esas cañas de que hablaba Marco Aurelio, presosen un destino más fuerte que ellos. Sólo hay un corazón en su obra, corazón apretado de pensamientos tristes y de dolores infinitos.

Santiago de Chile. Marzo de 1928

Julia GARCIA GAMES

EL MERCURIO

DIARIO DE LA MAÑANA

Propietarios: SARMIENTO Hnos.

TARIFA:

Un año \$ 20,00
Seis meses „ 11,00

Direcciones: Apartado N° 164.—Teléfono 2--2

CUENCA—ECUADOR

LA ESCUELA DEL TRABAJO

*Conferencia sustentada en el salón
de la Dirección de Estudios de
la Provincia del Cañar el 4 de
Marzo de 1927.*

ME ha tocado el grande honor de iniciar en nuestra patria una reforma escolar inspirada en los principios y métodos pedagógicos de Kerschersteiner, que, indudablemente, abren un vasto horizonte para la orientación de la instrucción primaria y un amplio campo para las actividades de toda índole de las generaciones futuras.

Al pensar llevar a cabo esta reforma he obedecido tanto al anhelo de cooperar en el desarrollo y engrandecimiento de la patria, cuanto al estímulo de mi temperamento, que, aguijonado por la pasión de lo infinito, siempre me ha llevado a buscar infatigablemente la perfección en todo, a dar con la realización del ideal en la vida, pese a los desencantos que resultan de los choques con la realidad baja y rebelde a la dominación humana.

Resuelto a reformar la instrucción primaria, es decir a sacarla del estado de antigüedad y de languidez en que yace, reducida a la forma tradicional y memorística, trato de elevar al tipo ideal que presentan naciones civilizadas, de acuerdo con los sistemas pedagógicos de maestros como Kerschersteiner, Montessori, Dewey, Cousinet, Deméor, Decroly y tantos otros precinizadores de la escuela de la acción. Creo haber acertado al escoger el sistema de Kerschersteiner, teniendo en cuenta el carácter de nuestras escuelas oficiales, su estado económico, el grado de progreso de su medio social y el de cultura de sus preceptores. Es un sistema pleno de contenido vital y espiritual, hoy en boga, por su sentido práctico, no sólo en Alemania, sino en muchas otras naciones europeas, como también en América, en México principalmente, nación que entre nosotros se va poniendo, día a día, en la vanguardia de la renovación social, a base de la reforma escolar.

Voy, pues, a exponeros, de una manera sucinta y sencilla, los principios y métodos de esta pedagogía.

Ante todo precisaré el concepto de *escuela del trabajo*, a fin de descartar confusiones que pudieran suscitarse por las apariencias del nombre. No hay que creer que trabajo es solamente la actividad corporal del labrador que cultiva la tierra, del obrero que transforma, mediante penoso esfuerzo, la piedra, madera o metal en objetos para la satisfacción de nuestras necesidades; trabajo es también el ejercicio del espíritu: el ejercicio de la inteligencia, que se aguzra y aclara cotidianamente con el conocimiento de la verdad; el ejercicio de la voluntad que, estimulada por motivos morales, se dirige a la acción, firme e inquebrantable; el ejercicio de la sensibilidad, que reacciona con las alegrías y dolores de los seres y de las cosas, y, movida de simpatía, se solidariza con ellos, para la consecución del bien supremo. Trabajo es tanto el esfuerzo material que se realiza a costa de las fatigas del cuerpo como el esfuerzo espiritual que se efectúa a merced del cansancio del mismo. Trabajadores son tanto los obreros de la materia como los obreros del espíritu. Dentro de la gran armonía y unidad de la Naturaleza todo y todos somos aspectos y accidentes de su esencia única. Trabajo es, pues, la actividad humana que surge de la naturaleza material, espiritual y anímica de la persona y de la plenitud de su conciencia.

Éste es el carácter básico de la escuela del trabajo que se distingue de la escuela antigua, de la escuela libresca y memorística, que reducía toda la educación a la mera instrucción de gabinete, lejos de la acción. Lejos de la vida, cuya experiencia cotidiana es el medio imprescindible para el desarrollo natural e integral de la personalidad humana. La educación para ser

natural y humana ha de ser fruto de la misma experiencia, brote espontáneo del espíritu y del alma del niño.

Para que verdaderamente la educación sea el brote, el desarrollo espontáneo del espíritu, del alma de cada uno, sería necesario, que para cada educando haya un maestro que observe el despertar de sus disposiciones naturales, de las actividades que surgen de ellas, a fin de que las guíe, apoye, fomente, eduque, en suma, y conozca la vocación del niño y colabore en su educación. El maestro es sólo un colaborador inteligente y práctico en la educación; el niño, con la manifestación espontánea, libre, independiente de sus fuerzas naturales, es el educador de sí propio. Aquel sería el ideal de la educación; pero, si generalmente esto no es factible, se debe volver posible, por lo menos, la manifestación de las múltiples capacidades espirituales y anímicas de los niños, mediante la existencia en las escuelas de un vasto campo cultural que despierte sus vocaciones y las eduque.

De estos principios emanan como consecuencia lógica que la educación en la escuela del trabajo debe ser integral y general.

Debe ser integral en el sentido de que ha de procurar el desarrollo completo de la personalidad humana en sus aspectos físico, moral, intelectual, social y estético. Debe ser general en cuanto que no siendo realizable la educación individual, ha de procurar la aparición de las múltiples vocaciones. Del seno de la escuela del trabajo saldrán el obrero, el industrial, el comerciante, el agricultor, el artista, el científico, el político. . . Por esto el campo de trabajo, en su doble sentido, ha de ser múltiple y vario, a fin de que el niño encuentre lo más adecuado para la educación de sus capacidades y disposiciones naturales.

La escuela del trabajo tiende esencialmente a desarrollar la personalidad y a fortalecer la individualidad; por este motivo preconiza la autoactividad y la autoeducación, ercauzadas dentro de una elevada moral social. El fruto del trabajo debe guardar una íntima y peculiar corrección con la naturaleza espiritual y anímica; debe llevar un sello singular impreso por la manera propia de sentir y pensar.

En resumen, la escuela del trabajo es la que despierta y fomenta el desarrollo de la vocación, mediante un variado campo de acción, experiencia y trabajo; es la

que educa al individuo para la plenitud de la personalidad y de la conciencia, dentro de un ambiente de comunidad moral, de solidaridad y recíproco apoyo.

Paso, ahora, a exponer la idea que Kerschensteiner tiene de la educación. Es una idea amplia y completa, muy propia de la inteligencia poderosa de los alemanes amiga de las síntesis vastas.

El hombre, sujeto de educación, es un ser social que, para conseguir su fin, que es el de vivir conforme a las leyes de la naturaleza, necesita imprescindiblemente del concurso, auxilio y apoyo de sus semejantes. Este fin, este bien es un fin, un bien que sólo puede alcanzarse con la organización en común de la sociedad humana. Capacitar para el vivir, para la satisfacción de las necesidades del vivir, dentro de normas de una ética social es el objeto de la educación en la escuela del trabajo.

De ella saldrán hombres útiles, prácticos, eficientes para el desempeño de cualquiera función en la sociedad y no los unilaterales, los paralíticos de la escuela tradicional y pasiva.

Hasta hoy la escuela de instrucción primaria ha limitado su objeto a llenar la memoria de conocimientos teóricos, sin basarlos en la experiencia propia, en la acción personal, desatendiendo totalmente los conocimientos prácticos que sirven más tarde al niño para la vida real y social. Si propiamente no se sale de la escuela del trabajo dueño de una profesión, se sale preparado para emprender rápidamente la enseñanza de una profesión cualquiera, para cuya adquisición se han despertado y cultivado capacidades y disposiciones naturales.

La escuela del trabajo, como organismo funcional del Estado, tomado éste en un concepto moderno de entidad jurídica y cultural, tiene como otro de sus fines, además del señalado, educar al individuo en la comprensión desinteresada y altruista del Estado, cuya organización es garantía de seguridad para la vida ordenada de la sociedad.

Anteriormente expuse que uno de los objetos de la educación en la escuela del trabajo es desarrollar la personalidad hasta su plenitud; uno de los fines, el mayor, según Kerschesteiner de la escuela pública es el perfeccionamiento de la personalidad en el sentido de lo más característicamente individual y el perfeccionamiento del Estado de que se forma parte, hacia la realización de la comunidad moral.

Con el objeto de conseguir para el niño los fines propios de la escuela del trabajo es necesario recurrir a todos los medios conducentes. Una escuela bien organizada ha de contar con huertos, jardines, campos de deporte, viveros, apiarios, establos, obradores de costura, talleres, laboratorios, con el objeto de que se despierten las tendencias vocacionales de los niños y se desarrollen y cultiven bajo normas de saber y de arte para la mayor economía de la vida.

No hay que creer que el trabajo manual es ruin y despreciable para quienes cultivan las posesiones espirituales, y que, por lo tanto, están demás en las escuelas públicas. Si no fuera razón única y suficiente la existencia de mayor número de trabajadores materiales que el de espirituales en cualquiera sociedad por más aristocrática que sea hay tantas otras razones aducidas por Kerschesteiner, que no cabe discusión sobre la necesidad del trabajo manual en las escuelas públicas. Para probar abundantemente esta tesis no habría sino que recurrir a la vida de hombres célebres que dedicados a trabajos manuales han realizado creaciones, descubrimientos e inventos notables. Y luego si acepta como postulado pedagógico el respeto a la libertad, a la autoactividad del niño, se ha de aceptar también su impulsión natural al juego, al movimiento corporal, al trabajo manual, cargado como se encuentra de energías superabundantes que demandan gastarse en la acción, en la vida.

Grecia, la nación sabia y artista sin rival, cultivó, en maridaje armomioso, estos dos aspectos de la actividad humana, la destreza corporal y la destreza espiritual, logrando realizar el tipo ideal del hombre íntegro, tipo que nuevamente se impone en la época moderna y está ya en carrera de triunfo patrocinado por el arte y la ciencia.

La escuela del trabajo educa íntegramente al niño, corporal, intelectual y moralmente. Todos los medios de que se vale concurren para la realización de esta idea.

Quiero poner de relieve la trascendencia moral de la educación por el trabajo, —por la acción, por la experiencia,—en un ambiente de comunidad moral.

Uno de los defectos generales de la humanidad es el egoísmo, con sus consecuencias fatales y funestas de despertar y desarrollar monstruosamente las bajas pasiones, que llevan al desorden y a la lucha de todo género. Este defecto desaparece o por lo menos se modera dentro de un régimen de vida de comunidad, en donde cotidianamente se da cuenta el niño de la vida de la conciencia al sentir el beneficio realizado en favor de los otros; de este modo gradualmente, cotidianamente, va puliendo sus instintos, afinando su naturaleza moral, volviéndose más bueno, más altruista, más humano.

Se ve, pues, cuánta trascendencia tiene la constitución de sociedades cooperativas de producción en las escuelas públicas, (1) cooperativas que no sólo tienen por objeto enseñar a trabajar a los niños, dotarles de una pequeña industria, volverles dueños de dinero, enseñarles el ahorro; sino, ante todo, tienen por fin la consecución de la educación moral, educación que se obtiene fácilmente en la época de formación del niño por la práctica diaria de la justicia, de la solidaridad, del apoyo mutuo.

El sentimiento de justicia, de responsabilidad, de altruismo más se aprenden ejercitándolos, sintiéndolos por propia experiencia, de modo que se formen hábitos, que confiando a la fragilidad de la memoria el cúmulo de principios teóricos.

Para conseguir la educación moral se ponen en práctica muchos otros medios, tales como la constitución de la república escolar, (2) de la Cruz Roja juvenil, (3) la práctica de deportes en compañía, la

(1) En la Escuela Central de Niñas de Azoguez, fundó la Cooperativa de Producción: FLORES para la fabricación de conservas de frutas.

(2) En las Escuelas Centrales de Azoguez estableció Repúblicas Escolares.

(3) Fundó, con la debida autorización, la Cruz Roja juvenil, que, con los fondos que llegó a poseer, fundó un Dispensario Escolar, que ha prestado servicios médicos y profilácticos a niños de las Escuelas Focales y particulares.

realización de festivales (1), de paseos campestres (2), etc.

La escuela del trabajo es un campo cultural en donde se prepara al niño para capacitarle para la vida práctica. Mañana sale a la vida real y seria, y si de antemano no la conoce por propia experiencia, si no está adiestrado material y espiritualmente para desempeñar cualquiera función dentro del organismo del Estado, no podrá vivir la vida ni tener buen éxito en la sociedad. Es, pues, necesario llevar la vida a la escuela, toda la vida en sus variadas fases, la vida natural, social, política y cultural, a que el niño la conozca y la aprenda, ejercitándose diariamente en ella. Es menester vitalizar la escuela pública, a fin de que se eduquen *hombres*, hombres inteligentes, justos, altruistas, hombres que sean útiles para sí y para el Estado.



He dicho que la escuela del trabajo educa a los niños para que sean hombres; ¿qué es que os explique el sentido velado, recóndito y verdadero de esta palabra? No ha de entenderse solamente por hombre al representante del sexo masculino en la especie humana. Hombre es ante todo y sobre todo aquel que se ha educado y formado el carácter; es decir, aquel que sabe obrar con firmeza inquebrantable, guiado por clara inteligencia y por sentimientos de la más pura moral.

Para educar el carácter es preciso dirigirse todos los días, todas las horas, todos los instantes, al desarrollo de la voluntad, para que se vigore en la acción y se retemple en el esfuerzo, en el combate diario contra todos los obstáculos que se oponen al desarrollo de la inteligencia; para que sepa conocer el bien y la verdad, y, esclarecido el juicio, poder ser el mentor de la acción; el desarrollo, finalmente, de la sensibilidad,

para que los sentimientos se vuelvan más delicados y humanos, capaces de reaccionar y conmoverse frente al dolor del mundo.

La escuela pasiva de ayer no podía educar la voluntad, puesto que mataba en el niño la espontaneidad y actividad de sus instintos naturales, reduciéndole con la disciplina antigua de la inacción y a la esclavitud. Para desarrollar las fuerzas de la voluntad, que son las alas poderosas del espíritu, preciso es ejercitarlas libremente como ejercitan las alas los polluelos de los cóndores de los Andes para dominar los montes más altos y las tempestades más borrascosas, ejercitarlas con actividad, con independencia, en acción ordenada que se expande múltiple en todo campo, en todo instante, material y espiritualmente.

La escuela del trabajo al preconizar la realización de la labor material y espiritual hecha cada vez con mayor esfuerzo, perfección y personalidad, tiende a la consecución del doble objeto de dar al niño la destreza material y la destreza espiritual, o sea de prepararle para el ejercicio de una profesión y de formarle el carácter. Cada vez que el niño logra expresar, en el lenguaje, en el dibujo su propio pensamiento y sentimiento, o consigue mantener su atención dirigida hacia la consecución de un trabajo acabado, no hace sino templar el acero de su voluntad en el sudor de su frente, en la acción constante y múltiple.



Hasta hoy día el niño ha sido considerado como un ser pasivo y receptivo y se le ha menospreciado como activo y espontáneo. La escuela antigua ha sido una escuela de instrucción, una *Lernschule*, que tenía por único objeto llevar la memoria del niño de conocimientos teóricos; la escuela nueva, la escuela activa, la *Arbeitschule* estimula la autoactividad del niño, le hace que trabaje activamente, que opere espontáneamente, a fin de que por la práctica constante se desarrollen y perfeccionen sus instintos naturales, sus capacidades ingénuas.

Todo lo que el niño aprende, ese acervo complejo de conocimientos y conceptos, debe llegar a su inteligencia, no por simple transmisión libresco y memorística, sino como fruto de elaboración personal llevada a cabo en el mundo sensible, capaz de ser tema de observación y experiencia.

Esta es la razón porque en todas las escuelas, además de contar con un extenso y

(1) El Día del Maestro, 13 de Abril de ese año de 1927, (a) hizo que se celebrase en Azoguez con una Velada en que tomaron parte todos los principales del lugar y las preceptoras y niñas de la Escuela Central; se desempeñaron con todo lucimiento maestras y discípulas, dando así prueba brillante y elocuente del buen éxito de la enseñanza recibida.

(2) El Día del Maestro de ese año promovió una reunión social de Preceptoras y Preceptores de la Provincia con el objeto de realizar su acercamiento y solidaridad. A esta fiesta del Maestro, concurrieron personas de viso como el Rector del Colegio Juan Bautista Vázquez, el Intendente General de Policía y algunos otros.

(3) Al fin del curso escolar, la Escuela Central de Niñas de Azoguez realizó un paseo a Deltúido, en donde tuvieron una comida costeada con los fondos colectados en la Velada.

múltiple campo de trabajos materiales, debe existir asimismo un extenso y múltiple campo de trabajos espirituales: relatos de cuentos, dramatizaciones, visitas a talleres y fábricas, paseos urbanos y campestres, repúblicas escolares, Cruces Rojas, cooperativas de producción, etc. Es necesario formar en la escuela un ambiente natural, un mundo en miniatura, pero fiel trasunto del verdadero, para que el niño se adueñe, por trabajo propio, por propia elaboración, de todo el tesoro cultural que la humanidad viene descubriendo.

* *

Al sentir como principio pedagógico el respeto a la espontánea actividad de los niños, de hecho se sienta el respeto a su libertad, independencia y se modifica también el concepto de disciplina.

La escuela vieja, esencialmente pasiva, reducía todo a la pasividad. La disciplina dentro de ella, silencio, quietud, inacción, parálisis y muerte. Con su disciplina se destruyeron todas las fuerzas espirituales y anímicas, pues no podían manifestarse ni ejercitarse. El niño sin voluntad, sin curiosidad intelectual, sin amor por la naturaleza era un niño débil de carácter e inteligencia, serio, silencioso, falta de iniciativa, tímido y egoísta que salía de la escuela tradicional, vale decir, de la cárcel primaria, condenado para el fracaso de la vida, para ingresar en los demás cárceles, si por ventura no fue un niño rebelde y más tarde un joven que se educó por sí mismo.

La disciplina es activa, basada en la libertad. La disciplina es la ordenación de la acción. Y esta ordenación ha de proceder de la razón, de la voluntad del mismo niño, guiado y apoyado por el maestro.

Os quisiera ponderar el valor enorme que tiene el respeto a la libertad del niño, a su espontánea manifestación de instintos naturales. Con autoactividad del niño principian a revelarse sus fuerzas vivas, sus disposiciones naturales que educadas serán la fuente de las destrezas materiales y espirituales, del ser que se está formando en el seno de la escuela, confiado a vuestro cuidado. Es la vocación que comienza a despertarse si no se sabe desarrollarla, cultivarla, se ahogará bajo la opresión de la disciplina despótica, bajo la ignorancia del maestro, que, así habrá cometido el crimen de matar una vocación, de ser el autor del fracaso de una vida.

* *

Acabáis de conocer las nuevas orientaciones de la escuela moderna y de ver la labor delicada y noble que el Estado os ha confiado y que tenéis que cumplir. Un deber sagrado pesa sobre vuestras conciencias, el de educar a los niños que mañana serán los ciudadanos de nuestra patria, los hombres que hagan la ventura o desventura de ella.

Están como en vuestras manos modelándose, formándose diariamente; de vuestra inteligencia, de vuestro corazón depende la inteligencia y el corazón de ellos. Están como de vuestros pechos, recibiendo la leche nutricia del espíritu. Vosotros vais a sacar a la luz los instintos naturales de ellos, las fuerzas vivas de sus espíritus, a libertarlos de la ignorancia, de la maldad, a levantarlos a la cultura, a hacerles hombres, en suma, inteligentes, disciplinados y buenos, que todo esto es educar, *educare*, en su sentido original y genuino.

El destino de las naciones emana de las escuelas. Esto obliga a todos a colaborar en el mejoramiento del magisterio, a fin de que los maestros y maestras, padres y madres espirituales de los alumnos, sean los más bien capacitados, en un sentido material, moral e intelectual.

Eduquémonos nosotros mismos para poder educar a los otros. Preparémonos para el trabajo para enseñar a trabajar a los demás.

Educad, pues a los niños para el ejercicio de un oficio, de una industria, de un arte o de una ciencia; enseñadles a encausar y ordenar su acción dentro de normas de una moral social; ejercitadles para la vida fecunda de la comunidad moral, y habréis entonces educado *hombres* trabajadores y de carácter, útiles para sí y para la patria. Y así habréis contribuido a formar una patria más rica, justa, libre y sabia.

Como una amonestación tiembla en mis labios esta frase final de aliento y esperanza: De la escuela del trabajo saldrá la generación trabajadora, moral, libre e inteligente que emprenderá y realizará la renovación de nuestra patria.

Ojalá la modesta iniciativa que he realizado se intensifique y se propague a manera de ondas herzmianas por todas las escuelas del Ecuador y despierte en ellas el nuevo sol de una nueva época en nuestra historia, en medio de los coros como de alondras de los niños, que elevan al azul sus himnos a la paz, al trabajo, a la solidaridad humana.

M. MORENO-MORA

FRAGMENTOS DE UN EPISTOLARIO

EPISTOLA EN LA QUE SE HABLA DEL AMOR PROPIO

...OH, tu amor propio! Es inmensurable! Seguro de que a la distancia no has de responderme con uno de esos discursos bruscos, tan tuyos, pronunciados en alta voz, en tono violento, para increpar mi constante insistencia en hacerte más suave, más tolerante y más humilde, me atrevo a repetirte hoy lo que siempre te he repetido en nuestros paseos diarios, en nuestras largas pláticas, cuando una apreciación tuya, generosa y fraterna por la fuerza de mi afecto, ha producido choques en tu espíritu capaces de quebrar nuestra armonía si no estuvieran por medio mi facilidad comprensiva, mi gran tolerancia y mi casi apostólica creencia de que algún día he de conseguir el milagro de tu transformación. *Exceso de amor propio es tu gran defecto, amigo mío.* Te lo escribo ahora sin temores y tengo la certidumbre de que leída esta frase por tí, no ha de producirte la fuerte reacción que te produce cuando sale de mis labios, acentuada, impregnada de bondad. Yo acepto ese sentimiento, ese apego del propio yo, más aún cuando se tiene una clara idea del propio valer; pero no lo acepto excesivo, cerrado a otros sentimientos como en un círculo de murallas chinas insalvables, predominando por sobre todos los dones del espíritu y de la inteligencia. Raya esto en egolatría! Yo, como todos, tengo también mi dosis de amor propio, pero está fundada en un examen sereno y continuado de mi personalidad, de cuyo examen sé imponerme castigos u otorgarme premios según las proporciones de las pérdidas o ganancias que deje el balance de mis acciones en la dura lucha por la existencia. Tengo también amor propio, amigo, ¡pero no hay una enorme diferencia entre el mío, apacible, armónico, sin inquietudes agresivas, y el tuyo, violento, sin medida, en abierta oposición con otras modalidades que te hacen superior ante el concepto de tus camaradas! Hay que buscar el equilibrio entre nuestras manifestaciones del espíritu: he aquí la gran sabiduría de la vida! Y qué otro serías sin este culto excesivo! Ten presente que muchas veces ante este y tu bondad me he preguntado con grave preocupación: ¡pero qué hay de verdadero en este espíritu fraterno? ¿Es falso o aparente ese sentimiento bondadoso que provoca hacia él un intenso deseo de hermandad o es falsa o aparente esa abulta-

da apreciación de su yo? Te observo, mido tus actitudes, estudio tus palabras y hay veces que una duda tenaz, inquietante, se interpone entre mi alma y tu alma para poner un paréntesis en nuestra realidad efectiva y entrar después al examen frío y despiadado de tu rara, de tu contradictoria contextura moral. Pero... ahora tengo una esperanza. Tu ida al campo me hace creer más aún en tu transformación. *Creo a pie juntillas en la gran influencia que ejerce la Naturaleza en el espíritu del hombre.* En ella está el germen de nuestras almas y creo que si alguna desviación hacia el mal tiene hoy en nosotros caracteres alarmantes, culpese al hombre moderno que ha tendido siempre a alejarse más y más de su centro de bondad, de su centro de belleza. Vivir ampliamente, incrustado en los elementos! Y te envidio porque no me es dable gozar como tú de ese bien infinito que transforma y vigoriza la vida. Goza, pues, de los encantos de ese bosque que pone una raya larga y sinuosa en la esmeralda de tus campos fertilísimos; sumérgete en las ondas frescas de ese río que mezcla con el canto del follaje las risas de sus ninfas perseguidas; ofrece tu cuerpo al sol como un miembro enfermo que busca la acción purificadora de la incandescencia; trepa los macizos escarpados y cuando lleges a las cumbres, libre ya de las fatigas, extasiate en la contemplación del horizonte, siempre nuevo, siempre múltiple, lejoso hasta el derroche en sus manchas alargadas que, como en cortejo, parece que tuvieran la misión de recibir al astro máximo, pasarlo en brazos de un lado a otro del universo para dejarlo después, tranquilo y apagado, sobre blando lecho, detrás de las lomas borradas en sombra. Esta es mi esperanza, amigo mío. Ese contacto con la Naturaleza hará el milagro de la transformación. Vendrás, estoy seguro, más humilde y más tolerante porque te habrás acostumbrado a la contemplación de las magnificencias supremas. Y entonces ya no tendrás discursos violentos para cuando, iniciadas de nuevo nuestras pláticas por las calles desiertas, una apreciación generosa y fraterna ponga un poco de inquietud en tu alma llena de bondad.—Afectuosamente.

Montevideo, 1928

Rómulo NANO LOTTERO

POESIAS

GROMO ANDINO

Riobamba,
La rosa azul del cielo
se desflora en la tarde
alucinada y fresca
del verano.

Y hay un perfume exótico
que corre en la vernácula
soledad
de la ciudad.

Mientras el rojo carbunclo
del crepúsculo
se desangra
en el flanco celeste
del horizonte.

Y perfilan sus domos fantásticos
las blancas basílicas
de los cuatro nevados,
cuyos campaniles cantan
el Ave María de la Nieve
en la gloria del Angelus.

Riobamba,
En la tarde fragante del verano,
el viejo Chimborazo
—en la oración de nieve de su testa—
eterniza el Angelus
del delirio
del Libertador.

ROMANCE ANTIGUO

*A don Cristóbal de Gangotena y Jijón, que ins-
ternándose en la grata fragancia de los siglos
muertos, nos trajo —pomo anecdót tríos— el ra-
nizo perfume medieval de la Colonia.*

Quito. San Agustín. La noche da a los vientos
el conventual silencio de la ciudad dormida.
Y siento un viejo olor de ciudad desvanecida
pasar por este instante del siglo novecientos.

—Románticas leyendas de príncipes e infantas
bajo el fulgor pagano de lunas celestinas—
1650. Triunfan las crinolinas
y sieembran compasiones las graves *cegoriantas*.

Fue en una noche como esta toda encantada:
Vagaba en el ambiente un sueño de Virgilio
y una nube fingía el vuelo de una garza....

Por salvar la amorosa tragedia de su idilio
el puñal romanzezo de don Pedro de Esparza
se hundió en el blanco seno de Magda de Mucada....

Quito. 1928

Antonio MONTALVO

AVENTURA Y EXPLORACION

Cazadores de Cabezas del Amazonas

Lo libro de Up de Graff, «Cazadores de Cabezas del Amazonas» que acaba de ser publicado en español, es el libro de la aventura íntegra. Aventura es una palabra que tiene sonar de sirena de vapor en despedida de puerto, de motor en marcha, y en este caso tiene además un escenario de maravilla: las selvas vírgenes del Alto Amazonas, entre las cuencas del Marañón y del Santingo.

Un aventurero de sangre como Up de Graff merece ser estudiado en serio. La necesidad del aventurero es ya un axioma reconocido. Ellos son los que ponen la primera piedra. Su psicología es la del personaje de novela que saliera al mundo para escribir el libro, a que pertenece. Los místicos y los santos mártires, tienen algo de este ardor de aventura y al revés, los aventureros son místicos iluminados. La geografía la hicieron ellos. Los guerreros descendidos, los conquistadores, los buscadores de oro, ¡Aventura! Explosión de ideal y borrachera de azul.

Por eso estos libros tienen un palpitar de emoción que nunca tendrá una novela. La realidad les presta su armadura y su aureola.

El libro de Graff es ciertamente un libro extraordinario, aromado por el olor acre de las selvas del Amazonas, el cielo de Ecuador y tiene el encanto romántico de esas viejas estampas de libros de aventuras. Sería imposible desmenuzarlo en unas líneas. Tiene tal dinamismo, de «film» mágico, que es inútil seguir la acción múltiple y emocionante.

Up de Graff sale a recorrer el mundo con cien dólares en el bolsillo y llega a Panamá. Colón no le interesa, no es bastante estampa tropical. De Panamá tiene una impresión de casas de juego y de Guayaquil nos quiere dar unas gotas de humor a lo Mark Twain y le resultan las cabriolas de un imitador de

Charlot. Húndese en las selvas temerosas del Ecuador. Vienen páginas llenas de paisajes primitivos; las noches en las plantaciones de cacao, donde las luciérnagas ponen una nota de sinfonía trémula de estrellas en la sombra, la visión gigante de la cúpula de plata del Chimborazo. Y aparecen los aventureros tipos pintorescos que semejan salir de una novela de Mayne Reid. Entonces se inicia una acción intensa, de un extraño dinamismo, las aventuras de todo instante, los peligros y la muerte de toda hora. Son las luchas a tiros en la selva, los vampiros, las serpientes gigantes, el terror del bosque impenetrable, el trabajo de los «caucheros» y los encuentros con los saltadores de caminos. Y en el fondo la visión de ciudades americanas: Iquitos, Guayaquil, de guerras civiles, de la vida de los indios y de las fieras. Todo color, vida, trepidación.

Su convivencia con los indios cazadores de cabezas y el estudio de sus costumbres curiosísimas, la preparación de sus extraños y espeluznantes trofeos le sugieren admirables páginas llenas de plasticidad. Vemos, oímos y olemos la vida primitiva, al lado del hombre salvaje y pueril. Por eso esta obra tiene además de una intensa emoción dramática el valor de un interesante documento geográfico real.

Libro de emociones múltiples ofrece la sensación tónica del esfuerzo y del triunfo sobre la Naturaleza poderosa. Plasticidad intensa de los paisajes, de los seres extraños y fieros que pasan, dejándonos todo el encanto de un exotismo. Libro de aventurero, libro de ilusión.

Si usted soñó, como todos hemos soñado, con la aventura, lea este libro; es la acción en toda su gloria, la flecha devorando todo el azul.

Agustín ELIAS

Pida hoy mismo esta valiosa obra a la
Editorial ESPAÑA-CALPE, S. A., de Madrid

CULTURA FEMENINA

EN NUESTRAS actividades intelectuales siempre ocupó sitio de preferencia el problema relacionado con la cultura de la mujer. Comprensivos de la alta misión que le corresponde en el concierto social, nos han interesado las cuestiones que de un modo u otro atañen a la evolución y mejoramiento de esa preciosa mitad humana. Y hemos abrigado el convencimiento de que el día en que el Estado, inspirándose en los dictados de una ética social franca y decidida, enfoca su atención hacia la cultura femenina, la sociedad llegará a dar pasos agigantados en las vías del perfeccionamiento humano.

Ya nadie discute la igualdad ideológica de los sexos. Han pasado para no volver los tiempos de rusticismo mental que consideraba a la mujer de un nivel, con muchos grados, inferior al hombre; quien se arrogaba todos los derechos dejando para aquella todos los deberes. Quizás después de haber sepultado muy hondo esos prejuicios, hemos arribado al otro extremo: al encobrimiento de la mujer, a su divinización y a su apoteosis. Pero esto solamente en el fácil y expedito campo de las teorías, de la literatura, del arte. Parece que los "poetas" hubieran querido tomar por su cuenta la empresa del encubrimiento femenino, como si a fuerza de palabras sonoras, eufónicas, auladas, se pudiera realizar la obra que es de educación, a base del desterramiento de prejuicios y preocupaciones sociales del ancestro. Porque el terreno del sentimentalismo y de la imaginaria es uno, y el de las realidades, que son las que pesen decisivamente en la vida, es otro.

Muy bien cuadran, a este respecto, las frases trazadas, en una obra sustanciosa y fundamental, por el espíritu revolucionario y audaz del educador argentino Julio R. Barcos, quien ha lanzado un libro que se lee todavía a ocultas en el mundo femenino, pero que se lo lee con fervor. En una de sus enardecidas páginas dice: "Qué importa que las leyes os coloquen tan bajo si nuestros corazones os levantan tan alto. Con esa falsa galantería hemos cogriado, enjaulado y sacrificado, sin cesar, a las mujeres. La baratija literaria, la frase bonita, la pompa lírica del discurso; ese es el único penacho con que nuestros afidalgados hablistas barren el suelo en loor de la "dama". Qué finos y galantes somos con las mujeres mien-

tras no hemos logrado convertirlas en nuestras esclavas. Tenemos siempre un madrigal en la punta de la lengua y una flor en los labios para ofrendarla a toda bella mujer que pasa por nuestra vera. Quien lea a nuestros románticos, casi siempre tétricos y llorones, creerán que las mujeres no son criaturas de carne y hueso, sino seres astrales que flotan como "idílicos rayos de luna" en el alma de dichos poetas. Pero pobre de ella cuando el trono que le erigen es tan alto que no se asienta en la misera realidad de la vida. En ese culto platónico, se le rinde en palabras todo el vasillaje y la pleitesía de una reina. Pero casada a una de esas reinas con uno de esos troveros y pronto veréis que en la prosa de la vida cotidiana, esas pobres "reinas" deben conformarse con el emparejamiento a que condenaba a sus desdichadas mujeres Barba Azul".

Estas palabras traducen a maravilla el período por el que atraviesa, así en tierras de cristianos como entre musulmanes, la mujer, pese al siglo en que vivimos. Período oropelesco, de vacuidad romántica. Solemos elevar a la mujer a un trono, mientras sus encantos, su frescura y rozagancia nos seducen; pero no nos interesa saber cuándo ni por qué cayó de él, si es que hemos de toparnos con el atajo de los años, porque a cierta edad ya no ocupa ella la atención de los hombres, sino es para contar una "historia" y los "éxitos" o "fracasos" en las batallas del amor.....

Así como están las cosas es, pues, por demás efímera la gloria femenina, por lo cual sin duda se ha apelado hasta la saciedad al símil clásico de compararla con una flor. Crece lozana, se yergue esbelta, nos inebria con su perfume y luego se deshoja y muere... Y no vamos más allá y no penetramos en las excelencias de su espíritu y no nos acercamos al borde de su corazón y no exploramos los tesoros divinos de su alma y no comprendemos los misterios que se ocultan en las profundidades de su ser. Superficiales, madrigalizamos su belleza, cultivando a porfía su instintiva vanidad y nos exhibimos candidatos para hacer su loa en cambio de que nos rinda sus encantos físicos, sin que nos importe el que no llegue a entregarnos su alma. Y pasamos hilvanando romances y desgranando poemas al pie de las bien amadas, a sabiendas de que desvan-

HISTORIA DEL ECUADOR

Pida Ud. en las principales librerías o al Almacén Escolar, casilla 189, Quito, Ecuador, el texto de Historia del Ecuador de Emilio Uzcátegui, obra destinada a los establecimientos educacionales del país. Contiene los siguientes capítulos: **Los Orígenes, Los Incas, El Descubrimiento, Conquista del Reino de Quito, La Colonia, Estado General de la Colonia**, todos profusamente ilustrados con croquis, mapas, retratos de personajes históricos, los más curiosos utensilios de nuestros aborígenes, las más interesantes escenas de nuestra vida social, política, cultural, artística, militar, etc.

Indispensable a todo maestro y alumno

cida esa ilusión, esos poemas y esos romances ya no tendrían sentido, si no es como un recuerdo vago de un amor que se esfumó. . . Tenemos que empeñarnos en una obra constructiva, de carácter realista y trascendental. Una obra que vaya contra los timoratescos del medio y rompa con las cadenas doradas de la tradición. Aquello de la "fiel compañera del hombre" y "el ángel del hogar", son figuras literarias sin respaldo, en tanto no se eduque a la mujer en el ejercicio de la libertad, que imprimirá sinceridad y franqueza en sus actos; en los sentimientos del amor, sin velos y sin mogigaterías; en el co-

nocimiento y comprensión de la vida, sin falsos y mentidos pudores; y en las funciones de la maternidad para la que está esencialmente llamada, sin perjuicio de aprestarla para la lucha heroica que sola, libre y digna tendrá frecuentemente que afrontar.

La moral que se preconiza en el encierro del aula habrá de fracasar irremediablemente ante las incitaciones de la vida, si esa moral se funda en los convencionalismos invertebrados de la sociedad y no en el código luminoso de la Naturaleza.

Quito, 1928

Luis F. TORRES

GLORIA

... UNA temporada de vacaciones. Salud, alegría, ubérrima naturaleza y un amor ardiente para espirituarizarlo todo. La vida es bella y debe ser amada por el artista, que es quien mejor la comprende.

De esta suerte pensaba a solas el Jorge, el joven escultor que había huido de la monotonía de la vida burguesa, ansioso de purificar su arte en el corazón de la Naturaleza, que para el artista de verdad es el origen y la esencia misma de la belleza: Hay que transformar a la emoción en un simplista ritmo de campo, para que surja en el espíritu la humilde piedad de los rincones de aldea y para que en la producción palpite el estremecimiento humano del paisaje.

Al artista acompañaba una linda muchacha, que había huido de su casa para entregarle su cuerpo.

Los dos se fueron en busca de silencio, que ocultara sus quereres. Nadie sospecharía siquiera que ella, la Gloria, escondida estuviera con su amante en el alma del paisaje.

No sólo era un profundo amor Gloria para él, sino también la encarnación del Arte.

Su espíritu, poseedora la vega de formas impecables, donosamente limitadas por líneas de elegancia suma, que aprisionaban la sugerencia del talle, capaz de evocar creaciones de altísimo vuelo estético.

Pero Jorge conocía el cuerpo de su Gloria, únicamente por el contacto angustioso, pletórico de ocultas caricias; por los satánicos espasmos sentidos a oscuras en las intimidades de la alcohol, transformada en santuario de voluptuosidades.

El hombre había dominado y poseído: El artista conocía apenas y esperaba la revelación.

Gloria tenía el pudor estético de su cuerpo. Un instinto extraño le hacía esconder sus formas a los ojos de él, cuando no la miraba como amante. Ella, que se había entregado por completo al hombre; ella, que había satisfecho después de falsas resistencias todos los caprichos del macho,

sentía terror ante la fina mirada del artista: Por él y sólo para él tenía el egoísmo de su belleza.

Jorge insistió. No sólo debía ser la amante, sino también la modelo Gloria, para en Gloria transfigurarse. Luchó suplicante, con amenazas y caricias, hasta convencerla. La muchacha accedió de mala gana, acaso porque su femenina intuición le hizo comprender que una resistencia obstinada y larga para el artista, podía enfriar el amor en el hombre.

Despierta la mañana, saturando de alegría a la Tierra.

Siente el paisaje luego de luz que es vida palpitante y en la naturaleza toda vibra la sonata del Sol.

La colina es un seno de mujer, que tiembla exuberante y por cuyas arterias corre la savia que como leche inmaculada nutrirá a las palmeras y las hojas. Acaso esa misma savia de la montaña, la que nutre de histeria el sexo de Gloria, que se desnuda coquetona, para presentar al artista el vilagro de su belleza desnuda. Su carne rosada ríe tímida, como si sus formas fueran pétalos de una rosa, creada entre la fucra de los espasmos. Parece que ansia tuvieran sus manos de acariciar el cuerpo que es de ellas y que por pertenecerles, las únicas manos son que no pueden estrechar el talle querido con infinita sed de voluptuosidades escarlatas.

El espera ansioso la llamada de Gloria. Siente vivir en su sangre la emoción estética. La tortura creadora, es un puñal que destroza su cerebro con refinamiento cruel. Parece que la esencia del ritmo de las praderas, el infinito anhelo de belleza de la mañana y los cuchillazos de fuego enviados por el Sol como lluvia de oro, palpitan en su sangre, transformándose en línea y color para que él aprisione en su espíritu la síntesis de todos esos ritmos y luego transforme toda esa energía en la creación poderosa de una obra definitiva, pletórica de aristocracia suma, que en sus líneas aprisione el alma de la belleza.

Fue una voz tímida que le llamó: «¡Jorge!», como su nombre estuviera formado con matices de temblor.

Ahí estaba su obra: Un cuerpo creado para sugerir la creación.

En la mañana, la aparición desnuda, era la encarnación de una virgen del Sol, que podía transfigurarse en sacerdotisa del fuego.

Un cuerpo armonioso que tenía la perfección de la belleza griega. Líneas emocionantes que estilizaban el ritmo y voluptuosas torturaban con la rapsodia de su aristocracia.

Carne temblorosa como la nieve de las montañas; carne palpitante que era la cristalización de todos los espasmos.

La emoción de la belleza ahogó al artista. Ante la contemplación de su amada desnuda, surgió en su cerebro la olímpica quimera de la gloria, transformada en Gloria por la emotividad de la mañana que era un Tabor de Sol.

Fue preciso volver a la ciudad. El ocio había sido prolongado y fecundo en concepciones estéticas, que imperioso era darles vida, plasmándolas en la piedra o en el mármol. El mármol y la piedra son el evangélico pan que se transforma en vida, ante la emoción del fuego creador.

Gloria posó y fue la gloria. Gloria humana, espasmo de gloria. Romántica gloria que escondía como encarnación de sus espirituales laureles, la gruta de amor, que era una mariposa suspendida en el vértice de sus piernas adorables.

...Y la concepción de la Gloria, gloria fue: La de amar: La de hacer la obra definitiva desgarrando al espíritu con zarpazos de angustia, para aprisionar el en mármol al amor; para sugerir con ella la roja sed estética que es el fantasma del artista, cristalizando en el vientre de la estatua la

tortura de los espasmos sangrientos, como si el mármol se hubiera transformado en carne al sentir el genial aletazo del artista.

Y la concepción del amor, también, fue gloria. Son dos alcaloides, acaso los más crueles, la gloria y el amor, porque alucinantes desgarran. El aplauso: Un espasmo de sonidos; el espasmo: Un aplauso de la carne.

Era el Genio. Una producción como «La Gloria», únicamente el Genio podía crear.

Jorge se había superado. Era su obra maestra, brotada de la unión sangrienta de carne y emoción.

Mientras su personalidad se definía creadora y todos los esfuerzos del artista se concentraban en la ejecución de su obra maestra, la miseria destrozaba su alegría.

Carecía de todo. Su habitación era oscura y pequeña. Muchas veces le torturaba el hambre. Nada más natural. Era un artista, es decir el hombre inútil, peligroso, acaso un d generador, para la opinión social que no pudiendo comprenderle, no le ama.

La obra estaba casi terminada. Acaso había que corregir este detalle: dar elegancia a aquella línea; mayor expresión a aquel miembro.

Pero era la obra, creada por el milagro de superarse. Era su gloria: La Gloria mujer que sugiere grandes pasiones, para torturar a los espíritus con el suplicio de su zarpa de tigresa.

«¡Amal!», exclamó el artista ante su Gloria, así como «¡Habla!», dijo antaño el maestro a su patriarca de mármol.

Ella comprendía a la miseria con angustia. Una muchacha bonita, no podía vivir en medio de tantas privaciones. Su artista no era para ella el apoyo que busca la mujer al entregar su cuerpo. Gloria dejó de quererle, porque siendo grotesca el hambre, ahoga la espiritualidad del amor.

Jorge comprendía lo que pasaba en el alma de ella y buscaba trabajo lleno de an-

EGLOGAS

Para la Revista AMERICA

EL ARBOL

EL árbol estaba solo. Nadie nos escuchaba y la brisa pasaba murmurante, rizando las cabelleras de los helechos y besando la lozana mejilla del río. «Oh solitario profeta», le dije al oído. Si vieras cómo vibra en mi alma la certidumbre de nuestro común origen.

Yo recuerdo entre la vaga procesión de mis sueños, el canto brusco del viento, los labios amorosos del agua, la mirada sutil del manchado lagarto, el ala temblante del zorzal que nunca aprendió sus ondeados trinos.

Yo tengo en mi sangre las líquidas cuerdas de un arpa que nació quizá en un tronco de tu selva virgen; tengo en el pensamiento la tornasolada luz de los follajes.

Aún será nave sobre el crisantemo crispado de los mares lejanos; luego luciérnaga para colgar la voladora linterna en la más abandonada ventana; luego todavía, cristalizada entraña de piedra, con los ojos clavados en la contemplación del espacio; y en la última desintegración, arena que escuche las quejas de las adormidas olas, brizna de humo flotante y sin rumbo, reflejo o sonido, perfume, hebra de un casi invisible e imposible ensueño. «¡Oh solitario profeta! Qué larga y qué corta es la hora!»

Puesta mi alma en el diálogo esperará la palabra. El árbol estaba solo y nadie, absolutamente nadie nos escuchaba.

Montevideo, 1928

Sarah BOLLO

gustia. Pero donde hay pocos medios de vida y muchos hombres ansiosos de pan, el trabajo es difícil encontrar.

Una mañana, semejante a aquella en que Gloria embrujó al artista con el milagro de su belleza desnuda, Jorge encontró una tarjeta junto a la estatua. Una sola palabra, «adiós», le dejaba Gloria.

Ella había leído con otro hombre seguramente. Algún amante vulgar que podía satisfacer todos sus caprichos.

El comprendió entonces cuánto amaba a su Gloria: Ella, que había sido para él el alma de su arte y el perfecto ritmo de su gloria.

Sintió una angustia desconocida y torturante. La vida le pareció estúpida y dolorosa; la gloria, despreciable y falsa.

Cegado por el dolor, en un arranque de locura, destrozó cruelmente su obra; la producción definitiva, cincelada con girones palpitantes de su cerebro y ritmos estéticos de su corazón.

Con refinamientos extraños, se complacía en destruir su obra, como si la estatua fuera ella, la única amada.

Al destruir el alucinante mármol de Gloria, había destrozado su gloria.

Quito, 1928

Humberto SALVADOR

Enseñanza Universitaria de la Historia

HASTA ahora las Universidades ecuatorianas no han comprendido entre sus disciplinas habituales la de la Historia constructiva—el arte o ciencia de la Historia.—Concebida como un auxiliar de la moral en el ciclo primario y como génesis de patriotismo y de civismo en el secundario, no se conduce a la juventud más que por las interminables, aunque encantadoras avenidas de la Historia narrativa, sin que la Universidad creyese hasta ahora en la necesidad de establecer, dentro del extenso mecanismo de sus enseñanzas, la Historia como disciplina superior, como uno de los pies del tripódico de hondas-transmutaciones espirituales, en unión de la Sociología y del Derecho.

No se crea en las Universidades ecuatorianas la ciencia nueva de la Historia, la de la Historia aun no escrita, la de la Historia del futuro.

Cevallos y González Suárez formaron sólo en parte la opinión histórica ecuatoriana: con hacer obra grandiosa y comprensiva, ambos, no la tuvieron sin embargo, completa, como que, ni unidos o en cooperación en el mismo pensamiento, habrían podido realizar una labor que es secular y múltiple: la creación de los archivos de la Historia integral de la nación, en sus orígenes y en la vida parcial de todas sus regiones. Y han dejado a las generaciones nuevas el tácito mandato de darles cima en labor sucesiva e incansante.

Ahí están, en archivos grandes y pequeños, en bibliotecas vetustas de Europa y América, reunidos unos y dispersos otros, sospechados e ignorados los más, o durmiendo sueño paradisiaco en territorios inexplorados, los elementos para la futura y grande Historia, que reanude las edades interrumpidas, que reponga el mapa ético hoy fragmentario, y ofresca a la ciencia nueva—a la investigación universitaria—a la ciencia social y política, el cuadro general, íntegramente restaurado, de la vida de un vasto territorio como el nuestro, asiento primitivo de civilización embrionaria, campo más tarde de una magna gesta aún sin Historia, y teatro, sin duda, mañana, de un deslumbrante despliegue de cultura universal y de una portentosa con-

junción de fuerzas creadoras del bienestar humano.

Y es impostergable la creación de esta enseñanza que no existe, en una república que ha cumplido ya un siglo de vida gestatoria, y cuando tiene tanto vacío que llenar, tanto horror que corregir, tanto extravío que rectificar en los conceptos de sí misma, en su Historia escrita, en su evolución institucional, en su educación política.

Hoy más que nunca, en que han disminuido los motivos de ataque y de defensa que hicieron frecuentes las guerras del pasado por la conquista o el vasallaje; hoy que se difunde por el orbe un soplo ideal que vincula a las naciones y las hace converger a una federación amistosa por el bien humano, el historiador debe tener un campo de acción bien seguro para dominar la complejidad y la verdad de los intereses motores de la actividad de los pueblos.

Por esto deseamos que la enseñanza de Historia tenga un desarrollo superior. Este estudio severo, si se trata de tomar por objetivo el conjunto de colectividades orgánicas que han actuado en tiempos y lugares lejanos, cobrará doblada importancia cuando hayamos de referirlo a nuestra nacionalidad. En nuestra historia se encontrarán la contraposición de fuerzas que causaron nuestra desorientación política durante mucho tiempo.

Habremos de llegar a incluir entre los factores de nuestra formación, como lo decía Montesquieu, el clima, o, como decía Humboldt, la geografía de nuestro suelo, como cooperador de los movimientos humanos que engendraron nuestra República.

He aquí un punto de vista dentro del ancho campo en que se agitan los vientos de las reformas universitarias.

Las Universidades nuestras deben hacer ciencia. Sintiendo la fatiga, el desasosiego de la rutina, deben tener la inquietud de horizontes más amplios, más puros, más hermosos. Deben ser la expresión más viva del pensamiento nacional. La Filosofía y la Historia son las cumbres más conspicuas del mundo científico.

Quito, Ecuador

Julio C. LARREA

El Escenario de la Tragedia Americana

GEOGRAFIA Y POLITICA

1.—Tragedia americana es el creciente dominio de las Américas Central y Meridional por la del Norte; fenómeno natural, como los terremotos, las erupciones volcánicas, las mareas, y como el desecamiento de ciertas regiones del planeta. No nace de la oposición entre las aptitudes de las diversas razas; antes, esa oposición es en gran parte consecuencia del escenario geográfico. Un germano, un sajón, un finés trasladado al trópico da, a la segunda, lo más tarde a la tercera generación, un hombre tropical acólago al brasileño del Parus o del Río Negro. El norteamericano de la más pura procedencia inglesa retrocede por la sola influencia del ambiente geográfico, sin la menor mezcla de sangre indígena, hacia el tipo hurón o algoquino. Hay, pues, un elemento invariable, irreductible, en el conflicto que vamos a estudiar. Hay también otros que lo son y que no lo son o que lo son en menor grado. Nuestro estudio debe abarcarlos todos, o por más que estudiemos, no llegaremos a aprender nada; que es lo que les sucede a infinito número de estudiantes de esta materia, desorientados y en perpetua digresión oratoria en la superficie de ella.

Según tantas veces tengo dicho, todo problema político es la consecuencia de un tema de Geografía humana. No es posible resolver aquí sin conocerlo a éste bajo todos sus aspectos, y para llegar a tal conocimiento no hemos de pesquisar en él como filósofos, ni como sociólogos, ni como partidarios de esta o aquella manera de gobierno, sino como naturalistas. La filosofía, la sociología, la política, vienen después.

No hay sociedad, grande o pequeña, incipiente o constituida, que no entre en esta definición: un grupo humano actuando en una porción de terreno; o sea: un cuadro natural, o escenario, habitado por gente que en él encuentra los elementos indispensables para su subsistencia. Entre estos dos factores primordiales existe una lucha esencial; el escenario tiende a producir un determinado tipo de hombre; el hombre pugna por llegar a la adaptación, alterando el escenario: construyendo viviendas, trazando caminos, talando bosques, introduciendo cultivos y animales

exóticos, desviando ríos, haciendo puertos explotando el subsuelo, creándose al propio tiempo costumbres, ideas y sentimientos que, en fuerza de repetidos y transmitidos de generación en generación, constituyen una economía y una ideología. Tres elementos gobiernan la contienda; continuidad (no cesa un instante), conexión (todos los hechos se enlazan y se influyen mutuamente; ninguno queda aislado), perpetuidad (la Naturaleza, como dispone de la eternidad, no tiene prisa ni hace punto; transforma, no mata).

De los luchadores, ¿cuál será el más poderoso?

Sin duda, el productor, no el producido; la Naturaleza, no el hombre. El hombre tiene ante las fuerzas naturales mayores medios de acción que los animales, así como éstos los tienen superiores a los vegetales, casi indefensos, pero jamás el hombre logrará victoria completa sobre la madre que la parió. Ella, en cambio, por mucho que le altere la energía humana, siempre será la dominante. Así, el hombre no ha logrado esas victorias de su esfuerzo a que llamamos civilizaciones sino en ciertas regiones del Globo, todas ellas comprendidas en una zona de treinta grados de amplitud—entre el 30 y el 60—del hemisferio Norte, y sólo después de explorado y circunnavegado el planeta ha podido instalarse en los reducidos espacios australes equivalentes a aquella. Pero en el camino tropezó con la alcazaba central de las dichas fuerzas naturales: la zona intertropical, paraíso de la flora y de la fauna inferior, a la par que laboratorio misterioso donde, en la lóbreguez impenetrable de selvas inmensas, grandes como vastos imperios, se fraguan, con humedad y calor perennes, formidables armas destinadas a exterminar al invasor. Allí, las civilizaciones de éste no cuajan. El problema de hacerlas cuajar está siendo vanamente tentado desde que los portugueses traspusieron el Ecuador y el equivocado Colón fue a dar con sus carabelas en el trópico americano.

Y he aquí la raíz de nuestro asunto. Las sociedades creadas en la América del Norte, en la zona propicia al desarrollo de las civilizaciones humanas, tienden a la expansión y

a la conquista de aquellas otras que se han formado en la zona tórrida (o que se están formando), donde hasta ahora no hubo civilización alguna de origen europeo, ya que las existentes apenas cuentan cuatrocientos años de vida, y cuatrocientos años son un instante en la Historia de la colonización de la Tierra.

Hallámonos, pues, ante un hecho nuevo. La tragedia es completamente original. Su argumento no ha sido estudiado. No es siquiera conocido. Nadie se ha tomado el trabajo de examinar con detenimiento el escenario en que se está representando.

Sin ese examen previo no hay medio de entender lo que sucede en América, ni tampoco de imaginar con alguna probabilidad de acierto lo que podrá suceder.

2.—Tomando un mapamundi luego advertimos que el antiguo Continente está tendido de Este a Oeste, y que el eje mayor del Nuevo corre del Norte al Sur; de tal modo, que el segundo parece como atravesado en el camino del primero. De este contraste síguense consecuencias muy importantes, que a su tiempo expondré.

Pero vemos también que, si prescindimos de la enorme masa asiática y comparamos la disposición de Europa y África, las cuales se continúan también de Norte a Sur, con la de las dos Américas, el paralelismo salta a la vista: Europa equivale a la América del Norte; África, a la del Sur; y la Península Ibérica, a la América Central, que las une, como nuestra Península una estos dos continentes occidentales en recentísima época geológica. Diversos detalles significativos completan la analogía: al mar Báltico corresponde el de Hudson; al Mediterráneo, el mar de las Antillas; al sistema andino de Colombia, el sistema atlántico de Berbería. La Península de la Florida es como una Italia atrofiada que se prolonga hasta tocar a Cuba, Sicilia americana en escala mayor que la mediterránea y, como ella, trozo del puente que una por aquella parte ambos continentes, no siendo las Antillas sino fragmento de un segundo istmo, hoy roto. Y así como en el istmo americano actual numerosos volcanes acusan la existencia de fuerza plutónicas, recién extinguidas unas, vivas otras, así también, del estrecho gibraltareño a Palestina, a lo largo del Mediterráneo entero, se extiende una serie de volcanes famosos: Etna, Vesuvio, Lípari, Santoría. En la misma línea están las Azores, foco de enlace entre ambas regiones plutónicas, y más al Sur, los gigantes igneos del Atlas occidental, capitaneados por el Yebel Siria y por el pico de Teide (su avanzada en pleno Océano), como tendiendo

las manos a los volcanes septentrionales del sistema andino. Pero aún es más significativa la simetría creada, ya entre el trópico y el Ecuador, notamos cómo África, y la América Meridional se acercan, interponiéndose entre ellas apenas unos tres mil kilómetros de mar, y cómo las regiones correspondientes nos presentan análogos caracteres desérticos y hasta llevan nombres parecidos: Sahara, la africana; Ceara, la americana.

Los dobles continentes tienen la cabeza en los hielos árticos, extienden sus cuerpos por la zona intermedia (templada) septentrional, luego por la tórrida, en la que se ensanchan, para estrecharse al entrar en la zona templada austral, en cuyas aguas acaban en punta, sin alcanzar la zona antártica. Descartada la región inmensa de los hielos árticos, incapaz de albergar sociedades humanas, vemos que éstas se aglomeran en la zona templada del Norte, donde el hombre alcanza hoy su máxima potencia creadora (y destructora); que se instalan y mantienen trabajosamente en la zona tórrida, luchando con un ambiente geográfico desfavorable y en muchas partes tan hostil como el glacial (el Infierno Verde amazónico *iblandis* groenlandés allá se van como escenarios de la civilización), para reaparecer de nuevo pujantes, aunque en más reducido espacio, al llegar a su extremidad austral, en la que se reproducen las circunstancias favorables de la zona templada del Septentrión.

Temperatura, humedad, morfología, se continúan y combinan para afirmar el paralelismo.

En el extremo Norte habitable hallamos dos regiones frías que pasan de un continente a otro: una seca (Laponia, Canadá septentrional); otra, húmeda (selvas escandinava y canadiense, como que enlazadas por la inmensa selva siberiana; un anillo forestal, da en estas latitudes la vuelta al Globo). Después, las zonas de transición o templadas en que se divide Europa: la atlántica, o europea propiamente dicha, y la mediterránea, que es la verdaderamente transitiva, y que se prolongan a través de la América septentrional, de la Florida y el norte de la Luisiana al Canadá, o sea en el territorio de los Estados Unidos. Tras ella viene la zona árida y desértica, en la que parece, como queda dicho, que los dos continentes quieren enlazarse (Dakar-Pará). Luego, la vasta faja cálida y húmeda que va de trópico a trópico (Sudán, selvas del Congo y del Amazonas, Alto Zambeze, Alto Congo, Brasil (con las cabeceras de los ríos Tocantins, Araguaya, Xingu, Tapajoz Madeira), la cuenca entera de San Francisco y toda la alta y media del Paraná y el Paraguay. Finalmente, la faja desértica del Kalahari, de ciertas comarcas patagónicas, de Atacama, seguidas de las extremidades finales, oceánicas, frías y húmedas,

En la verdadera zona de transición del Norte nacieron las primeras civilizaciones: Egipto, Caldea, Asiria, en la vecindad del Mediterráneo; la India y China, en la dependencia de los mares orientales, que con su humedad constante y bien distribuida las engendraron. Todas estas primeras asociaciones fueron fluviales; esto es, producto de las ventajas que brindaba un gran río, suministrador de agua y vía de transporte. Así, el Nilo hizo a Egipto; el Eufrates Tigris, a Caldea y Asiria; el Ganges, a la India, y el Yang-Tse y el Hoang-Ho, a China, con la colaboración activa de los mares inmediatos: Mediterráneo, Golfo Pérsico, Océanos Índico y Pacífico. Siguió en Occidente el predominio del Mediterráneo, y en sus playas, como ramas en torno de un charco (la frase es de Platón, no mía) saltaron y alborotaron escandalosa y orgullosamente largos siglos griegos, cartagineses y romanos, hasta que los hombres de la faja septentrional de la zona templada, servidos por nuevos instrumentos, movidos por nuevas necesidades e ideas, asumieron la dirección de los destinos del mundo. Esa faja septentrional, la que hemos llamado atlántica o europea, ha sido hasta ahora, desde entonces, la mayor fuente de energía humana. De ella se surte principalmente la América del Norte (Canadá, Estados Unidos).

La América Central y Meridional se han nutrido y nutren principalmente a los pechos de la otra zona, antes principal, hoy secundaria.

Vuélvase a mirar el mapa, y se verá cómo la función de cada una de estas zonas se ha reducido a prolongarse a través del Atlántico.

Son, pues, resultado inevitable del determinismo geográfico.

3.—Ahora, a las analogías sucede un contraste de la más alta significación política.

La Europa propiamente dicha, la oceánica es una tierra formada por escenarios geográficos que se completan. Penínsulas y golfos se suceden en pintoresca colaboración, cual si el mar y la tierra se echasen el uno en brazos del otro. Las cuencas de los ríos se comunican, y cada río principal es un lazo de unión entre las diversas comarcas, y de éstas con los mares; de tal modo que Basilea, en el centro del continente, al pie de los Alpes, distante mil doscientos kilómetros del mar del Norte, puede recibir de éste barcazas cargadas con seiscientos toneladas. La mayor de sus cordilleras, la alpina, es fácilmente trasponible y da en sus más escudidos pliegues grata hospitalidad a grupos humanos. Pero mil accidentes secundarios dividen en cuadros geográficos diferentes este escenario aparentemente uniforme. Sociedades aferradas a ellos, con tradiciones mentales desgraciadamente fomentadoras de odios, han levantado artificialmente fronteras que completaron y agravaron las naturales, en vez de

esforzarse por llegar a la constitución de una unidad; error trascendente en el que han influido causas étnicas, históricas y geográficas de imposible examen en este rápido bosquejo y que a Europa le va a costar la pérdida de aquella superioridad de que hasta nuestros días gozó. Fáltale para ver confirmada sin remedio la catástrofe una nueva guerra, y ya la están naciamente preparando sus clases directoras, tan inferiores ante los problemas planteados como podrían serlo los animales mandones de un rebaño. Menos quizá, porque los animales tienen a su favor el instinto, y el hombre culto, empapado de la mala cultura ambiente, inútilmente pretende sustituir aquel seguro guía con las luces de un saber tonto.

La Naturaleza, en cambio, construyó en la América del Norte un escenario como destinado para una sola compañía y la representación de un solo drama y se le brindó a la expansión europea, levantándole en la continuación de las mismas líneas de latitud de la Europa central y nórdica, y, por tanto, con la posibilidad de trasladar a la nueva vivienda fauna, flora, habitación, costumbres, añadiendo aún a este regalo el de la facilidad de las comunicaciones, la escasez de pobladores indígenas (por lo que se lo brindaba indefenso) y riquezas inauditas del subsuelo, tesoros acumulados por las edades geológicas precedentes para mayor gloria y esplendor del industrialismo y capitalismo extractor de ellos, pero no mal pagador, pues devuelve en millones de esqueletos (fosfatos y carbonatos de cal) de los muertos en las luchas por la conquista de esos bienes (hidrógenos carbonados y sulfurados, bajo diferentes combinaciones y formas) lo que de aquellas viejas acumulaciones tomara, y así, quién sabe si, sin darse cuenta, prepara nuevas minas a futuras generaciones supercivilizadas. Tal vez venga a ser ésta, rotando los siglos, la suerte final del soldado desconocido, a quien fúnebres personajes brindan diariamente coronas y otros homenajes.

Pero volvamos a nuestra Geografía.

El escenario norteamericano no reproduce la fisonomía, varía y pintoresca, de la Europa Occidental. Aseméjase a la grave y uniforme de la Oriental. Como Rusia, los Estados Unidos (y el Canadá, su complemento) son una llanura inmensa sorcada por un río central gigantesco (allá, el Mississipi; acá, el Volga) corriendo de Norte a Sur; como el de Rusia, su clima es continental, es decir, extremado; como el de Rusia, su suelo es muy apto para la producción de cereales; como el de Rusia, su subsuelo contiene incalculables tesoros petrolíferos, carboníferos y metálicos. Está hecho, como Rusia, para contener una sola y descomunal entidad política («Las grandes llanuras hacen los grandes imperios», ha dicho Reclus), o sea para constituir una

LA ESTIMACION EXTRANJERA

Como agradecimiento para nuestros innumerables amigos de América, reproducimos algunas palabras que nos dedican dejando constancia que la compañía de estos granos estimulos, tanto de la prensa nacional como de la extranjera, nos acompañó desde los primeros días.

Uruguay, Montevideo, Nov. de 1928.

Sres. Directores de AMERICA.

Es obra de verdadero americanismo la que realizan Uds. desde las páginas bien nutridas de AMERICA. Obra como ésta hace falta en todas las capitales del continente. Las misiones diplomáticas y los mensajes conmemorativos, cruzados entre pueblos, sólo son cortesías sin fruto, pasajeras. Hay que realizar el sudamericanismo que deje huellas perdurables en la conciencia de las colectividades, y es el elemento intelectual—el periodista, el poeta, el crítico y el historiador—el único capacitado para empresa tan noble como urgente. Miro, pues, con marcada simpatía el esfuerzo de Uds. y creo que en este amigo lejano han de tener siempre—a la medida de sus escasas posibilidades—un cooperador de verdad.

El intercambio intelectual entre el Ecuador y Uruguay es muy pequeño. Hagamos algo por aumentarlo. Hay momentos que para los platenses los países que caen hacia el Pacífico se presentan con contornos de leyenda. Los intelectuales tienen una ancha obra para realizar. Cada minuto que se pierde en comenzarla es un siglo de ausencia y de olvido en la conciencia de América. Y no olvidemos el imperialismo del Norte. Ante él sólo oponemos nuestra cobardía vergonzante.

Afectuosamente,

RÓMULO NANO LECTERO.

Caracas, a 11 de Octubre de 1928.

... Necesitada está nuestra América de labores desinteresadas de acercamiento co-

mo la que Uds. inician con tan generosa amplitud, labor que no habrá de perderse porque llega en la hora en que el continente cuenta con la juventud más apta que ha desfilado sobre su tierra.

A. USLAR PIETRI

Caracas, 29 de Octubre de 1928.

... Debo felicitar a Uds. por su brillante revista, que con MAÑANA de Cuenca revelan nuestra cultura literaria. AMERICA es un alto exponente de la intelectualidad y de buen gusto.

Hago sinceros votos por la mayor gloria y mejor prestigio de la cultura ecuatoriana.

V. H. ESCALA

Cuzco, Perú. Noviembre 27 de 1928.

Señor Alfredo Martínez.

Querido compañero:

Con la cordialidad del afecto camaradil, le escribo ésta, anhelando para Ud. y sus distinguidos compañeros, de AMERICA, que tan brillantemente laboran por la cultura americana, toda salud y progreso.

... Le remito un ejemplar del mensaje que he dirigido a la juventud de Bolivia, con motivo de la adopción que ha hecho en la gran Convención Nacional de Estudiantes celebrada en Cochabamba, de mi doctrina sobre la Supranacionalización de la Prensa. Muy agradecido he de estar, si se sirve Ud. insertar en AMERICA, tan prestigiosa y tan bien apreciada en el Perú e Indolatinia toda.

VÍCTOR J. GUEVARA

Europa compacta y única, en sustitución de la eisaatlántica, múltiple y dividida, que no ha querido unirse.

En suma: los Estados Unidos son el industrialismo y el capitalismo británicos con territorio y espacio rusos, donde fácilmente germina el viejo espíritu zarista (revestido de ropaje político diferente), pero teniendo este conjunto sobre el ex-Imperio la inmensa ventaja de la doble fachada a los dos mayores mares del planeta. Y lo mismo que Rusia estaba condenada a crecer por tierra desmesuradamente, lo mismo los Estados Uni-

dos se sienten compelidos al dominio de sus dos mares y del canal que los une; y luego, como el dominio del mar da el de la tierra a la conquista del continente meridional que aquéllos circundan. Por eso la América del Sur, geográficamente dependiente de la del Norte, como África depende de Europa, se halla en peligro inminente de caer en dependencia política.

La pasada guerra preparó la solución del problema. La futura lo resolverá.

Gonzalo de REPARAZ

UN LITERATO VIAJERO

NO he vuelto a leer otra vez con el mismo empeño de antes estas crónicas que forman los dos volúmenes de recuerdos de viajes de Víctor H. Escala, *Kaleidoscopio* y *La Sandalia del Peregrino*. He querido refrescar sensaciones al recibir la segunda edición de estos libros, pero el interés que tomé cuando la primera lectura he vuelto a tener ahora, y las páginas fáciles, amenas y de una persistente novedad, a pesar de cuantos otros libros leídos acerca de viajes por los mismos países recorridos por Escala, han vuelto a penetrar en mi avidéz de lector incansable.

Escala tiene la amenidad del *ironiqueur* moderno: nada de fastidiosas disertaciones, de eruditas remembranzas de historiadores y de viajeros: los países van pasando en comentario periodístico, mostrándonos el lado más pintoresco, aquel que puede interesar a quienes ya están saturados de lecturas de esta clase y la combinación del paisaje con la anécdota, de la naturaleza muerta y del hombre viviente.

Es muy comprensible que los dos libros citados hayan merecido los honores de la segunda edición; ello me prueba, por lo menos a mí, que no he sido sólo en verme aprisionado agradablemente en estos jardines de las frases desembarazadas, sueltas y amenas, y que, como yo, ha habido muchos lectores que han gustado buscar tan simpático compañero, para emprender otra vez el viaje a los países encantados, desde la cómoda butaca del cuarto de lectura.

Además, Escala, tiene otro valor en nuestra literatura. Es el escritor moderno, uno de los pocos ecuatorianos que siguen



Víctor Hugo Escala

la ruta de la inquietud contemporánea. El ecuatoriano es sedentario; es todavía el colono que no ha edificado su casa ni ha cosechado su sembrío, razón por la que permanece pegado al terruño, contemplando desde lejos el trabajo del mundo. ¡Qué no tiene facilidad para viajar! Todo hombre lo tiene; todo hombre debe estar listo para el viaje y procurar convertirse en ruido y movimiento para buscar la tranquilidad, como dice Paul Monrand. ¡Nuestra vida sedentaria reflejará el estancamiento moral y material en que vivimos? ¿La falta de nomadismo no será uno de los principales

EXPOSICION IBERO-AMERICANA DE SEVILLA MARZO DE 1929

La manifestación más importante y grandiosa de
*Arte, Ciencia, Comercio, Historia, Industria, Agricultura,
Ganadería Importación, Exportación, etc., etc.*

Los visitantes de la Exposición podrán encontrar en el Stand de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de la provincia de Sevilla, cuantos datos les sean de interés sobre importación, exportación e industrias de la región, estadística de producción y consumo, etc., etc.

La Cámara invita a Ud. a visitar su Stand para que pueda darse perfecta cuenta de la importancia industrial de España y muy especialmente de la Región Andaluza.

¡Visita Sevilla en 1929!

defectos del ecuatoriano y lo que le impida asimilarse y pulirse?

Pocos libros de viajes tenemos en el Ecuador. Después del curioso del Gobernador de Charcas, que es más bien una sistematización política, apenas hay tres o cuatro, visitas a los santuarios y a los lugares de religión: Jerusalén, Lourdes, y alguna vez se llegó a París, con el ánimo de aprender y de enseñar, no con el de

exprimir el jugo vital que nos haga pensar en que el hombre lleva dentro de él mismo los países que va visitando.

Escala es joven y dinámico; su energía encontrará muchas formas en que vaciarse. Me será muy grato continuar aplaudiendo su labor que sigo con persuadido interés desde los ya lejanos años de *Motivos Galantes*.

Isaac J. BARRERA

Mensaje a la Juventud de Bolivia

Jóvenes bolivianos:

Habéis adoptado en la gran Convención Nacional de estudiantes de Cochabamba, la "Supranacionalización de la prensa", como uno de los temas fundamentales del programa de acción que ha de orientar vuestras actividades y estimular vuestro desflagrante dinamismo.

La juventud puede todo lo que quiere. Es la fuerza social y revolucionaria por excelencia. Los obstáculos la enardecen, las dificultades la provocan, la comprensión la hace estallar, la derrota misma la reta a triunfar, desafía al infortunio, no le importa el éxito. Le basta saber, intuir, que su acción ha de beneficiar a la humanidad y se entrega y da con la abnegación que hace a los mártires y con el convencimiento que forja a los apóstoles.

Si la Convención Nacional de Estudiantes de Bolivia, ha resuelto ser el gonfalonero de la supranacionalización de la prensa; entonces América, tendrá que contemplar que la juventud boliviana, ha de emplear el mismo aguerrimiento y el mismo tesón, en realizar la idea y libertar la prensa indolatina, que los que sus antecesores Zudáñez, Lanza, Mercado, Carvajal y mil más, emplearon en luchar por la libertad política del solar americano.

¡Pero qué cosa es supranacionalizar!

Supranacionalizar es elevar la idea, y la vida amplias por encima de las fronteras nacionales; hacer que lo que está destinado a formar el patrimonio común de la humanidad deje atrás y por debajo los pequeños apetitos, las luchas fratricidas, que lo que es de aïdes se quede dentro del campanario y lo que pertenece a la gran moral, a la moral humana vuele muy alto hasta donde pueda cobijar con sus alas los supremos y universales intereses de la especie; unir por el sentimiento lo que la naturaleza había separado por sus accidentes; juntar por la razón lo que por las pasiones mezquinas, por la ambición inescrupulosa o la ciega casualidad se había fraccionado. Hacer obra de armonía, de articulación, de vertebración de aparatos y miembros que funcionando separadamente resultan hipertrofiados o atrofiados. Se supranacionaliza lo que por su acción económica supera los límites de los actuales Estados. Principios de pensar rectilíneo, y normas de obrar correctamente, tan válidos para un pueblo como simultáneamente para todos los pueblos de la tierra. Es decir, lo que incum-

be al orden de los intereses permanentes del hombre, a sus finalidades trascendentes, que no pudiendo estar encerrados en la estrechez del particularismo de los Estados, flotan en la atmósfera moral que envuelve la redondez del mundo.

Universalidad del Derecho Civil

Flota la justicia como un brillante anillo saturnal que circunda el hogar terráqueo. Los hombres tienen posibilidades a los mismos derechos. El derecho civil debe ser verdaderamente común en todo el planeta. Un único código debe contener las normas universales para las relaciones necesarias derivadas de las fundamentales necesidades humanas. El hombre debe sentirse el mismo en cualquier parte del globo y debe ser tratado idénticamente por una uniforme legislación.

Asimismo la estructura, que ha de administrar el derecho, debe ser organizada en correspondencia a su objeto por todos los hombres sin distinción de nacionalidades. La justicia debe ser supranacionalizada.

El Problema Económico

Si por la justicia debe vivir el hombre en paz con sus semejantes, por la producción debe vivir en interdependencia económica. La tierra es el conjunto de una abundosa variedad de zonas y climas de distinta capacidad productiva (por qué un Estado, por dar mayor soporte a su individualismo político ha de producir materias y artefactos para los que en otros pueblos existen condiciones naturales más ventajosas! Al forzar artificialmente la producción se le aflige al hombre con una cantidad de trabajo indebido.

Si la humanidad constituyera una única colmena de trabajo, donde cada miembro obtuviese el mayor partido posible de sus facultades y circunstancias y del medio telúrico en que actúa; es clara que el esfuerzo empleado en la adquisición de los medios humanos, sería menos penoso y más productivo. La colaboración internacional en la obra del común bienestar económico, sería más clara y necesaria y con esa claridad traería la conciencia íntima de la mancomunidad de los destinos humanos más allá aún del orden económico y material, en el moral e intelectual. Entonces una guerra sería difícil.

Rompería la trabazón económica. Cegaría una fuente insustituible de aprovisionamiento humano. Conmovería la real y efectiva solidaridad internacional. ¿Y cómo podrían los beligerantes sostenerse si reducidos a las especialidades productivas de su territorio, en el inmenso reparto que la naturaleza ha hecho de las riquezas, no cuentan para la vida con todo lo indispensable, que solamente es patrimonio de la humanidad entera?

La organización económica debe pues supranacionalizarse para bien de todas las naciones. Ella efectivizaría el desarme moral que se busca.

La Enseñanza

La instrucción es un excelso orden humano. Es para el mundo psíquico lo que es la luz para el mundo físico. Agente de la verdad, madre del conocimiento, fuente de belleza; le desbasta, lo esculpe, lo forma al individuo, le da la conciencia de su yo y de su verdadera situación social; es el elemento fecundizador que lo copula haciendo germinar todas las virtualidades de su ser. La naturaleza le lanza apenas como producto animal, es la instrucción y la cultura las que le hacen hombre. Por ellas la razón y la libertad existen como atributos suyos. Ellas le proporcionan a la humanidad el conocimiento de su historia y la noción de su futuro, vale decir, el árbol genealógico de sus destinos, desde donde arraiga en el arcano de los siglos pretéritos hasta donde se desvanece en el azul del porvenir.

La instrucción debe supranacionalizarse para que la enseñanza de los conocimientos primarios y esenciales sea la obra común y concertada de todas las naciones, y para que la científica se organice con distribución de centros y funciones correspondientes a la naturaleza de las zonas geográficas y sintetización generalizadora en un potente núcleo central. Así el planeta y los problemas de la vida, serían estudiados desde todos los aspectos, y tan profunda y coordinativamente, que al término de algún tiempo más, otra sería la condición del hombre en frente a todos sus problemas.

«Supranacionalización de la Prensa»

Más para que estos y otros elementos de cultura pueden supranacionalizarse, es necesario que previamente, la prensa tenga una organización internacional. La imprenta es el útil indispensable para todos ellos. Por su medio se han puesto y se pondrán en comunicación los hombres para tomar acuerdos. Con ella fijarán inequívocamente los puntos de conjunción de los ideales. Las ciencias, las artes, las industrias, algún progreso que alcancen, lo signarán con una pa-

labra, y a su vez la palabra como instrumento que es de generalización y de clasificación de ideas en el encasillado conceptual del cerebro, suscitara nuevas combinaciones que traerán consigo nuevos progresos. Pues bien, la prensa es la palabra escrita y difusible. Vale tanto como vale la palabra ¿qué agrupación puede hoy prescindir de ella? Si tan grande y comprensivo es su valor, su supranacionalización se impone. Ella ha de engendrar las de los otros órdenes de cultura. Un práctico sentimiento de la realidad, aconseja empezar la transformación de los valores políticos, económicos y éticos que la supranacionalización significa, por la prensa. Es algo inconsuntible, fluido que se escapa por todas partes; como el éter que es intermolecular e intermolecular a la vez; incomprendible a la acción de las tiranías y de las inquisiciones; vuela con las alas mensajeras del papel y con el relámpago de la electricidad; se le puede retardar y entorpecer por algún tiempo, por todo tiempo, jamás. Ciérnese sin expreso acuerdo previo por los aires de todos los Estados. No requiere sino organización reflexiva para resultar supranacionalizada. Unas antenas plantadas en los altos macizos sociales de las naciones. En esos Illimani, en esos Illampus, en esos Sajamas fieros y enhiestos formados por las juventudes impolutas y miraculosas de naciones como Bolivia, que no están aletargadas por la ignavia del pesimismo ni corroídas por la tediosidad del pecado. Jóvenes estudiantes, sed prácticos; pronunciad en vuestro caso la condena decisoria contra el prejuicio de que la juventud es fantaseadora y utopista. Enseñad al mundo, que la vida juvenil porque brota a pujantes raudales de vuestras energías de primavera, es más fecunda y práctica en resultados inmediatos y opimos, que el procedimiento, calculista de los que sufren el invierno de la fé y de las ideas en su corazón y en su cerebro. Ya que espontáneamente os habeis hecho los cruzados de la supranacionalización de la prensa, propagad, difundid, irradiad vuestro credo, portad su lábaro con el pavés de vuestra fé inmarcesible; porque está escrito que debeis llegar a la tierra prometida a encerrar en el arca de la nueva alianza de las naciones, las tablas de la ley de liberación definitiva del pensamiento por sobre los despojos de tiranías, sectas y egoísmos.

Asociación Supranacional de la Prensa

Haciendo carne de realidad, fundad una Asociación Supranacional de la Prensa (A. S. P.) en Bolivia, donde debeis proceder a incorporar a los escritores extranjeros residentes; así de hecho queda constituido un Comité de composición internacional. Este pasa enseguida a formular un Código de la Prensa. No importa que sus preceptos no

sean desde luego verdaderas leyes políticas por no haberse expedido por un Poder Legislativo, ni que sus prescripciones sean deficientes e inmaduras. Tampoco sólo lo que formulan los cuerpos legislativos políticos rige en el mundo los actos de los hombres; ni todas las leyes empezaron por nacer perfectas. Las que promulguéis tendrán fuerza moral y crecerán. Lo único que no crece es lo que no se siembra. Sembrad y cultivad y vereis que algo crece y llega a perfeccionarse. Comenzando de esa nebulosa moral de donde han venido a la vida política todas las leyes positivas, el Código de la Prensa, llegará a ser legislación positiva. Supóngase que los positivos de hoy, los gobernantes de esta hora, no quieran convertir en leyes los cánones de justicia que redactéis. Pero para eso, vosotros tenéis el porvenir en vuestras manos, y como nada puede hacer que el porvenir no suceda vena al pasado, vosotros los convertiréis, con tanta más prontitud, cuanto que comprendiendo mejor a la claridad del siglo en que vivimos la alteza de vuestra misión, madrugéis más temprano a ejecutar la tarea que os toca.

Como las leyes que dictéis han de ser postuladas de principios generales de justicia, tienen que imponerse antes que por la hechura política, por su razón objetiva, por el imperativo categórico que contengan. No serán hijas de aquella moral, que reprobando en los individuos el pillaje, el asesinato, la deshonra, es decir, el delito en reducida escala, justifica la conquista, la matanza, la injuria en las naciones, es decir, el delito en grande escala; sino de aquella otra que en lo alto y en lo bajo, dentro y fuera para los individuos como para las naciones proclama la misma regla de conducta, de aquella que está fundada en el criterio kantiano: "obra de tal modo que la regla de su conducta pueda convertirse en máxima universal". Bajo estos conceptos, si las leyes de vuestro Código han de carecer de la autoridad y de la compulsión de un poder Legislativo y de un Ejecutivo; han de tener en cambio desde luego, las de la razón y opinión universal que son irrecusables e irresistibles.

Y para afilar y ensayar las armas, lanzaos a combatir sin pérdida de tiempo por los grandes derechos humanos, utilizando ese mismo instrumento que queréis supranacionalizar: la prensa. Así podréis avalorar su importancia y necesidad. En seguida, invitad a la acción conjunta a las juventudes estudiantiles y proletarias de indolatinia, nombrando delegaciones y presentando la doctrina en sus asambleas si se celebran o promoviendo las que se reúnen.

Antimperialismo

La lucha contra el imperialismo es cosa que debe ocupar la atención de los jóvenes

supranacionalizadores. El más inminente es el yanqui. Su conquista es por hoy económica. Las repúblicas indolatinas no son para Estados Unidos de Norteamérica sino sus colonias. Y el yanqui donde invade ni forma una raza, ni deja una civilización, ni crea una alma colectiva. Busca el lucro, toma los puestos avanzados, recoge las espigas de la producción y condena a los autóctonos al laboreo. Es dueño del canal de Panamá sin haber sido su propietario. Hoy quiere ser del estrecho de Nicaragua para fabricarse un nuevo canal o para impedir que otro le haga en beneficio del mundo. De allí, su intervención en Nicaragua, por amor a la justicia y jurando respetar la soberanía de los Estados débiles. Por eso, la actitud de Sandino, defendiendo contra el gigante rapaz a su diminuto pueblo, con solo el escudo de su corazón para luchar con él o para caer sobre él, tanto como es épica y heroicamente heroica, es mundialmente meritoria.

Las tiranías

Otra insitación a la juventud es la campaña contra las tiranías. Como la ganga desprendida de la forja, así en seguimiento de la guerra mundial, han erupcionado muchas tiranías en el viejo y en el nuevo mundo. Hombres de psicología primitiva, hurgando en el detritus atávico de sus ancestrales matoides, la irrupción de sus proclividades patológicas y exhumando los otólitos de su perversión moral han lanzádose en pleno siglo veinte a perpetrar retrógradas, hipócritas y canibalescas tiranías, encapotando con tenebrosos y sanguinolentos nubarrones la aurora de una nueva civilización que deviene esplendorosa, y que no duran sino por la decadencia y el desglose en que transitoriamente han caído las naciones y por la falta de todo escrúpulo en la conciencia de los tiranos, que como el réprobo del cuento que cede a Satán su hijuela de paraíso celestial en cambio de un tiempo de orgías y bacanales macabras, ellos también regalan territorios, riquezas, honor, libertad y vida de la nación al militarismo, a la clerigalla y al imperialismo a trueque de que le sostengan en la detentación del ambicionado poder. Tiranuelos que han asaltado el gobierno, que pisotean las leyes, aherrajan la libertad, conculcan el derecho, ultrajan la civilización, reculeptan sus hambrientas bolsas, pudren la dignidad de los hombres, vilipendian a los pueblos, asesinan y para colmo de escarnio rebautizan con sus fatídicos nombres calles, plazas, provincias y plantan en los paseos y vestíbulos públicos, las estatuas de sus típicas figuras criminales a manera de los pingajos y tumores que simatizan un estado social haraposo y purulento.

Jamás los métodos de los hombres frenéticos por el poder, de los ambiciosos sin respeto

por el derecho de la colectividad, han podido disciplinar a los pueblos ni preparar el reinado del bien. Nadie tampoco más enemigo de la libertad de la prensa y de la supremacía de la razón, que los tiranos; porque sus crímenes requieren la complicidad del silencio y la protección de las tinieblas. La proyección de la imprenta los deja en suspenso con el puñal en la mano y los hace abandonar el bolín de sus lazafías. La supranacionalización de la prensa, les haría el efecto del puño del policía sobre el cuello del ladrón o del ojo de Argos sobre el teatro de sus delitos.

Estas tiranías han hecho en América su alianza cordial con el imperialismo yanqui, que es el que les financia su entronizamiento contra los gobiernos democráticos y liberales o su conservación en el poder; desde que también únicamente ellas pueden en provecho de la voracidad de los magnates de Wall Street, de la Standart Oil y demás compañías, ser «los máximos traidores de la patria», como dice el nuevo libertador de América. Los explotadores nacionales e internacionales, también organizan su frente único.

Solidaridad y acción

Entonces la juventud de América debe organizar otro frente único de defensa y de reconstitución, de unión y de federalización, porque poco o nada debe esperarse de los políticos y de la diplomacia profesionales. Debe latir con un solo corazón, pensar con un solo ideal. Luchar juntos por doquier esgrimiendo el arma de la libertad, extirpando las zonas infecciosas con torrentes de verdad, de ciencia, de altruismo, de justicia, de abnegación, de heroísmo. En Indolatinia debe rayar el alba de un nuevo día, que compendie y resuma la obra de la nueva humanidad. Que las juventudes de los Estados que gozan actualmente de libertades no abandonen a los pueblos que sufren el yugo abominable del despotismo. Que no crean que porque sus naciones disfrutan de garantías, no las necesitan, las que carecen de ellas. Que no se dejen deslumbrar por su propio bienestar; alucinarse por el espejismo de su panorama. También ellos pueden sufrir las crueldades de la tiranía. Parece que el aire puro de la libertad que respiran eliminando todo germen patógeno de sus pulmones les hubiesen colocado en la condición de no poder percibir el flagelo que padecen pueblos hermanos. Que no midan los intereses e ideales de América con la vara de su situación especial sino con una común, comprensiva y previsorá. Que piensen y obren más allá de

ellas, por encima de ellas, superando a las generaciones anteriores y superándose a ellas mismas, con radio de acción que abarque a toda América Latina, tanto a los que sufren como a los que placen, a los que son esclavos, como a los que son libres.

¡Para qué la supranacionalización, como instrumento de libertad de la prensa! Preguntarán los pueblos de Indolatinia oriental. Gozamos de libertad, y no necesitamos lo que tenemos; ni queremos poner en duda su posesión, gestionándola. Vamos por partes. Ellos, en efecto, no necesitan por hoy de la libertad; pero necesitan sus hermanos, porque no la tienen, y eso es suficiente para hacer que todos luchen por conseguirla. Pero puede suceder y eso es muy posible, porque es muy humano que alguna o todas las naciones de Indolatinia Oriental caigan mañana en despotismo. ¿No caerá el fundamento del abstencionismo egoísta? La Tierra puede ser como un globo que gira al rededor del Sol de las civilizaciones, y es probable que vaya presentando un mismo hemisferio a la luz y a las tinieblas, alternativamente. Mas, aunque así no fuese, no puede haber verdadera solidaridad, donde todos no hagan suyo el mal del camarada y breguen por remediarlo, ni efectiva perfectibilidad en quien no sienta con el sentimiento de los que sufren y padecen. De todos modos, la supranacionalización no sólo es liberación, si que también organización, y toda función para prosperar y ser eficaz necesita organizarse.

Organicémonos los hombres de Perú y Bolivia, de Argentina y Uruguay, de Indolatinia, de más allá, de Europa y Asia, que queremos paz humana, libertad divina; todos cuantos, tal vez soñando, tal vez padeciendo alucinación, pero con dulce sueño, con bella alucinación, alimentamos la esperanza de que algún día los hombres de toda la Tierra, hemos de fabricar la portentosa arquitectura de una civilización toda luz, toda amor, sin privilegios y sin fronteras.

Para poder encaminarnos hacia ese norte lejano, contribuya la juventud de Pan-Perú, a formar una conciencia colectiva a la humanidad, una sola cenestesia universal, y que esa juventud dé por umbral a esa conciencia suprema: la prensa supranacionalizada.

¡A la acción juventud boliviana! ¡Si en verdad estáis poseída del fuego revolucionario, antes de una década tendrá una sola conciencia Indolatinia y su unidad será vuestra obra!

Cuzco, Perú — 1928.

Victor J. GUEVARA

MONOGRAFIA DEL TUNGURAHUA

ENTRE todas las obras de propaganda ecuatoriana que hayan aparecido en los últimos tiempos, una que concentra de manera especial la atención del lector y despierta en él viva simpatía para la tierra tan inócua y gallardamente descrita, es «La Provincia del Tungurahua en 1928», volumen en el que no falta ninguno de esos detalles reveladores, interesantes, indispensables para un estudio monográfico y en el que se ha ordenado, con gran acierto, todos los signos valiosos de la cronografía provincial. De feliz anuncio que se confirma al hojear las trescientas páginas del libro, es el mapa de la República que aparece al comienzo, señalando con simbólica flechilla un punto florido; la provincia,

materia de este cariñoso estudio que hasta en la sobriedad de sus capítulos, corresponde al magnífico efecto que está llamado a producir más allá de los linderos patrios. Sus autores, Juan Francisco Montalvo y Oscar Efrén Reyes, han impreso especial carácter a la elogiada Monografía. De los Talleres Gráficos que prestigia el nombre de los Hermanos Montalvo,

sale el nítido libro y la mayor parte de sus capítulos, sobre todo aquellos en los que se trazan las figuras anímicas de los grandes ambateños del Siglo XIX y los perfiles de los valores actuales, corresponden a la pluma de Oscar Efrén Reyes que tiene el don del juicio sintético y completo, la virtud de la crítica moderna que es examen vivaz, contemplación que ama y relaciona las circunstancias de la vida y los caracteres de la obra. Otros ambateños ofrecieron su colaboración; en contados capítulos y de entre ellos se hace justísima la mención del atildado escritor Dr. Celiano Monge, quien ha contribuido con el significativo aporte de sus meritorios estudios de historia antigua del Tungurahua y el joven periodista Dr. Julio P. Mera, de quien se ha insertado un fragmento de su libro acerca del desarrollo del periodismo en la cuna de la imprenta ecuatoriana.

Montalvo, Reyes y Cuesta, los autores y ejecutores de ese libro que, en la opinión unánime de la prensa y de los ilustrados lectores, «honor a la provincia y a la patria», han merecido efusivas voces de aplauso, por el brillante triunfo que representa la obra a que nos referimos en estas breves líneas.



Juan Francisco Montalvo



José F. Cuesta

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras. Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos

PUBLICADO POR

J. GARCIA MONGE

Apartado Letra X
San José, Costa Rica, C. A.

SUSCRIPCION: El año, 2 tomos de veinte y cuatro entregas cada uno,
\$ 6.00 oro americano.

NO S O T R O S

REVISTA MENSUAL

DE

LETRAS, ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA, CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

ADMINISTRADOR:

Daniel Rodolico

PRECIO DE SUSCRIPCION (ADELANTADA) Por un año 8 dólares

Dirección y Administración: LIBERTAD 747

U. T. (41) 3354 Plaza.

BUENOS AIRES

*La obra
que nos ofrece
el
Mundo*



NUEVA GEOGRAFIA UNIVERSAL

ERNESTO GRANGER
JUAN DANTIN CERECEDA

Y
JUAN IZQUIERDO CROSELLES

Obra monumental, escrita por los más grandes autorizados en la materia, de una modernidad sin comparación posible, de una belleza deslumbrante. Es la obra concreta y útil, selectísima y científica. No es una acumuladora acumulación de temas inútiles, ni tampoco un inestancial álbum de fotografías. Es la obra que siempre es necesaria a todos: al profesor, al estudiante, al hombre de ciencia, al negociante, a los que gustan contemplar el mundo en que vivimos.

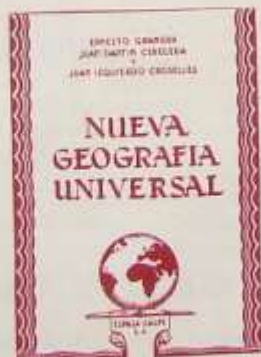
ESTARA COMPLETA EN TRES TOMOS

Ofrece millares de páginas, centenares de mapas en negro y en color, entre ellos algunos que se publican por primera vez en España, como es de Irlanda, Polonia, Escocia asiática, etc.

MILLARES DE FOTOGRAFIAS

Clichés nuevos absolutamente, que nos muestran las bellezas del mundo en todo su esplendor. El tamaño de los tomos es de 24 x 31. Tres volúmenes encuadernados lujosamente en tela. Cada volumen, 50 pesetas. La obra completa, 150 pesetas.

DA FOLLETOS ILUSTRADOS



DIRIGASE EN QUITO A
Arsenio B. Sánchez, Librería Española, Apartado 359.
Antonio Lucio Paredes, García Moreno, 60